

The cover features a painting of a young girl and a young boy standing in a field of tall grass. The girl, in the foreground, has blonde hair tied up with a blue bow and wears a red and white plaid shirt and dark pants. The boy, to her left, has blonde hair and wears a blue and white striped shirt and dark pants. The background is a dark, textured landscape with some light-colored patches.

Enid Blyton
**SEIS PRIMOS
SE
SEPARAN**

Lectulandia

Peter Longfield, padre de los chicos de la granja Mistletoe, Jack, Jane y Susan, ha comprado Holly Farm para su hermano David, Rose, su esposa, y sus hijos, Cyril, Melisande y Roderick, que deberán aprender que no se puede vivir en una granja como se vive en la ciudad. Conflictos, problemas económicos y de convivencia harán muy difícil la vida en la moderna granja.

Lectulandia

Enid Blyton

Seis primos se separan

Seis Primos - 2

ePub r1.0

Titivillus 10.11.16

Título original: *Six Cousins Again*
Enid Blyton, 1950
Traducción: Manuel Giménez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Éste es el segundo libro de los SEIS PRIMOS, siendo una novela completa en sí misma.

En el primer libros los SEIS PRIMOS vivían juntos en la granja Mistletoe. En éste, la historia empieza cuando las dos familias se separan, quedándose una en Mistletoe y yendo la otra a ocupar la granja, mucho más moderna, de Holly Farm.

Para quienes no hayan tenido ocasión de leer el primer libro, podrán resultar interesantes los siguientes datos:

Jack, Jane y Susan vivían con sus padres, Peter y Linnie, en la granja Mistletoe. Cuando el hogar de sus tres primos se incendió, Cyril, Melisande y Roderick, hijos de David y Rose Longfield (David Longfield es hermano de Peter), fueron a vivir a la granja Mistletoe. Pero los últimos eran muchachos de ciudad y ningún terceto de primos quería al otro. Después, Peter Longfield, padre de los chicos de la granja Mistletoe, compró Holly Farm para su hermano David, Rose, su esposa, y sus hijos, Cyril, Melisande y Roderick.

Este libro se refiere, pues, a la granja Mistletoe y a la granja Holly Farm, y a los sucesos ocurridos en ambas. El primer libro se llamaba «Seis primos en la granja». Espero que el presente os guste tanto como el primero.

Sinceramente,

Enid Blyton

Capítulo primero

Los seis primos charlan

—Todo está concluido. Podríamos ir a visitar Holly Farm —propuso Jane, una hermosa mañana de diciembre—. Los Roker ya se han ido. Desde ayer está vacía la granja.

—¡Sí, vayamos! —aceptaron entusiasmados Roderick y Susan. Melisande también asintió. Estaba excitada ante la perspectiva de examinar su nuevo hogar.

Jack y Cyril se asomaron por la ventana y los otros les gritaron:

—¡Nos vamos a visitar Holly Farm! ¡Los Roker se han marchado! ¿Venís?

Los dos muchachos abrieron la ventana y saltaron al alféizar.

—¿Qué son estos gritos? —inquirió Jack.

—¿Todavía no habéis terminado vuestras tareas del sábado? —quiso saber Jane—. Hemos decidido ir a echar una ojeada a Holly Farm.

Los seis primos empezaron a charlar a voz en grito. Jane y Jack eran mellizos, casi de dieciséis años. Susan era su hermana menor, de doce.

Melisande, Cyril y Roderick eran sus primos. Cyril tenía también dieciséis años, Melisande quince y Roderick era el más joven de todos, más incluso que la pequeña Susan. Se sentaron, charlando por los codos, con «Meneítos», el perro de aguas de color negro, escuchando como si entendiera cuanto se decía.

—Llevamos ya tanto tiempo con vosotros que Mistletoe Farm me parece mi hogar —exclamó Melisande, mirando en torno de la salita, cómoda aunque no muy limpia—. Sí, echaré todo esto de menos.

—¡Vaya! Llevamos aquí ocho meses —afirmó Cyril, contándolos—. Desde que se quemó nuestra casa en la ciudad.

Todos callaron unos instantes, recordando aquel ya lejano día en que sonó estridente el timbre del teléfono, aportando la mala noticia. Susan especialmente lo recordaba todo con suma claridad. ¡Nunca olvidaba nada!

—Jane acudió al teléfono —explicó—, luego mamá, y nosotros le oímos decir que lo sentía mucho y que estaba aterrada. No lográbamos averiguar qué había ocurrido.

—Sí, parece que haya pasado mucho tiempo —observó Melisande—. Y no me importa confesaros que no nos gustó en absoluto la idea de venir aquí. Mistletoe Farm nos parecía un lugar terrible después de Three Towers.

—Bueno, tampoco nos entusiasmó a nosotros la idea —replicó Jane—. A ninguno... excepto a mamá, que siempre se compadece de la gente desdichada. Recuerdo que me molestó mucho tener que vaciar un cajón para tus vestidos, Melisande. Y tampoco podía soportar la idea de compartir contigo mi dormitorio. Lo

cual sigue sin gustarme, pero ya estoy acostumbrada.

—Y a Roderick no le gustaba el trastero al lado de la cisterna —añadió Susan—. Se asustaba del gorgoteo, ¿verdad, Roderick?

—Oh, sí... Creo que era un idiota —musitó el pequeño Roderick—. Ahora nunca oigo el gorgoteo de la cisterna.

—Probablemente también lo echarás de menos cuando duermas en Holly Farm —rió Jane—. Estoy seguro de que allí todo será terriblemente moderno y aseado... ¡hasta el pozo! Es gracioso pensar que os vais a mudar tan pronto.

—Sí... Resultará raro no vivir allí más que tres, de nosotros seis —medió Cyril.

—También lo será para nosotros —corroboró Jack.

—Claro que no estaremos muy lejos —continuó Cyril—. Si papá nos compra un caballo para cada uno, podremos venir a veros muy a menudo.

—Se halla a unos seis kilómetros por carretera, pero sólo a tres a campo traviesa —precisó Susan—. Al menos, esto me dijo Twigg, el cazador furtivo. Y añadió que me enseñaría todos los atajos cuando estéis allá.

Durante ocho meses los seis primos habían tenido que convivir íntimamente.

Mistletoe Farm, ciertamente, no podía albergar a seis muchachos... ¡cuando apenas cabían tres! Ello significó tener que compartir las habitaciones, viviendo casi encima uno del otro, de manera bastante incómoda.

Además, los tres muchachos de la granja Mistletoe eran verdaderos campesinos, mientras que los otros tres eran niños de ciudad, que arrugaban la nariz ante la existencia campestre. Por tanto, se habían producido riñas, disputas y agarradas... si bien ahora los seis primos sentían tener que separarse.

—Ha sido estupendo por parte de vuestro padre comprarle a papá Holly Farm —les dijo Cyril—. Supongo que papá allí será feliz, pudiendo dirigir una granja por su cuenta. Es lo que siempre deseó hacer, pero se veía obligado a vivir en la ciudad, debido a mamá, que no comprende el campo.

—Sí, no lo comprende —afirmó Susan—. Y por esto vuestro padre ha pasado días y años muy amargos, viviendo en la ciudad.

Jane le dio un codazo a su hermana menor. Ésta carecía de tacto. Melisande frunció el ceño.

Susan no entendía por qué no podía expresar libremente lo que pensaba. Y estaba segura de que a su tía Rose, tan despistado, no le gustaría ciertamente vivir en una granja. En realidad, Susan no se la figuraba haciendo el papel de granjera.

Tía Rose era una buena mujer, muy amante de sus hijos y su marido, pero era tan distraída... De joven había vivido en el campo, y como todos los senderos y caminos vecinales le parecían iguales, siempre se extraviaba. ¡Pues y los árboles...! Nunca había sabido distinguir un pino de una encina. Y la asustaban, de noche, con sus ramas tan grandes y el silbido de la brisa moviendo las hojas... Por esto no le gustaba el campo. ¡Pobre tía Rose...! Sí, era muy despistada. En cambio, la madre de Susan era una auténtica campesina, tanto, que el único lugar donde no le gustaba vivir era la

ciudad.

La charla derivó hacia Holly Farm. Se había puesto en venta en el momento preciso. Al principio, los chicos de Mistletoe temieron que su padre la comprase para su madre, ya que Mistletoe era una granja muy antigua, carente de comodidades y con mucho trabajo doméstico. Pero la madre se negó a ir a vivir allí, alegando que no podía abandonar su querida Mistletoe... y así, Holly Farm se compró para los primos. Su padre, hermano del padre de Susan, la dirigiría y su esposa, tía Rose, vendría de Escocia, donde estaba viviendo por el momento; y una vez más la familia, dividida por culpa del incendio de la vieja casa, volvería a juntarse de nuevo.

—Holly Farm tiene luz eléctrica y gas —exclamó Roderick—. Esto le gustará a Melisande, que ya no tendrá que llenar más quinqués.

—Y posee un excelente depósito de agua —añadió Jane—. Y papá afirma que el cobertizo de las vacas está enlosado. No sé cómo lo pasarán las vacas con un piso enladrillado. ¿Creéis que les gustará?

—No me importa lo que les guste o no —observó Melisande—. ¡Me gusta a mí! Al menos, será mucho más fácil de limpiar, y no olerá tan mal como los establos de aquí.

—¡No huelen mal! —se indignó Susan—. Las vacas huelen muy bien.

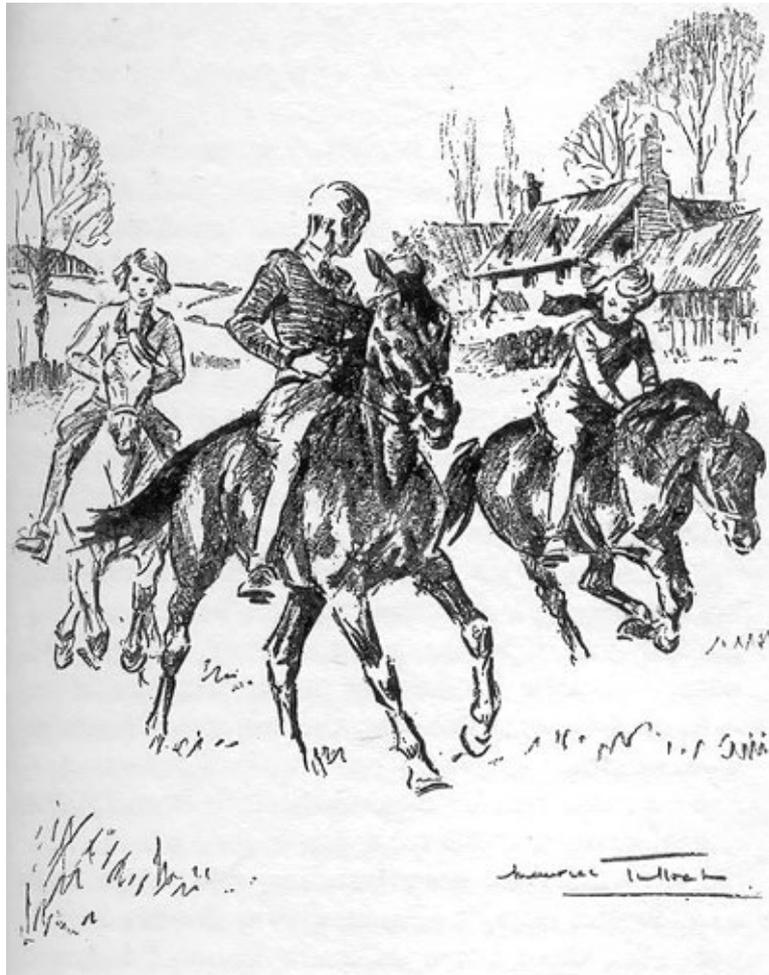
—Los establos también son fantásticos —agregó Cyril—. Claro, son nuevos. Los de aquí son mucho más antiguos. Me gusta que sean nuevos... pero en los de aquí hay algo que me atrae, sin saber qué es.

—Sí —asintió Susan—, es como si te hicieran recordar todos los buenos caballos que han pasado por ellos. Comprendo lo que quieres decir.

—Bueno, si vamos a visitar Holly Farm, será mejor que nos apresuremos —y esto diciendo, Cyril se puso de pie—. Vamos, le pediremos las llaves a vuestra madre. Vosotros podéis ir a caballo y nosotros tres cogeremos el autobús. Llegaremos allí en menos de diez minutos.

Cyril obtuvo las llaves y él, Melisande y Roderick fueron en busca del autobús que pasaba por el final del camino donde en un recodo se alzaba Holly Farm. Los otros tres primos fueron a caballo.

Cabalgaron los tres en la fría mañana decembrina. Jack, al salir de Mistletoe, volvió la vista atrás.



«¡Me encanta que no vayamos nosotros a vivir a Holly Farm!», pensó. «Y me alegra que Mistletoe Farm sea nuestra granja». Luego agregó para sí: «Pero Holly Farm les conviene más a nuestros primos. ¡Les entusiasmará!».

Capítulo II

Holly Farm

Los tres muchachos montados a caballo llegaron a Holly Farm antes que sus primos. El autobús daba varios rodeos, pero los tres jinetes fueron a campo traviesa. Cuando llegaron al caminito, desmontaron. Y entonces contemplaron la pequeña casita de la granja, complacidos.

—Trabemos aquí los caballos —propuso Jack—. Tal vez estén cerrados los establos. Aquí en la verja estarán bien. Susan, ata a «Gordito» lo más lejos que puedas de «Pies Ligeros» y «Sombrita». ¡No quiero que les muerda las colas!

—Está bien.

«Gordito», el *poney* de Susan, tenía mal carácter. Procedía de Islandia y era poderoso, fuerte y resistente. Pero usaba algunas tretas, y una de ellas era mordisquear las colas de los caballos que tenía delante.

Susan, por tanto, lo ató a bastante distancia de «Pies Ligeros» y «Sombrita».

—En realidad, creo que los tontos son los demás caballos, que le refriegan la cola por el morro —exclamó acariciando a «Gordito»—. Si yo fuese caballo, conociendo o «Gordito», siempre le presentaría la cara. Así no tendría ocasión de morderme la cola.

Los tres aguardaron la llegada de sus primos, los cuales no tardaron en aparecer por el sendero.

—¡De prisa! —les gritó Jack—. ¡Venid a ver vuestro nuevo hogar!

Jane no dejaba de admirar la preciosa granja donde sus primos no tardarían en ir a vivir. Estaba muy bien encolada, por lo que resplandecía bajo el pálido sol de diciembre. No era tan vieja ni estaba tan arruinada como Mistletoe Farm, ni parecía tan sucia porque la enredadera que rodeaba el edificio estaba muy cuidada y los cuadros de flores magníficamente atendidos. Los senderos y avenidos también eran muy lindos, sin nada de cizaña. No había musgo en los tejados como en la granja Mistletoe, ni habían dejado que creciera una sola brizna de hiedra.

Por doquier había arbustos y acebos. Eran éstos los que le daban su nombre a la granja^[1]. Un huerto con jardín estaba limitado por un seto bien recortado. Jane lo señaló.

—Aquí trabajarás el año próximo, Melisande, plantando lechugas, rábanos, menta, zanahorias y todo lo demás, como nosotros. Y flores para la casa. El jardín no es tan grande como el nuestro, por lo que tú sola podrás cuidarlo, si no te ayuda tu madre.

Por primera vez el corazón le dio un vuelco a Melisande. La joven había prestado su ayuda en el jardín de Mistletoe, arrancando las lechugas y desbrozando los cuadros

de flores. Pero de repente, se dio cuenta de que probablemente sería ella sola la que tendría que atender aquel jardín, puesto que con toda seguridad sería la única que tendría inclinaciones para ello. Un jardín con huerto se supone que debe cuidarlo una mujer... ya que ningún granjero puede perder su precioso tiempo en una cosa tan nimia. En Mistletoe, el huerto corría a cargo de la esposa y los hijos del granjero.

Y el corazón le saltó a Melisande porque estaba segura de que su madre no sabía ni una palabra de jardines ni huertos, y que ella, Melisande, tendría que cuidarse de todo. Las cosas no iban a ser tan divertidas en Holly Farm como lo habían sido en Mistletoe. En primer lugar no habrían tantos brazos, y en segundo, ¿quién, excepto su padre, sabría cómo realizar aquellas tareas? Su madre, por supuesto, nunca sabría cuándo había que plantar las semillas o arrancar las lechugas.

«Y lo que es peor», pensó Melisande, «sospecho que no podrá aprenderlo».

Después se animó.

«Bueno, con mamá aquí en esta granja tan bonita seguramente se decidirá o aprender algunas cosas. ¡He disfrutado tanto en Mistletoe con lo que allí hacíamos...! Y es bien cierto que al principio todo me parecía odioso... Oh, por favor, ojalá o mamá acaben por gustarle estas tareas».

Cyril estaba contemplando complacido la casita y el resto de los terrenos. ¡Qué bien cuidado, recortado y atendido estaba todo! No faltaba ni una teja de los graneros, ni había un solo seto agujereado. Todos estaban bien cuidados, y las zanjas muy limpias. En realidad, era una granja modelo.

—¡Casi podría dirigirla yo solito! —exclamó Jack—. ¡Está todo tan en orden!... No hay que enmendar nada, no hay que cambiar ningún detalle en absoluto... Sólo llevarla adelante. Tu padre tiene suerte, Cyril.

—Sí, y mamá también se sentirá dichosa —observó el aludido, recorriendo el senderito que llevaba a la puerta principal de la casa—. Será estupendo dirigir esto, no como Mistletoe, sin luz casi, ni agua caliente y con la mitad de las tejas. Entremos a echar un vistazo.

Cyril se imaginaba a su bello y sonriente madre en Holly Farm. Seguramente le sentaría bien. Cuadraría también con su aspecto y su carácter. Recordó su antiguo hogar, Three Towers, que su madre llevaba siempre de manera excelente ya que todo estaba siempre en orden, con las comidas puntuales, muy bien guisadas, la casa siempre brillante y sin mácula, con almohadones y cojines por todas partes y alfombras mullidas. También recordó las alfombras de Mistletoe.

«Raídas y viejas, con unos agujeros en los que uno tropezaba siempre», pensó. «Y unos almohadones sucios y desventrados, porque “Meneítos” siempre salta sobre ellos, y donde permiten dormir a los gatos. Y las cortinas tan descoloridas... Me ha gustado vivir en Mistletoe... pero sé positivamente que me encantará volver a tener un hogar “bello”, con cubiertos relucientes en la mesa y otras cosas tan hermosas».

Estaban ya dentro de la construcción. No se parecía en nada a la casita de una granja, sino más bien a un piso de ciudad. Las habitaciones eran pequeñas y bonitas,

la mayoría cuadradas. Había armarios empotrados en todas las destinadas a dormitorios, por lo que no se necesitaban muebles para tal fin... ¡y ante el gozo de Melisande, también todos los dormitorios estaban provistos de lavabos muy blancos y pulidos! Abrió un grifo. El agua surgió al instante.

—Fijaos —exclamó—, como en Three Towers, Roderick, Cyril. Lavabos en las habitaciones. ¿Oh, Jane, no me envidias pudiendo lavarme en mi cuarto y no tener que ir a sacar agua sucia al pozo? Sin armarios, sin palanganeros... ¡Esta casa es una delicia!

Las ventanas eran amplias y cuadradas, no como las estrechuras de Mistletoe que, aunque bastante bellas, no dejaban penetrar mucha luz. En cambio, todas las estancias de Holly Farm estaban bien alumbradas, lo cual encantaba a Melisande. Entonces bajó a la cocina.

Era totalmente moderna. En un rincón había un hornillo de gas. En el enorme hogar había una cocina moderna, y un calentador que podía dar calor a toda la casa. Jane lo miraba todo en silencio.

—Supongo que esto debe ahorrar mucho trabajo —comentó, a regañadientes—. Pero prefiero nuestra destartalada cocina donde guisa Dorcas. Me encantan aquellas marmitas, las ollas y las grandes cacerolas, y el horno tan inmenso. Es muy grato estar sentada allí, en medio de todo aquello.

—Eres una anticuada —se compadeció de ella Melisande, mirando dentro de la despensa—. Fíjate en esto... ¡todo enlosado, como la cocina...! ¡Y hasta hay un refrigerador! ¡Podremos comer helados siempre que nos plazca!

—¡Magnífico! —aprobó Roderick. Era lo primero que decía. En realidad, no le había gustado el interior de Holly Farm. No se sentía a gusto allí, después de las amables habitaciones de Mistletoe. Aquí todo estaba demasiado «limpio». Estaba seguro de que no le gustaría tanto como Mistletoe. Y, sin embargo..., podría volver a estar con su madre. La echaba mucho de menos, más que Cyril o Melisande. Esto sería muy agradable, claro está.

La vio sentada a la cabecera de la mesa, a la hora del té, tal como tía Linnie hacía en Mistletoe. Tía Linnie poseía una cara bonita, pensó el niño con lealtad, pero su madre era más guapa, y su cabello nunca estaba alborotado como el de su tía. Sí, decididamente sería estupendo tener a su madre en Holly Farm, cuidando de él, el pequeño Roderick, mimándole como antaño.

Los niños examinaron la casa y la granja completamente, de abajo arriba. La casa era bastante espaciosa para todos, si papá no ponía un vestuario y se limitaba o guardar todas sus cosas en la habitación de mamá, o en la alacena del pasillo.

«A mamá no le gustará mucho», pensó Melisande. «Pero supongo que no tardará en acostumbrarse. Roddy, así, podrá tener una habitación para él, tal como le gusta. Aunque estoy segura de que echará de menos su cisterna».

Los graneros estaban en perfecto orden, lo mismo que los cobertizos. La maquinaria y utillaje que el último propietario de la granja había dejado para que la

adquiriera el padre de Cyril brillaba en uno de los cobertizos. Había un tractor y Roderick abrió mucho los ojos cuando lo divisó.

—¡Espero que papá me permitirá conducirlo! —le confió Cyril—. ¿Comprará un coche también?

—Claro —repuso Cyril—. Tendrá que comprarlo para ir y volver del mercado, y llevar y traer cosas de la estación.

No había ganado en la granja. El señor Roker, el último propietario, se lo había llevado todo consigo a una granja mayor. El padre de Cyril tendría que repoblar Holly Farm con ayuda de ganado procedente de Mistletoe. A Roderick esto le parecía excitante.

—¿Cuándo nos trasladaremos? —quiso saber el pequeño—. Yo quiero estar aquí por Navidad. Quiero celebrar aquí la cena de Nochebuena, y ojalá sea la primera cena que hagamos aquí este año. ¿Cuándo llegará mamá?

—Muy pronto, con papá, a fin de preparar la casa y tenerlo todo a punto para Navidad —le calmó Melisande—. Me gustaría que ya no tuviéramos que ir a la escuela a fin de poder ayudarles en todo. Tal vez podamos venir el sábado y el domingo y empezar a realizar algunos preparativos.

Pasaron unas dos horas recorriendo la casa y los terrenos. Por fin, muy a pesar suyo, decidieron regresar a Mistletoe, a su hogar.

«¡Aunque, muy pronto», pensó Melisande «para nosotros el “hogar” será Holly Farm y no Mistletoe! Será agradable volver a tener un hogar, un hogar para nuestra familia y nadie más, aunque me gustan Jack, Jane y Susan. Bueno, nos veremos muy a menudo».

Ella, Cyril y Roderick fueron a buscar el autobús. Los tres desataron a los caballos y cabalgaron por el campo en dirección a Mistletoe.

—¿Qué opináis de Holly Farm? —inquirió tras una pausa Susan.

—Es muy bella... pero es una granja de juguete, no es auténtico —observó Jack—. ¡Yo prefiero mucho más Mistletoe!

En el autobús, Cyril le estaba formulando a Melisande la misma pregunta:

—¿Qué opinas de Holly Farm?

—¡Oh, es estupenda! No es como Mistletoe, tan vieja y tan oscura... ¡A mí dame Holly Farm para vivir!

Capítulo III

El traslado

Naturalmente, lo que más excitó a los chicos fue el traslado. Todos los habitantes de Mistletoe estaban emocionados ante la separación, no sólo Cyril, Melisande y Roderick. Hasta Dorcas «se afanó», como decía ella, lavando y fregándolo todo.

La señora Longfield fue con Jane a colgar las nuevas cortinas, que ya habían llegado. Eran muy bonitas.

—Tía Rose tiene muy buen gusto —reconoció Jane, contemplando los visillos y cortinajes, deseando que en su dormitorio pudieran haber otros tan hermosos. Ahora ni siquiera sabía de qué color eran los visillos de su ventana, tan desteñidos estaban.

—Mamita, ¿no te gustaría poner cortinas nuevas en Mistletoe? —preguntó de repente, viendo cómo su madre admiraba los visillos azules que acababa de colgar en el dormitorio de tía Rose.

—Sí, me gustaría. Pero esto puede esperar. Cuando se lleva una granja hay otras cosas mucho más importantes que hacer, como comprar maquinaria, gallinas o comida para el ganado. Claro que tendré que poner visillos nuevos en tu cuarto. Jane, puesto que los que tienes son los que tenía yo de chiquilla. Es una pena que tú no puedas tener un dormitorio apropiado, tal como el que tendrá Melisande. ¡Especialmente ahora que te has decidido a ser más ordenada!

Jane sonrió. Durante ocho meses había compartido su dormitorio con Melisande y ésta había gruñido ferozmente por la forma en que su prima dejaba todas sus cosas tiradas por cualquier parte. Incluso la amenazó una vez con arrojar por la ventana su equipo de montar si volvía a dejarlo en el suelo.

—Sí, ahora soy más ordenada —confesó Jane—. Pero no sé si conseguiré continuar igual cuando Melisande se haya ido.

—No hables así. Jane —le reprochó su madre, desenvolviendo los visillos de color rojo para el dormitorio de Cyril—. Es un placer no tener que reñirte a cada segundo. ¡Ah, cómo echaremos de menos a tus tres primos!

—Sí, pero será también muy agradable tener la casa para nosotros solos. No me gusta compartirla con tanta gente.

—¿Es que no te he sabido cuidar bien con seis muchachos en vez de tres? —Se ofendió su madre—. Está bien, aguarda... Ahora, cuando estemos solos empezaré a darme cuenta de muchas más cosas... de tus zapatos sucios... de los botones que te falten...

Jane se echó a reír. Se subió al alféizar de la ventana para pasar el visillo por la varilla. Fuera en el patio, Roderick, Susan y «Meneítos», estaban abriendo un cajón, con ayuda de un escoplo y unos alicates. La señora Longfield miró hacia abajo y

pensó que podían hacerse daño.

—Creen estar ayudándonos —murmuró—. Pero lo más fácil es que se corten una mano... o el hocico de «Meneítos»: ¡Siempre se mete en todo!

Habían planeado poner el linóleo, las alfombras, y colgar las cortinas antes de la llegada de los muebles. Ahora ya no tardarían en tenerlo todo arreglado y tía Rose esperaba poder estar con sus hijos en casa a la hora del té del día del traslado.

—¿Quién ayudará a tía Rose? —preguntó Jack, que entró a ver cómo trabajaban su madre y su hermano—. ¿Tendrá a alguien como Dorcas?

—Vendrá alguien —le contestó su madre, colgando otro visillo—. Y Dorcas ha conseguido que su sobrina venga de día. De modo que tía Rose no tendrá apenas nada que hacer, por lo que no tendrá motivos para equivocarse, como siempre. Podrá continuar teniendo sus manos pulidas, y podrá estar muy guapa cuando tío David vuelva del trabajo... coso que yo jamás puedo hacer con vuestro padre. ¡Estoy siempre tan atareada!

—Oh, mamita, tú siempre estás guapa —exclamó Jane, sorprendida—. Y estoy segura de que papá opina lo mismo, aunque no lo diga. Además, tú me gustas más que tía Rose.

—¡Calla! —le dijo su madre al ver que Melisande entraba en la habitación, encendida por la excitación y dispuesta a prestar su ayuda en todo para el montaje de su nuevo hogar—. Hola, Melisande. ¿Todavía no has terminado de poner los visillos en el cuarto de Roderick?

—Sí. Y he ayudado a Cyril a colocar las alfombras de su habitación y la mía. ¿No es divertido, tía Linnie? Tengo ya ganas de trasladarme.

—Nos encontraremos raros sin vosotros —suspiró su tía—. Pero para vosotros será muy agradable poder volver a estar al lado de vuestros padres, formando otra vez una verdadera familia. Para esto son las familias: para vivir juntos en la amistad y el amor.

—Como la tuya, tía Linnie —reconoció Melisande, inesperadamente—. Me gustaría vivir un poco más cerca de vosotros, y no a cuatro kilómetros o más de distancia. Seguro de que tendré que venir a veros muy a menudo para preguntar cómo se hace esto y aquello. Es una suerte que mamá pueda tener una persona que la ayude, y que además venga la sobrina de Dorcas. Ella sola no podía hacer nada.

—Bueno, querida, si os veis en dificultades, ya sabes que ahora ya posees ciertos conocimientos de una granja, lo mismo que Cyril y Roderick —le recordó su tía—. Seguramente podréis solucionar ya muchas cosas por vosotros mismos. ¡No es posible vivir ocho meses en una granja como Mistletoe sin aprender parte del oficio!

Cuando se marcharon aquel día. Hoy Farm parecía ya un auténtico hogar. Los alfombras en el suelo y los visillos de las ventanas le daban un aspecto de comodidad muy envidiable. Melisande contempló la casa y le gustó la idea de vivir en ella.

«A papá le gustará», pensó. «Será feliz en el campo. Lo mismo que yo, aunque jamás lo hubiera dicho. ¡Qué estupendo será poder posar la Navidad en nuestro

hogar!».

Por fin llegó el día del traslado. Era viernes, por lo que Melisande, Cyril y Roderick fueron a la escuela. Rogaron poder ayudar, pero su padre se opuso.

—¡Será mejor que no enredéis! Vuestra madre ha visto la casa y ya lo tiene todo planeado... sabiendo exactamente dónde tiene que ir cada mueble. No os necesitamos.

Con gran excitación, los tres hermanos cogieron un autobús diferente del ordinario aquel viernes por la tarde para dirigirse en dirección opuesta a la corriente. Saltaron del vehículo al comienzo del sendero de su casa. Echaron o correr alocadamente, a la luz del crepúsculo. En el cielo, muy límpido, brillaba ya el lucero de la tarde. Los chicos fueron saltando por encima de los charcos pulidos de escorcha hasta que por fin divisaron su nuevo hogar.

—¡Allí está! —gritó Roderick, de repente, al percibir una luz que se filtraba por una ventana—. ¡Oh, qué bello es! Mamá ya estará allí.

Corrieron al atravesar la verja y se precipitaron a la puerta de la casa. Penetraron en el vestíbulo, sintiendo al momento el calor de la calefacción central que calentaba la casa de arriba abajo. ¡Qué diferencia de las heladas habitaciones de Mistletoe!

—Mamá, ¿dónde estás? —gritó Roderick con impaciencia, y abriendo de par en par la puerta del saloncito.

Allí estaba su madre, sentada ante un alegre fuego, tan joven y bonita como siempre.

Los tres muchachos se abalanzaron a ella y tanto Melisande como Roderick exclamaron lo mismo:

—¡Caramba! ¡Somos ya más altos que mamá!

Su madre pareció atragantarse ante aquel alud y los apartó de sí, riendo.

—Uno a la vez, queridos. Melisande, cómo has crecido... Y estás más gruesa... ¡Oh, Cyril, no pareces el mismo!

—Bueno, también he crecido —reconoció el joven, maravillándose del aspecto de su madre.

—No, es la forma de llevar el cabello... tan corto... ¡tan sumamente corto! Ahora tendrás que dejarlo crecer como antes. ¿Y cómo está el niño de su mamita, mi pequeño Roderick?

Roderick estaba tan contento de volver a ver a su madre que ni siquiera se enfadó al oírse llamar «niño de su mamita». Se sentó en el brazo del sillón y abrazó a su madre.

—¡Oh, querido Roderick, no te veo bien! ¿Dónde están mis gafas?

—¡Si las llevas puestas, mamá!

—¿De veras? ¡Claro! Por eso no te veo bien. Vaya con nuestro nuevo hogar, queridos.

—¡Es estupendo! —admitió Melisande, dando un vistazo en torno suyo por el salón y maravillándose ante la diferencia que ofrecía con lo sucia y desordenada

salita de Mistletoe—. ¡Oh, mamá, qué agradable es volver a tener almohadones y flores por todas partes... y unos atizadores tan brillantes... y todo tan perfecto y pulido...!

—¡Y una radio magnífica! —añadió Cyril, alegremente—. En Mistletoe apenas se permitía oírla, porque tío Peter siempre tenía que leer el diario. ¡Y esto, a pesar de que sabía que a tía Linnie le encantaba escuchar los conciertos!

—Tu querido tío es un ogro —rezongó su madre en voz baja—. Pues aquí podrás poner en marcha la radio cuando quieras. Éste es vuestro hogar y haréis lo que os dé la gana. No habrá ningún tío Peter que os diga lo que podéis y lo que no podéis hacer. Ni ninguna tía Linnie siempre atareada, con la cara roja y ordenando siempre algo.

Roderick se atiesó un poco. Quería mucho a tu tía Linnie.

—¡Pues es una mujer estupenda! —observó, con lealtad.

—Oh, claro —su madre volvió a atraerle hacia sí—. Pero jamás sabe dónde están las cosas, ¿verdad? Tan distinta de mí... —En aquel momento se sobresaltó—. ¿Y mis gafas? ¿Dónde están?... Ah, sí las llevo puestas...

Todos la miraron y ella se echó a reír. Era tan bonita como un cromó, con el cabello muy bien peinado. Los perlas de sus dientes chispeaban por efecto de las llamas de la chimenea.

—¡Estás tan joven! —la alabó Cyril—. Y hueles tan bien... ¡y tu vestido es precioso! ¡Sí, eres la madre que todos deseamos!

—Pero tía Linnie no deja de ser también estupenda —objetó Roderick en voz baja—. ¡Tú eres mucho más bonita, mamita, pero tía Linnie es estupenda!

Capítulo IV

El té en Holly Farm

—Bueno, tomemos el té —propuso la señora Longfield, apartando o Melisande y levantándose—. Toca el timbre, querida. Todo está listo. Hemos podido tenerlo todo dispuesto rápidamente gracias a que vosotros colocasteis las alfombras y los visillos el otro día. No creo que tarde ya popó. Ha ido a dar una vuelta por la granja... aunque todavía no hay mucho que ver.

Se abrió la puerta y apareció la doncella. Estaba muy digna con su uniforme negro y el blanco delantal almidonado. Llevaba la tetera de plata y el jarro del agua caliente en una bandeja. Los niños la contemplaron estupefactos.

—Éstos son mis hijos, Ellen —presentóles la señora Longfield. La doncella les dirigió una sonrisa muy seca.

—Sí, señora. Eh... alguien dejó abierta la puerta de la casa. ¿La cierro?

—Yo lo haré —se ofreció Cyril. Todos estaban tan excitados al entrar, que se olvidaron de cerrar la puerta.

—No me gusta nada —murmuró Roderick, refiriéndose a Ellen, cuando los pasos de ésta fueron perdiéndose por el pasillo.

—No seas gruñón, querido —le reprochó su madre—. Tuve suerte de persuadir a Ellen a venir al campo. Por supuesto, de no tratarse de una granja tan moderna, no habría accedido.

Melisande contempló con placer el delicado mantel, los platos con filigranas y dibujos, y la tetera de plata. Hacía tiempo que no veía una mesa tan bien dispuesta. Tan diferente de la mesa de Mistletoe, con su tetera desportillada, el sucio mantel y los platos... llenos de comida, eso sí, pero sin ningún dibujo, sino de loza común.

—Es agradable volver a ver todo esto. No me daba cuenta de cuanto echaba de menos este servicio hasta que lo he visto. Así era todo en Three Towers, antes de que se incendiase.

—Sí, temo que no os gustaba estar en aquella pocilga de Mistletoe —dijo su madre con simpatía—. Bien, queridos, aquí no estaremos nunca en una pocilga, sino que viviremos como siempre hemos vivido, aunque esta casa sea más pequeña y carezcamos de ciertas comodidades.

Roderick también miraba la mesa... pero con mucho menos placer. La tetera de plato y las filigranas de los platos no significaban nada para él. ¡Lo que vio fue la falta de comida! ¿Dónde estaban el plato con jamón, los pedazos de tocino, el pastel de frutas, el queso de leche, y los pedazos de mantequilla que siempre acompañaban al té de la tarde en Mistletoe? Estaba hambriento y casi de nada iban a servirle aquellas galletas y la mantequilla para el té. ¡Vaya, si era capaz de comerse un buey

entero!

—¿Esto es todo lo que hay? —se quejó. Pero en aquel momento alguien golpeó en la ventana y una alegre voz exclamó fuera:

—¡Qué vista tan bonita! ¡Toda mi familia reunida, de nuevo!

—¡Papá! —chilló Roderick, y apartó su silla con tanta precipitación, que cayó al suelo. Corrió al vestíbulo seguido de Melisande y Cyril. Su padre no tardó en verse asaltado y abrazado, mientras todos reían alegremente.

—Ha sido maravilloso veros a todos sentados en torno a la mesa —repitió David Longfield, quitándose la chaqueta de cuero y colgándola en el perchero del pasillo—. Bien, ahora voy a besar a vuestra madre antes de lavarme. Sentada a la mesa parecía tu hermana, Melisande. ¡Rose, ya estoy aquí! ¡Dame la bienvenida a nuestro hogar!

Su esposa le dirigió una sonrisa, complacida de que la hubiera tomado por la hermosura de Melisande. Pero observó que las botas de su marido estaban sucias, así como sus manos y le apartó después del beso.

—¡Ve a lavarte, grandullón! Y procura no oler como tu hermano en Mistletoe. ¡De prisa, que nos espera el té!

David no tardó en regresar, ocupando su asiento al extremo de la mesa, resplandeciente. Era la primera vez en ocho meses que tenía a toda su familia reunida bajo un techo de su propiedad. Estaba encantado. Los amaba mucho a todos y ahora podría vivir a su gusto. ¡Sería granjero y viviría en el campo!

Contempló admirado a su esposa. Era feliz teniendo a su lado una persona tan linda y pulida; no como la esposa de su hermano, Linnie, siempre con su delantal sucio, apresurada y con el peto alborotado. Se había convertido en la mujer típica de un granjero, y le gustaba que Rose no se le pareciera. Quería a su lado alguien decorativo, alguien que todos pudieran admirar.

Roderick se sentó junto a su padre, contento de tenerle otra vez a su lado. Cogió un pedazo de mantequilla y una rebanada de pan muy grande... ¡y se lo tragó todo de un bocado! Y al cabo de un segundo ya no tenía nada en la boca.

—¡Roderick! No puedes comer de esta manera estando conmigo —se horrorizó su madre—. Oh, querido... temo que nuestros hijos tendrán que aprender de nuevo los buenos modales. Su estancia en Mistletoe les ha quitado la educación y la cortesía, aunque les haya mejorado la salud... si bien sigo creyendo que Melisande está demasiado gruesa.

—¡Mamá! ¿Cómo puedes decir esto de nuestros modales? —se quejó Melisande, herido en su orgullo—. Pues si vieras los de Jane, entonces sí tendrías motivos de reproche.

—Jane carece de modales en absoluto. Lo mismo que Jack. Y en cuanto a Susan... y aquel perro llamado «Meneítos»...

—¡«Meneítos» es muy lindo! —Se irguió Roderick, engullendo rápidamente un pedazo de pan con mantequilla y estando a punto de ahogarse—. ¡Y yo le echaré mucho de menos! No digáis nada contra «Meneítos»... Y... bueno, ¿no puedo comer

nada más?

—Querido Roderick... ¡oh, querido! Estás sobreexcitado, ¿verdad? —se interesó su madre con su argentina voz—. ¿Qué quieres comer a la hora del té?

—Pues... jamón, o huevos, o pastel de frutas y un pedazo de queso de leche —repuso Roderick, recordando todo lo que en Mistletoe componía el té de las cinco—. Y hasta salchichas...

—¡Salchichas! —Su madre estaba verdaderamente estupefacta—. ¿A la hora del té? ¡Seguramente no debíais comer estas porquerías con el té en Mistletoe!

—Pues claro que sí. Todos los días —afirmó Roderick—. ¿Verdad, Melisande?

—Sí, es que allí, mamá, a la hora del té es casi la cena —explicó la jovencita—. Pero aquí supongo que después del té cenaremos, ¿no?

—Claro —respondió la madre—. Pronto os acostumbraréis a ello. Sencillamente, tenéis que reajustaros otra vez a las antiguas costumbres.

Roderick dejó ver su enfurruñamiento.

—No sé cómo podré resistir hasta la hora de la cena. Cuando salgo de la escuela siempre me muero de hambre. ¿No le gustaría más a papá llenarse el vientre a la hora del té? ¿O es que no estará hambriento al volver del campo?

—Oh, Roderick, los niños nunca se quejan de nada delante de los mayores. Díselo, David.

—Bueno... tal vez sería conveniente comer un poco más a la hora del té —replicó David Longfield, dirigiéndose a su aturdida esposa—. El trabajo del campo obre el apetito. Yo también me he acostumbrado a comer fuerte a las seis de la tarde, mientras he trabajado en la granja de Escocia.

—Supongo que no perderéis todos los buenos modales de antes —se indignó su mujer, dejando caer unas lagrimitas—. Al fin y al cabo, para mí ha sido un sacrificio volver al campo... después de tantos años. ¡Estoy segura de que volveré a extraviarme por todas partes...! Y aquí no hay ningún guardia de tráfico que indique el camino. ¡Ni pasos cebra!

—Claro, querida... Pero tampoco hay mucho tráfico —se apresuró a tranquilizarla su marido—. Ya verás como todo irá de maravilla. Además, el campo es un buen tonificante, y tú necesitas un buen descanso.

—Sí, eso es cierto —convino Rose, más animada—. Y tenemos que pensar en Melisande. Realmente, debe hacer las cosas apropiadamente. Sería horrible no educarla como es debido.

Ya tranquilizada, la señora Longfield se dispuso a mostrarse encantadora una vez más. Cuando quería era muy aguda y divertida y tenía una risa muy argentina y agradable. Se dispuso a conquistarles a todos con sus halagos y arrumacos, y lo consiguió. Cuando finalizó el té, todos pensaban que lo mejor que podía haberles ocurrido era estar todos juntos de nuevo en Holly Farm.

Sin embargo, Roderick seguía hambriento al levantarse de la mesa. No quiso decírselo a su madre, pero saliendo subrepticamente del salón se fue a la cocina. Tal

vez Ellen le daría un poco de pan y queso.

Ellen estaba sentada junto al fogón, leyendo. Fuera, en el fregadero alguien lavaba, pero Roderick no vio quién era. Ellen levantó la mirada.

—¿Qué pasa? —le preguntó al niño con frialdad.

—¿No tendrías un poco de pan y queso para mí? —inquirió Roderick, contemplando aquella aseada cocina y comparándola desfavorablemente con lo de Mistletoe, donde Dorcas guisaba con el alféizar de la ventana siempre con tiestos de geranios, y el enorme reloj de péndulo.

—¿Ahora? —se extrañó Ellen—. ¿Un poco de pan y queso cuando acabas de tomar el té? ¿Se lo has dicho a mamá?

—No. He venido a pedírtelo a ti porque tengo hambre.

—Pues lo siento. No me gusta animar a los niños a que entren en la cocina, y a menos que me lo ordene tu madre no te daré nada —fue el ultimátum de Ellen. Volvió a sumirse en su lectura, y Roderick un poco asustado, salió de puntillas de la cocina.

De pronto, sintió añoranza de Mistletoe, de sus primos, de tía Linnie y de la gorda y sonriente Dorcas en la cocina... ¡y sobre todo de «Meneítos»! No quiso volver con los otros. Por tanto, abrió la puerta del jardín y se deslizó fuera. ¡Roderick estaba seguro de que Holly Farm no iba a gustarle en absoluto!

Capítulo V

Todo en torno a Roderick

Había luz en la ventana del fregadero. Roderick recordó haber oído allí a alguien. ¿Quién sería? ¿Una amiga de Ellen?

Se asomó a la ventana. Y en el mismo instante se abrió la puerta trasera y alguien salió al patio con un cubo en la mano. ¡Roderick la reconoció al punto!

Era Sally, la sobrina de Dorcas, que a veces iba a Mistletoe a visitar a su tía. Era una jovencita regordeta, de unos diecisiete años, con unas mejillas como manzanas y una mata de pelo muy espesa.

—¡Sally! —gritó Roderick, entusiasmado.

La joven dio un salto.

—¿Quién es? ¡Oh...! Eres tú, Roderick... ¿Qué haces aquí fuera, a oscuras y con este frío?

—Nada —dijo Roderick sin faltar a la verdad—. Salvo desear que Ellen fuese Dorcas.

Sally lanzó un respingo.

—Son tan distintas como la noche del día. No se soportarían ni dos minutos. Me pareció oírte pedir un poco de pan y queso. Aguarda aquí y te lo daré.

La muchacha desapareció y no tardó en salir con una generosa ración de pan y queso. Lo puso todo en la mano de Roderick.

—Toma. Dorcas hubiera hecho lo mismo... ya que sabe lo que es un chico hambriento. Si quieres algún bocado, pídemelo a mí y no a esa señoritingo.

Roderick lanzó una carcajada. ¡Señoritingo! Era un nombre que le venía pintiparado a Ellen. Le susurró las gracias a Sally y fue a comerse el pan y el queso o un cobertizo. Entonces volvió a acordarse de «Meneítos», el perrito, preguntándose cuántos perros tendría su padre.

«Los granjeros siempre tienen algún perro —pensó—. Espero que papá no tarde en tener alguno. Y quizá más adelante podré tener un cachorro».

Volvió adentro de la casa, sintiéndose mucho mejor después de su charla con Sally y de haberse comido el pan y el queso. Y decidió hablar con su padre de los perros cuanto antes.

Ellen ya se había llevado las cosas del té. El salón parecía muy cómodo y coquetón con las cortinas corridas, y el fuego que chisporroteaba, crepitando alegremente. Su madre estaba sentada, confeccionando un almohadón, cabe el fuego, y Cyril escuchaba la radio. Melisande estaba a punto de subir a su dormitorio. Todavía no lo había visto amueblado.

El señor Longfield leía el diario, hundido en un sillón. De cuando en cuando

miraba a su esposa y sonreía. Se sentía muy feliz. Un hogar, toda la familia a su alrededor, y una granja que sólo esperaba ser atendida para empezar a dar buenos rendimientos. Estaba determinado a sembrar en todos los prados, a tener vacas en los pastos, ovejas en las montañas y gallinas en el corral. También tenía una pocilga... con el suelo enlosado, tan reluciente que casi podía comerse en él. Se sentía feliz por ser el propietario de una granja tan moderna.

—¿Todavía no has subido a ver tu dormitorio? —le preguntó su madre a Roderick—. ¿Te gusta?

—No lo he visto todavía.

—¿Pues dónde has estado todo ese tiempo?

Esta pregunta era la favorita de la señora Longfield. Siempre quería saber dónde estaban todos en un momento dado y qué hacían.

—Oh... he dado una vuelta por ahí —repuso vagamente. No explicó que estuvo en la cocina pidiendo pan y queso, ni pensó en delatar a Sally.

—Yo voy a ver mi cuarto —dijo Melisande, levantándose de la silla de una vez—. Ven conmigo y verás el tuyo, Roderick. ¿Vienes, Cyril?

—Sí. Y confieso que es maravilloso estar tan cómodo en el mismo día de la mudanza. Todo está en su sitio, perfectamente colocado.

—Excepto los cuadros —puntualizó la madre—. Papá los colgará esta noche. Iré con vosotros y veré si os gustan las habitaciones.

Subieron todos juntos, desembocando en un corto y amplio pasillo. Al mismo daban tres puertas, y al doblar la esquina había otro que daba al cuarto de baño.

—Ésta es mi habitación —les explicó la madre, y abriendo la puerta vieron un dormitorio que recordaba mucho el de Three Towers, aunque mucho más pequeño. Todo era nuevo y bonito, y la colcha hacía juego con los visillos, lo mismo que en su antiguo hogar.

—Tu dormitorio es como tú, mamá —exclamó Melisande—. Qué distinto del de tía Linnie, ¿verdad?

—¡Uff! El cuarto de tía Linnie es una leonera —se estremeció la madre—. Sin duda, con aquella cama grande y pesada... Allí no hay nada que sea bonito. La única pega de aquí es que vuestro padre no tenga vestuario propio. Tendrá que dejar sus ropas en mi cuarto, lo cual no me gusta nada. Bien, vamos a ver tu dormitorio. Melisande.

Las otras habitaciones eran todas limpias, bonitas, encantadoras. La señora Longfield sabía elegir las cortinas, los visillos, las alfombras, las colchas y los muebles. Melisande estaba entusiasmada con su cuarto, que daba al huerto, aunque a esas horas estaba demasiado oscuro para ver nada.

A los muchachos también les gustaron sus respectivas habitaciones, aunque Cyril halló la suya demasiado afeminada. Estaba tan acostumbrado a compartir el dormitorio de Jack, con sus tablas desnudas, las viejas cortinas y los viejos y desconchados muebles, que su nuevo dormitorio le pareció más propio de una chica

que de un chico. Una mullida alfombra cubría todo el suelo, la cama estaba tapada por una colcha de seda y en el lavabo se veían unas preciosas toallas de colores. La lámpara de la mesilla era muy linda, y Cyril pensó en la cara que pondría Jack cuando la viera.

—Es una casa maravillosa, aunque algo pequeña —observó Melisande—. ¿Dónde dormiré Roderick?

—Hay una escalera detrás del baño —les explicó la madre, yendo todos hacia allí—. Ellen duerme en un cuarto de arriba, y al lado, bajo el tejado, hay un cuartito que era el trastero. Será estupendo para Roderick.

—¡Oh, ya estoy acostumbrado a los trasteros! ¡Con tal que esté al lado de una cisterna! —exclamó Roderick, ante la estupefacción de su madre—. Si oigo los gorgoteos del agua como en Mistletoe, me dormiré mucho antes. Me gustaba.

—Creí que desearías olvidar aquella horrible habitación, y no recordarla —le reprochó su madre, abriendo la puerta del final de la escalera. Roderick miró al interior. Le gustó enormemente. Tenía una forma muy graciosa, con el techo inclinado y curvado en una esquina. La ventana era muy baja... con el alféizar a la altura de las rodillas del niño.

A un costado del cuarto corría una estantería no muy alta. Su madre había colocado allí algunos libros y unos cuantos juguetes salvados del incendio. Roderick los reconoció entusiasmado.

—¡Es una habitación piramidal! —opinó—. La mejor de la casa.

Se asomó a la ventana y divisó un árbol que llegaba casi al alféizar de la ventana.

—Hay un árbol ahí fuera. ¿Es que mi ventana da al patio? ¡Magnífico! Así podré oír el canto del gallo cada mañana, el cacareo de las gallinas y los gruñidos de los cerdos... cuando tengamos de todo.

Los otros le dejaron en su cuartito complacidos de que le gustase. ¡Ni a Melisande ni a Cyril les había gustado en absoluto!

—Nosotros nos daríamos constantemente coscorriones con ese techo tan bajo —comentó la joven—. Y gracias a Dios que Roderick está tan lejos de nosotros, por lo que no tendremos que soportar sus cantos ni sus silbidos. Es un niño terriblemente ruidoso.

Roderick era feliz con su nuevo cuarto. Estaba seguro de que a Susan le encantaría. ¡Y también a «Meneítos»! El perro husmearía por todos los rincones y aprendería de memoria toda la estancia con su hocico. Después se sentaría en el lecho y miraría a su alrededor, como diciendo:

«Sí, es muy bonito. Y si yo viviera aquí no me importaría venir a dormir contigo, Roderick, para hacerte compañía».

No dejaba de pensar en «Meneítos». Roderick no se había dado cuenta hasta entonces del afecto que sentía por aquel perrito negro, de ojos pardos. Si al menos tuviese uno suyo... ¿Cómo lo llamaría?

Roderick se hundió en una lenta ensoñación, con muchos nombres apropiados

para perros, tratando de hallar uno muy bonito. Pero no se le ocurrió ninguno.

Por fin bajó a hablar con su padre.

—Papá, los granjeros han de tener perros, ¿verdad? Como los tienen en Mistletoe. ¿Tendrás tú alguno?

—Sí, los dos que tenía en Escocia, que me los enviarán aquí —le contestó su padre, dejando el periódico—. Son unos perros excelentes, aunque cruzados. Cuando trabajaba allí no podía permitirme el lujo de tener perros de raza. Pero te gustarán.

—¿Cómo se llaman?

—«Rayo» y «Lince».

—Vivirán en la casa, ¿no? —inquirió Roderick, esperanzado. Pero antes de que su padre pudiese contestarle, fue su madre quien habló:

—No, de ninguna manera. ¿Quién ha oído nunca que los perros de una granja vivan en la casa? ¡Vivirán en las perreras!

—Papaíto, ¿no podría tener yo un perrito? —suplicó Roderick, sabiendo perfectamente que ni a «Rayo» ni a «Lince» se le permitiría asomar el hocico dentro de la casa.

—No veo por qué no —asintió su padre, complacido de que su hijo no se asustase ya de los perros como antes. Pero su esposa volvió a interrumpirle.

—No, Roderick, no tendrás ningún perrito. ¿No te acuerdas de «Arván», aquel fox-terrier tan hermoso que tantas veces te he contado que yo tenía de pequeña? El del pelo blanco y muy rizado, y una cinta colorada al cuello con un cascabel... Yo lo quería con locura... Pero se murió al año y lo sentí tanto que estuve tres meses en una clínica. No, no quiero perros en casa. ¡Cuando les pones cariño, se mueren... y entonces se sufre demasiado! ¡Y yo no quiero que tú sufras por nada, hijo mío!

—¡Pero no todos los perros se mueren, mamá! —protestó Roderick.

—¡Pobre hijo mío! Se mueren los perros y se mueren las personas. Los únicos animales que duran son los loros y las tortugas... y las cotorras. ¿Te acuerdas, David, de nuestra vecina Dorotea —añadió Rose, aturdidamente, cambiando de tema con volubilidad—, aquella cotorra? Se murió a los noventa años, de ronquera... No, Roderick —insistió al observar el gesto de pesar del muchachito—, nada de perros. Y no te enfades con tu mamá, que tanto te quiere. Ven aquí, amor mío.

Pero Roderick no se le acercó. Se quedó donde estaba, mirando al suelo, muy enfadado. No quería seguir siendo el niño de mamá. Sólo quería tener un perro.

Capítulo VI

La primera noche en Holly Farm

Era divertido acostarse en aquellas camas tan cómodas. Y también lo era poseer un baño caliente y no tener que acarrear el agua en pesados cubos desde abajo, como tenían que hacer en Mistletoe siempre que uno quería bañarse. Y resultaba sumamente agradable poder leer con una lámpara al lado del lecho, y no a la luz de aquellas chisporroteantes velas de la otra granja.

Melisande y Cyril tardaron mucho en desnudarse, estudiando hasta en sus menores detalles sus respectivas habitaciones. Ambos gozaron del lujo de sus suaves alfombras en vez de las tablas con alfombras raídas. Los dos hicieron correr el agua de los lavabos en vez de tener que ir a golpear la puerta del único cuarto de baño de Mistletoe gritándole a quien estaba dentro, se diese prisa en salir.

Las camas eran muelles y cálidas. Las lámparas de las mesitas de noche esparcían una luz clara y grata, que tornaba la lectura en la cama, en un placer, Melisande recibió calurosamente a su madre cuando ésta fue a darle las buenas noches.

—Oh, mamá... qué diferencia de esto a Mistletoe... Aquello era una cuadra. Ahora que vuelvo a hallarme en una casa decente, no sé cómo pude resistirlo, aunque los últimos meses apenas notaba tantas incomodidades. ¡Pero esto sí que es un hogar!

Su madre se quedó muy complacida. Besó a Melisande y pasó a ver a Cyril.

—Debes estar muy contento de haber abandonado ya la pesada existencia de Mistletoe —le saludó—. Yo lo sentía por vosotros que tuvierais que estar allí tanto tiempo.

Cyril era más leal que Melisande. Recordó de qué manera tía Linnie tuvo que trabajar durante aquellos ocho meses para atender a seis chicos en vez de tres.

—Tal vez fuera bueno para nosotros, mamá. Aquello me fortaleció. Opino que antes era demasiado débil y enclenque.

—Oh, no, querido —replicó su madre—. Eras un muchacho muy atildado y cortés, bien educado... ¡No tienes ninguna necesidad de ser fuerte! Quiero que vuelvas a ser como antes... y que no lles el pelo tan corto. No te sienta bien.

—Pues ahora no opino nada bueno de los tipos que se dejan melena —objetó Cyril, con sequedad—. Y en cuanto a ser fuerte... necesitaré serlo si tengo que ayudar en los trabajos de la granja.

—¡Oh, esto no pienso permitirlo! —Se opuso su madre, estremeciéndose—. ¡Es la primera vez que oigo una idea tan descabellada! Sólo tienes dieciséis años. Tienes que asistir al colegio. Incluso más adelante a la universidad... aunque temo que ahora tendrás que conseguir una beca.

—No soy bastante listo —opinó Cyril, que ya no se hacía ilusiones respecto a su

capacidad intelectual—. Me gusta la poesía y la música y los libros, pero con esto no se ganan becas. He tenido que estudiar mucho desde que empecé a ir al colegio con Jack, y sé que no poseo la inteligencia suficiente para obtener una beca. Por tanto, quítatelo de la cabeza, mamá. Después de este curso pienso ayudar a papá en la granja.

Su madre no quiso discutir. Estaba segura de que si hablaba con su marido le convencería y que aquél persuadiría a Cyril a proseguir sus estudios.

Le dio un beso y se marchó. No sabía si Roderick estaba dormido. Dos horas antes les había dado a todos las buenas noches, subiendo a su cuarto después de una abundante cena. Su madre se había sentido un poco herida. Al fin y al cabo, Roderick era el más joven de sus hijos, y llevaba mucho tiempo sin verle. Al parecer era el que más sentía haber tenido que dejar Mistletoe.

Abrió la puerta de Roderick y entró en el cuarto sin encender la luz.

—¿Quién es? —preguntó al instante el niño.

—Tu mamá, querido.

Se sentó en la cama y acarició a su hijo, abrazándole como solía hacer cuando estaban en Three Towers. Pero el niño no estaba contento.

—¿Qué te pasa, Roderick? —se asombró Rose—. ¿No estás contento de volver a estar con mamá?

—Sí, claro. Pero si tú estuvieses contenta de verme a mí, me permitirías tener un perro. ¿De qué sirve querer a una persona si no se le concede ningún capricho?

Su madre se quedó aturdida. Roderick nunca, nunca le había hablado de esta manera. ¡Parecía como si no la quisiese en absoluto! ¡Esto había ganado permitiendo que sus hijos fuesen a vivir a aquella horrible granja Mistletoe! Roderick habíase olvidado de sus cortesías modales y de su delicada forma de expresarse. La madre se quedó sin habla.

Si se negaba con firmeza a que el niño tuviese un perro, Roderick estaría muchos días enfadado, sin dirigirle la palabra. Si le calmaba un poco, tal vez conseguiría ablandarle. Al fin y al cabo siempre había conseguido hacer de Roderick lo que quería. Por lo tanto, le habló con dulzura.

—Ya veremos, Roderick.

—Lo cual significa que no lo permitirás —se quejó el niño—. Oh, me gustaría estar en Mistletoe con Susan, tía Linnie y «Meneítos». Y me marcharé allí si no me dejas tener un perro.

—Eres un bobo —se incomodó su madre—. Lo que pasa es que ahora estás sobreexcitado por el cambio de casa. Duerme... y mañana ya veremos si permito que tengas un perro. Ahora no quiero hacerle promesas a un chiquillo travieso.

Le besó y se marchó del cuarto profundamente trastornada. ¡Vaya con el asunto del perro! Y lo que más le dolía era no poder complacer a su hijo, porque también a ella le encantaban los perros... pero cuando se morían...

Roderick continuó despierto, hosco y entristecido. Sabía que acababa de enojar a

su madre, pero sentía añoranza de Mistletoe. Quería a tía Linnie. Ésta no le miraba ni le quería, a buen seguro, tanto como su madre, pero le amaba también y le cuidaba con mil detalles, y ella le concedería un perro, si se lo pedía.

Susan también hubiese apoyado sus pretensiones de tener un perro. Lo mismo que «Meneítos», si pudiese hablar. Que casi podía. Roderick se imaginó de nuevo la graciosa y plañidera cabeza de «Meneítos», con sus orejas gachas y sus cariñosos ojos pardos. Si al menos pudiese tener un perro como aquél, sería capaz de soportar todas las desdichas de Holly Farm.



La cisterna que se hallaba cerca de su dormitorio dejó escapar un leve gorgoteo. Roderick se alegró. Era como el amable rumor de Mistletoe. Se durmió aguardando otro gorgoteo, que no llegó, imaginándose que otra vez estaba en su cuarto trastero de la otra granja, con «Meneítos» a los pies de su cama.

Abajo todo era paz y felicidad. Sus padres estaban sentados junto al fuego, contentos de volver a estar juntos. El padre contemplaba a su esposa con placer, viendo lo bien que cuadraba con aquella moderna granja, donde podría cuidar debidamente a sus hijos. Estaría muy bien en la alquería, haciendo mantequilla y nata. Y también dándole de comer a las gallinas. Ambos trabajarían al unísono, y ella le sorprendería comportándose como una verdadera campesina.

A la señora Longfield también le gustaba volver a tener una casa de propiedad. Claro que era muy distinta de la de antaño en la ciudad. Ahora era la esposa de un granjero... y ella le demostraría a todo el mundo que es posible ser esposa de un granjero sin dejar de ser joven y hermosa, asistiendo a los teatros y organizando juntas de caridad, como siempre había hecho.

Sí, le encantaría atender a la granja, aunque apenas sabía distinguir una gallina de un pato. Pero ya aprendería. Lo malo era que sus distracciones iban en aumento de día en día. A veces le resultaba imposible recordar qué tenía que hacer al minuto siguiente... e incluso dónde estaba.

Pero ahora estaba muellemente reclinada en el sillón, bordando una almohada,

junto a su marido, tan guapo, Cyril, tan hombre, su preciosa (aunque un poco regordeta). Melisande, y el pequeñín... Sí, estaba contenta de Roderick, a pesar de que fuese tan tozudo. Bah, no tardaría en convencerle.

Fuera, en la cocina, Ellen continuaba leyendo. Al dar las diez dejó el libro y cogió su botella de agua caliente. Bostezó de manera muy pulida, no como Dorcas que bostezaba abriendo mucho la boca, cuando estaba cansada al final del día.

Pensó en Sally, que se había ido a su casa a dormir y tenía que volver al día siguiente a las siete de la mañana. No sabía si haría buenas migas con Sally. Ésta no era más que una tosca muchacha campesina sin ninguna idea en la cabeza. Además, solo tenía diecisiete años. Bueno, si quería compartir la cocina con Ellen tendría que aprender buenos modales.

En cuanto a los niños, Ellen también les enseñaría que debían mantenerse a raya desde el principio. Cyril parecía buen muchacho... tranquilo y bien hablado. Melisande tampoco le daría mucho trabajo. En cuanto al pequeño Roderick... ¿cómo podía soportarse que pidiese pan y queso inmediatamente después de tomar el té? ¡Ya le enseñaría a tener educación!

Luego pensó en su ama. La señora Longfield era suave y pacífica. No daría mucho trabajo ni armaría jaleos. A Ellen le gustaba. Gracias a Dios no había perros en la casa. De lo contrario, no permanecería en la misma ni una semana. Los perros siempre están ladrando, arañando y revolviéndolo todo.

Ellen se metió en cama. Abajo no quedaron más que los esposos Longfield. Rose miró a su marido.

—¿Tienes que levantarte temprano, querido? Éste es el mal de ser granjero. Siempre hay que levantarse temprano y marcharse a dormir muy pronto también. Como si no hubiese noche en la vida de un granjero.

—Querida Rose, si deseas tener bellas veladas podrás tenerlas —le contestó su esposo—. Tú no necesitas madrugar. Puedes incluso desayunarte en cama. Y aunque yo me levante todos los días a las siete, trataré de no despertarte... y me quedaré contigo todas las noches hasta la hora que quieras. ¡No quiero convertirme en un patán del campo, te lo prometo!

Rose sonrió: no, no le gustaba mucho vivir en el campo. Prefería la ciudad donde una no podía extraviarse tan a menudo. Pero con todo, estaba segura de que no sería un cambio tan malo. Incluso lograría tener memoria... ¡lo cual sería formidable!

Pero no iba a ser tan sencillo como suponía. A la familia que habitaba en Holly Farm iban a ocurrirle algunos contratiempos que nadie podía sospechar en aquella noche feliz, en la que toda la familia se hallaba de nuevo reunida bajo el mismo techo.

Capítulo VII

Sábado

Los seis primos no se vieron durante el final de semana. Jack, Jane y Susan querían ir a visitarles, pero su madre les prohibió que fuesen a Holly Farm para darles tiempo a sus primos a instalarse en su nuevo hogar. Y aquellos tres charlaron y pensaron mucho lo que sus primos estarían haciendo.

—Melisande estará muy contenta de tener un dormitorio tan bonito para ella sola, en vez de tener que compartir el mío —suspiró Jane—. Pero yo también estoy contenta de tener el mío sólo para mí, de veras. Resulta agradable haberme librado de Melisande, de sus frasquitos, botellas y cajitas de perfumes. Yo jamás me acostumbraré a usar crema facial al acostarme.

—Bueno, supongo que la usarás cuando te hagas mayor —replicóle su madre—. No creo que te guste parecerte a esas mujeres tan ajadas que se ven a veces en el mercado, ¿verdad? ¿Por qué no has de parecer bonita? Papá y yo preferimos mirarte cuando estás limpia y aseada, con el cabello brillante y las uñas en perfecto estado.

—También yo —intervino Jack, inesperadamente—. Antes estabas espantosa, Jane. Y olías mal.

—Sólo olía a caballos —la defendió Susan—. ¿A quién le molesta esto?

—A mucha gente —le recordó su madre—. Además, incluso tú misma sueles decir que «Meneítos» huele mal cuando lo empapa la lluvia. Y es cierto.

—Bueno, aunque así sea, a mí no me importa —repuso la niña, acariciando al perro—. Mamita, seguro que Roderick echará de menos a «Meneítos», ¿no? ¿Crees que tía Rose le dejará tener un perrito? Estoy segura de que no lo permitirá.

—Espero que sí —suspiró la madre—. Creo que también les gustaría a Cyril y a Melisande, pero Roddy, realmente necesita un perro, algo que pueda amar y saber que es suyo. Es un chico muy agradable.

—Yo le encuentro a faltar —confesó Susan—. Y sé que «Meneítos» también. Esta mañana subió al cuarto de la cisterna, donde dormía Roddy y lo husmeó por todas partes. Pareció intrigado. No comprende que Roddy y sus hermanos han desaparecido tan súbitamente.

—Bueno, no tardará en volver a verles, sin duda. Y ahora, vete a limpiar el corral por mí, como me prometiste, ¿quieres, Susan? Dijiste que lo harías y me imagino que cumplirás tu palabra, pero si no te apresuras no tendrás tiempo, ya que sé que te gusta entretenerte allí.

—Sí, mamá —contestó la pequeña—. Es un trabajo muy bonito. Y me gusta tener a las gallinas a mi alrededor. Y poner paja nueva en las ponedoras. Las gallinas revolotean por todas partes y creo que hablan conmigo. Y yo les contesto... así:

Y Susan lanzó un cacareo, buena imitación del de las gallinas.

Tanto, que una de éstas se asomó por la puerta abierta a escuchar.

—¡Fíjate! —exclamó Susan, triunfante—. ¿Veis esta gallina? Ha venido a ver qué decía yo en su lenguaje.

—¡Vete ya! —rió su madre, empujándola a ella y la gallina—. De lo contrario, cacarearás en su lenguaje o en el tuyo todo el día. Vete a hablar con las gallinas y los patos... que yo tengo mucho que hacer.

Susan se marchó riendo, con «Meneíto» pegado a sus talones, sus largas orejas rozaban el suelo cuando bajaba la cabeza para husmear algún olor excitante. A Susan le gustaba la escuela, pero también le agradaban los sábados. Había tantas cosas que hacer los sábados... Limpiar el gallinero, dar una vuelta por el patio y mirar bajo los setos por si había alguna gallina escondida... Contar los huevos anotados en el diario aquella semana... Separar los de ayer y anteayer por tamaños y llevarlos...

Jane también se sentía feliz por muchos motivos. Tenía otra vez el dormitorio para ella sola. Durante la semana, se había portado muy bien en la escuela. No había tenido ni un solo cero. Y ahora tenía todo el final de semana para hacer cuanto quisiera. ¿Qué haría?

«Lavaré a “Pies Ligeros” —pensó—. Lo lavaré hasta el último pelo de su cola. Después, limpiaré su establo. Bueno, quizá sea mejor que los limpie todos. Y después podría ir a tapar aquella grieta de la valla, puesto que sé donde hay una tabla del mismo tamaño».

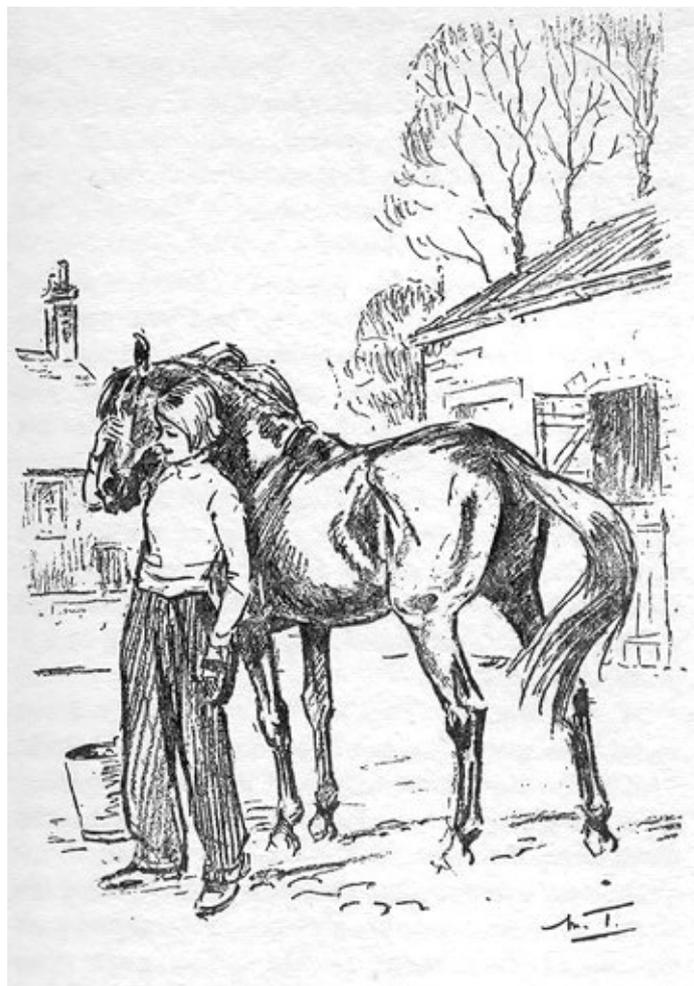
«Pies Ligeros», su caballito, colocó su cabeza sobre la talanquera cuando la vio. Luego relinchó suavemente. Adoraba a Jane y era correspondido.

—Hola —le saludó la joven, acariciando su aterciopelado morro—. Eres el animal más hermoso de este mundo. Hoy no voy a clase, «Pies Ligeros». Es sábado.

El corcel ya lo sabía. Los tres caballos que montaban los chiquillos sabían cuando era sábado. Jane abrió la portalada del establo y «Pies Ligeros» trotó fuera.

Era un caballo castaño de New Forest. Tenía las cuatro patas blancas y una estrella blanca en la frente, y era muy dócil y sosegado. Agitó su larga cola y restregó su morro contra la espalda de Jane.

Ésta silbó mientras le lavaba. Al caballo le gustaba. «Gordito», el caballo de Susan, también se asomó en su establo, contemplando la escena.



—¡A ti no pienso lavarte, «Gordito»! —le advirtió Jane con severidad—. Ayer te portaste muy mal en el establo, mientras esperabas que saliéramos de la escuela, sacando la cabeza por la ventana y comiéndote todas las hojas de una verdura que había sobre la mesa. Eres un caballo muy travieso, y no te quiero.

«Gordito» piafó. Realmente, sólo le gustaba una persona: Susan, aunque ahora también se había acostumbrado a Roderick. Jane jamás lo montaba. «Gordito» tenía la costumbre de galopar a toda velocidad y pararse en seco para ver si podía deshacerse del jinete, arrojándolo al suelo, sólo para divertirse. Aunque esto nunca se lo hacía a la joven Susan.

Jack también era dichoso. Estaba contento de tener su casa y su madre sólo para él y sus hermanos nuevamente, sin los tres primos necesitando su atención. Subió a su cuarto después de desayunarse y arregló el aspecto del mismo reformándolo por completo, ante la sorpresa de su madre.

—Bueno, mamá... esto parecía más el dormitorio de Cyril que el mío en estos últimos meses —se quejó Jack—. Todos sus libros estaban por todas partes, y otras muchas cosas. Ahora es sólo mío y lo he dispuesto del modo que me gusta.

Luego salió con su padre, cabalgando en torno a la granja. Su padre montaba a «Sultán», el garañón gris, y Jack llevaba su propio caballo, «Sombrita», un animal de Dartmoor, de cola y crin negras. A Jack le gustaban estas cabalgadas por la granja con su padre.

Recorrieron los prados, pardos y pelados en diciembre, con la escarcha apoderándose de la tierra, y formando un polvo muy fino donde los terrones se resquebrajaban. Examinaron los setos para ver que no hubiera grietas por donde pudieran huir las vacas y terneras hacia la carretera. Contemplaron solemnemente las vacas y éstas les devolvieron la mirada, sin dejar de rumiar.

—Parece como si masticaran chicle, como los americanos —se admiró Jack, siendo recompensado por una carcajada de su padre.

Cabalgaron hasta la colina donde estaban las ovejas. Vieron que todas estaban en buen estado, con sus recios abrigos para librarlas del frío invernal.

—Ha sido un buen año, Jack —comentó su padre cuando regresaban, después de haber cambiado unas palabras con Hazel, el pastor, el cual les comunicó que tres ovejas esperaban corderitos. Repitió—: Un buen año. Por esto pude comprar Holly Farm para tu tío.

—¿Y si tuviéramos un mal año ahora? —inquirió Jack—. ¿Perderías dinero, papá?

—Sí, pero tu tío es un buen granjero y aunque la vida en la ciudad lo haya ablandado un poco, sé que saldrá adelante. Además, espero que a tu tía Rose acabe por gustarle ser granjera. Tiene que ayudar a tu tío. De lo contrario, no llegarán muy lejos.

—¿Tendrá que ayudar también Cyril a su padre? ¿De veras dejará la escuela como dijo y trabajará en la granja? ¿Por qué no me permites que te ayude yo también? Puedo hacerlo bien.

—Porque no es necesario —replicó el padre—. Tengo buenos hombres y quiero que aprendas a utilizar tu cerebro, de manera que cuando te cuides de la granja no te veas perdido. Y quiero enviarte a una academia de agricultura cuando salgas del colegio y aprendas todos los métodos modernos. ¡Me ayudarás mucho más sabiendo que sin saber!

—¿Pero Cyril dejará de estudiar este año, verdad? —insistió el joven.

Su padre vaciló.

—¡Eh...! Bueno, no tiene necesidad de hacerlo. Tu tío también tendrá algunos empleados estupendos y cuando tenga las vacas, las ovejas, los cerdos y todo lo demás, y empiece a recolectar las cosechas, podrá con todo el trabajo. Aunque a Cyril le convendría ayudar a su padre. Es demasiado remilgado para mi gusto. Realmente, no le causaría ningún perjuicio trabajar un poco de granjero.

—¡Tendría que llevar botas de piel y calcetines, y no sandalias! —sonrió Jack recordando cómo calzaba Cyril, y las artísticas camisas y las floreadas corbatas que llevaba su primo—. Sin embargo, papá, Cyril ha cambiado mucho desde que empezó a vivir con nosotros. Ahora hasta juega bien al fútbol.

Su padre refrenó a «Sultán» para hablar con uno de sus hombres que estaba esparciendo remolacha sobre un campo para el ganado. Jack escuchó a medias la conversación, contemplando los prados con los montes al fondo y la casa de la granja

en primer término.

Miró también los robles donde crecían enormes matas de muérdago, el muérdago que le daba nombre a la casa^[2].

¿Cuántos años habían transcurrido desde que floreció la primera planta de muérdago, plantada quizá por algún pájaro que hincó su pico en una mata y la dejó en un árbol? ¿Cuántos años había ido su padre y su abuelo, y hasta su bisabuelo, cada Navidad a los robles en busca del muérdago para la casa?

«No me hubiera gustado ir a vivir o Holly Farm», pensó Jack por enésima vez. «¡Mi vida está aquí y jamás abandonaré Mistletoe!».

—¿En qué piensas, Jack? —quiso saber su padre, sorprendido ante la formal expresión de su hijo—. ¿En algo agradable?

—Sí, muy agradable —contestó Jack, pero estaba demasiado ensimismado para explicarlo.

Siguieron cabalgando bajo el sol decembrino, mientras los caballos lanzaban el vaho de su agitada respiración al frío de la mañana.

Capítulo VIII

Roddy actúa por su cuenta

Al día siguiente, domingo, la madre de los niños llamó por teléfono a tía Rose en Holly Farm.

—¿Qué tal va todo? Espero que ya estéis bien instalados.

—Oh, sí —exclamó tía Rose—. Todo es perfecto. Y los niños se sienten muy felices.

—¡Espléndido! —alabó la señora Linnie Longfield—. Nosotros los echamos de menos. ¿No querríais venir hoy a tomar el té?

Tía Rose vaciló. Se imaginó el té en Mistletoe, con la mesa llena de comida, con sus hijos rebañando los platos como los primos... ahora que ya estaban tan bien instalados y cuando ella intentaba devolverles sus buenos modales... ¡No, resultaría un poco engorroso!

—Bueno, querida, gracias, pero creo preferible quedarnos todos aquí a pasar el fin de semana —repuso tía Rose con su melosa voz—. Además, no creo que los niños quieran dejar esto. Ya se verán todos mañana en la escuela.

Roderick, que estaba en el pasillo, oyó la conversación. Y se abalanzó a su madre.

—¡Oh, vayamos! —gritó—. Será muy divertido. A Susan le gustará que vayamos.

—Cállate —le riñó su madre.

Temía que tía Linnie lo oyese. Volvió a acercar su boca al teléfono y comenzó a contarle a su cuñada cosas de la casa. Roderick se alejó, desanimado.

¿Por qué no podían ir a Mistletoe a tomar el té? En Holly Farm todavía no tenían nada que hacer, ni gallinas para alimentar, ni ganado que cuidar, ni vacas que ordeñar... Nada en absoluto. Una granja no es una granja hasta que hay animales. ¡Si ni siquiera había perros todavía!

«Hubiéramos podido ir —se dijo Roderick, al salir al patio, pegándole un puntapié a un guijarro—. Hubiera sido delicioso volver a tomar el té allí, un té especial como cada domingo, porque la vieja Dorcas los sábados por la tarde confeccionaba tartas y pasteles que luego comían al día siguiente».

Consideró el asunto cuidadosamente. ¿Y si fuese él? Deseaba ardientemente ver a «Meneítos». Entonces fue al encuentro de Melisande y Cyril que estaban leyendo en el salón. La estancia se veía muy limpia y cuidada, y cálida.

—¡Bah! —Gruñó Roderick, abriendo una ventana—. ¡Aquí se ahoga uno! ¿Por qué no salís fuera? Hace un día estupendo.

—¡Por favor, cierra la ventana, idiota! —le gritó la joven.

Roderick obedeció y se sentó, lanzando un suspiro. Cyril levantó la vista.

—¿Qué te pasa? ¡No añorarás a «Meneítos»!

—Bueno, le encuentro a faltar —reconoció Roderick—. ¿Vosotros no? ¿No os gustaba?

—Olía —se quejó Melisande.

—Como tú —replicó Roderick, muy enfadado—. Ya vuelves a ir perfumada... ¡«Smellisande»!

Melisande contempló colérica a su hermano menor. Cyril se levantó y le dio un bofetón.

—¡Lárgate! —le ordenó—. Lárgate y no vuelvas hasta que estés de mejor humor.

Roderick no se movió. Estaba encendido y se mordió los labios. Sabía que se había portado mal con su hermana y estaba sorprendido de su propia rudeza. Pero después del bofetón, no pensaba pedir disculpas.

—Te he dicho que te largues —repitió Cyril—. Si tienes algo que decirnos, di lo y vete.

—He venido a comunicaros que tía Linnie nos ha invitado a tomar el té. ¿Queréis ir? Mamá ha dicho que no en nombre de todos.

—Bien, entonces no hay más que hablar —asintió Cyril—. Además, yo no quiero ir. Quiero escuchar un programa de radio. Y estoy seguro de que Melisande tampoco querrá afrontar el frío de la tarde.

—En absoluto —corroboró la aludida—. Anda, márchate y no nos molestes más, diablillo.

—¿Y si fuese yo a tomar el té? —insistió el niño.

—Pobre muchachito... que añora a su preciosa tía Linnie, a Susan y a «Meneítos» —rió Cyril, burlón—. Ve a pedirselo a mamá. Seguro que no te dejará ir. Además, ¿cómo vas a ir desde aquí? Los domingos no hay autobús.

—Podría ir andando.

—No conoces el camino. Mira, deja de darle puntapiés a la alfombra y vete a hacer lo que quieras —le contestó Melisande.

Roderick salió del salón, gruñendo, se preguntó qué haría Susan. Y «Meneítos», que siempre hacía algo divertido los fines de semana. Con un perro así siempre estaba uno riendo. También se preguntó si Dorcas habría confeccionado uno de aquellos pasteles de jengibre que a él tanto le gustaban.

«No le pediré a mamá que me deje ir», pensó. «Me negaría el permiso y se enfadaría si la desobedecía. Iré sin decir nada a nadie. Y en Mistletoe diré que yo he aceptado la invitación, aunque se hayan negado a ir los demás».

Y aquella tarde, a las tres, Roderick comenzó a cruzar los prados. Suponía que sería capaz de encontrar el camino. Tenía que atravesar el campo y cruzar el riachuelo, después remontar una colina y al final abrirse paso por el bosque. Al fin y al cabo... bueno, suponía que sabría orientarse. Con su grueso abrigo de invierno y una bufanda al cuello, y sus botas de goma, salió de la casa en secreto. Nadie le vio.

Cuando llegó la hora del té, su padre, su madre, Melisande y Cyril se reunieron en

torno a la mesa.

—¿Dónde está Roderick? —preguntó la madre. Pero nadie lo sabía.

—No tardará en presentarse —predijo el señor Longfield—. No tiene idea del tiempo. Probablemente, se habrá ido a dar una vuelta. Pero debía habérmelo dicho porque le habría acompañado.

Roderick no volvió en absoluto... porque se hallaba a algunos kilómetros de distancia, tropezando por los campos, completamente extraviado. No conocía la comarca tan bien como Susan. La niña no se habría perdido. Parecía poseer un olfato canino, referente a la orientación. Pero el pobre Roderick había dado muchas vueltas, todas equivocadas, y ahora no tenía la más remota idea del sitio donde se hallaba.

Para empeorar las cosas, no había ninguna casa a la vista, ni se cruzó con nadie. ¡Y empezaba a oscurecer! Y comenzó o asustarse.

También sentía un gran apetito. Simplemente, no podía soportar el pensamiento de la mesa cargada de cosas suculentas y apetitosas que habría sobre la mesa de Mistletoe. Tropezó al llegar a una ciénaga, donde resbaló varias veces, tratando de encontrar un camino por alguna parte.

—¡Ssst! —Le silbó de pronto una voz, y Roderick estuvo a punto de caer de miedo. Después, ante su entusiasmo, un húmedo hocico se le plantó en la mano, y algo le lamió. ¿Podía ser... «Meneítos»?

No, no lo era. Pero sí alguien tan bueno. En realidad, se trataba del perrito de aguas, color dorado, del señor Twigg. Al perrito le había puesto el ridículo nombre de «señor Potts», que era el nombre del policía del pueblo. Y el señor Twigg era el cazador furtivo de la localidad.

—¡«Señor Potts», eres tú! —exclamó Roderick, aliviado, y acariciando al excitado perro. Y entonces hizo su aparición el propio Twigg en persona.

—¡Vaya, parece mentira que sea el pequeño Roderick! —Twigg estaba asombrado—. ¿De dónde sales en medio del campo en una tarde de diciembre tan oscura? Estás a varios kilómetros de tu casa.

—¡Oh, Twigg, cuánto me alegro de verte! —exhaló el pequeño como un lamento angustiado—. Creo que me he perdido. Quería ir a tomar el té a Mistletoe... y... y no conozco el camino.

—Seguro que no —le desaprobó Twigg, cogiendo al chico por el brazo—. Bien, confía en el viejo Twigg y te llevará rápidamente a casa, por un atajo.

—¿Te refieres a Holly Farm... o a Mistletoe? —quiso saber Roderick.

Twigg soltó una risita.

—A Mistletoe, ¿de acuerdo?

—Oh, sí —aceptó el niño, aliviado.

Y junto con Twigg emprendieron la marcha por una vereda helada que atravesaba un campo, con «señor Potts» casi pegado a sus talones, con el hocico pegado al suelo. Twigg comenzó a hablar como de costumbre y Roderick le presto toda su atención. Twigg era un cazador furtivo un ratero de los campos y los bosques, pero era muy

buena persona y tenía muy buen corazón respecto a los niños y los animales... ¡y lo que él no supiera de la comarca es que no valía la pena saberlo!

—¿Todavía no ha recibido el ganado tu papá? —le preguntó al niño al cabo de un trecho—. Tiene una granja estupenda, Holly Farm. Tal vez iré allá cualquier día y tú me lo enseñarás todo, ¿verdad?

—¡Oh, sí, Twigg, por favor! —le suplicó Roderick, encantado—. No, papá todavía no tiene el ganado, ni siquiera una gallina. Ni tampoco perros, aunque creo que a papá le envían dos cruzados de Escocia. «Rayo» y «Lince». Pero no serán tan magníficos como «Meneítos» o «Señor Potts». Los perros de agua son los más estupendos.

—¿Por qué no tienes uno para ti? —quiso saber Twigg—. Tener uno de éstos es algo formidable, conveniente para las personas y también para ellos. ¿Qué dirías si un día yo te regalara un cachorrito? La perra de Tommy Lane pronto criará y es una perra de aguas, también como «Meneítos», aunque del mismo color que «Señor Potts».

Roderick se quedó tan absorto ante aquella idea que se paró en seco y «Señor Potts» tropezó contra su pierna.

—Twigg... ¿me darás uno? ¡Es lo que más me gustaría del mundo! —Pero de pronto su rostro se ensombreció—. Mamá no me dejará tenerlo. Quiere tanto a los perros que no quiere tener ninguno.

—No lo entiendo.

—Sí, es un poco complicado. Creo que hace tiempo se le murió un perrito llamado «Arván», con el que estaba muy encariñada y desde entonces tiene un miedo horrible a tener otro.

—Entonces, pídeselo a tu papá —le aconsejó Twigg—. Quizá él logre convencer a tu madre. Y si todo va bien, yo se lo comunicaré a Tommy Lane y éste te guardará el mejor cachorro de la carnada.

Loco de alegría, Roderick siguió andando junto a Twigg, preguntándose cómo podría pagarle un regalo tan magnífico. Y se quedó asombrado cuando de repente se vio en Mistletoe, y los perros se abalanzaron hacia él, ladrando gozosamente.

—¡Ya hemos llegado! —le anunció Twigg, innecesariamente.

El niño se precipitó a la puerta que tan bien conocía. Twigg sonrió para sí y se dirigió a la cocina, por si Dorcas tenía para él algún pedazo de pastel y una buena taza de té para acompañarlo.

«Señor Potts», el perrito, entró con él, anhelando un hueso y un rato de conversación con «Meneítos». Le gustaba Mistletoe. ¡Era una granja tan estupenda y acogedora...!

Capítulo IX

Roddy se ve en apuros

Eran exactamente las cinco y cuarto cuando Roderick abrió la puerta y corrió hacia el saloncito. Olfateó el olor familiar de la granja Mistletoe, un olor compuesto por los leños del hogar, las manzanas guardadas, el horno y los abrigos y las botas de todos metidos en el armario del pasillo. Abrió la puerta de par en par y entró.

Todos estaban sentados en torno a la mesa del té. Acababan de empezar. En el centro resplandecía el quinqué, con su usual luz amarillenta. El hogar destellaba con el fuego. «Meneítos» lanzó un súbito ladrido y salió hacia Roderick, lamiéndole de pies a cabeza.

—¡Roddy! —exclamó tía Linnie, sobresaltada—. ¡Roddy! ¿Vienen también los demás? Pensé que no vendrías. Tu madre dijo que no, cuando la invité a tomar el té.

—Sólo he venido yo —contestó Roderick, abrazando a «Meneítos» y mirándoles a todos—. Quería venir. Y he venido. Caramba, qué bien huele el té.

—Vamos, siéntate —le invitó Susan, empujándole una silla—. Te echábamos de menos «Meneítos» y yo. Y también «Gordito». ¿Cómo has encontrado el camino?

—Me perdí —confesó el niño, y les contó o todos su aventura en el campo y cómo Twigg lo había acompañado hasta la granja. Tía Linnie le cortó un buen pedazo de jamón y &e lo puso en el plato. Ignoraba si su madre estaba enterada de aquella travesura. ¡Haberse atrevido a cruzar el bosque sin apenas conocer el camino!

De pronto sonó el teléfono y todos dieron un salto. «Meneítos» ladró. Jack fue a contestar. Naturalmente, era tía Rose.

—¿Eres tú, Jack? Dime, ¿sabes dónde está Roderick? No se ha presentado a tomar el té a las cuatro y media y no podemos encontrarle. No creo que haya sido tan travieso como para haberse atrevido a ir hasta vuestra casa, pero...

—Está aquí, acaba de llegar. ¡Y creo que se ha metido en un buen berenjenal, tía Rose!

Hubo un profundo silencio al otro lado del teléfono.

—¡Qué tunante es! —suspiró al fin tía Rose, un poco enojada—. Mira que no avisar a nadie... ¡Haz que vuelva a casa inmediatamente... inmediatamente, Jack!

—Pero ¿cómo? —preguntó Jack—. No hay ningún autobús hasta las siete y siempre está atestado de gente que regresa del pueblo. Será mejor que se quede aquí por esta noche.

En aquel momento, la madre de Jack cogió el receptor, de lo que el joven Jack se alegró. No le gustaba tratar con tía Rose en un momento como aquél. La voz de tía Linnie sonó tranquila.

—Todo va bien. Rose. El niño no ha sufrido el menor daño. Seguramente deseaba

volver a vernos. Lo cual es muy cortés por su parte. Supongo que echaba de menos a Susan y «Meneítos». No temas, le daremos bien de comer y esta noche no le pasará nada.

—¡No, por favor, Linnie! ¡Quiero que Roderick vuelva a casa! No podía dormir sin antes darle un beso. Le he dado tan pocos últimamente...

Y, sollozando, colgó el teléfono.

Tía Linnie no se movió, trastornada. Su cuñada Rose, por lo visto, seguía considerando a Roderick como si fuese un bebé. Con su despiste habitual no se había dado cuenta del tiempo transcurrido y de que Roddy era ya todo un hombrecito muy capaz de cuidar de sí mismo.

La señora Longfield apenas supo qué decir al regresar a la salita.

Jack había cerrado la puerta de comunicación, de manera que Roderick y los demás no había oído nada. El niño estaba amedrentado, aunque comía vorazmente, temiendo que no le diese tiempo a acabarse lo que tenía en el plato.

—Tu madre está preocupada por ti, Roddy —le reprochó su tía al entrar—. No debes marcharte nunca de casa sin decírselo. Y cuando ahora vuelvas le dirás que estás muy apenado y que lo sientes mucho. Que no volverás a hacerlo jamás. ¿Qué te parece —se volvió a su esposo—, podrás llevar a Roddy en el auto después que haya comido? No me gusta molestarte en domingo, pero...

—¿Por qué no coge David su auto y viene a buscar al niño? —Se amoscó Peter.

—Dale a Roderick unas salchichas —le ordenó tía Linnie a Susan, preguntándose cómo podría consolar a Roderick y hacer que su marido se dignase ayudarla. También ella había pensado que era el padre del niño el que debía venir a buscarle con el coche, en vez de molestarte Peter, estropeándose así su tarde dominical. ¡Pero Rose era tan rara...!

Jane lo sentía por Roddy, si bien se alegraba de que no se quedase a pasar la noche. Al fin y al cabo, acababan de deshacerse de los primos, y la muchacha no quería que volviesen. Claro está que a Susan le gustaba. Quería mucho a su primita, lo mismo que «Meneítos».

Después de la llamada telefónica, Roderick ya no disfrutó con el té. Temía el momento del regreso. Estaba seguro de que su madre le reñiría y gimotearía. Roddy apenas gozó con las estupendas salchichas e incluso se negó a comer un pedazo de pastel de jengibre.

—Si no te lo comes ahora, llévatelo a casa —decidió su tía, y lo envolvió en un pedazo de papel manila—. Este pastel lo confeccionó Dorcas, pensando en ti.

—Oh... gracias, tía Linnie —dijo Roderick, metiéndose el envoltorio en el bolsillo. De pronto miró o su alrededor. Ahora comprendía lo mucho que le gustaba esta estancia tan poco aseada. Miró el cuadro de los caballos sobre la repisa de la chimenea. Luego el cesto de la leña junto al fuego. El agradable y rubicundo rostro de su tía y por centésima vez se dijo que en el mundo nadie poseía unos ojos tan bondadosos.

Miró también al estólido Jack, que estaba comiendo, y a Jane, con su mata de cabello algo enmarañado. Y a su tío, que ahora se refugiaba tras el periódico, temeroso de que su mujer volviese a mencionar lo del coche. No comprendía por qué había de llevar al niño a su casa. Que se quedase en Mistletoe a pasar la noche.

Susan se acercó a Roderick y «Meneítos» le lamió sus desnudas rodillas con su hocico, después de haberse restregado en las de la niña.

—¿Echas de menos a «Meneítos»? —le susurró Susan.

Roddy asintió.

—Me gustaría que me lo dejases alguna vez —le contestó—. Sólo por una noche... o dos. Hasta que me acostumbre a Holly Farm.

—No puedo —se negó oí instante la niña—. Ya sabes que no puedo. No tan siquiera se lo dejaría ni a la reina de Inglaterra.

—Bueno, la reina no le quiere —arguyó Roderick—, pero yo... yo...

Dorcas entró en la estancia para despejar la mesa. Jane se levantó para ayudarla.

—Yo lo haré —se ofreció Roddy—. Con algo he de pagar este magnífico té. ¡Hola, Dorcas!

—Vaya sorpresa —exclamó la cocinera, acariciando el pelo del pequeño con su tosca mano—. Ahora no me extraña que haya desaparecido la mitad de la comida de la mesa, contigo aquí. ¿Qué tal le va a mi sobrina Sally en vuestra granja?

—No lo sé, aunque creo que muy bien —contestó Roddy—. Es muy buena, Dorcas. Me gusta y la quiero. Es como tú. La que no me gusta es Ellen. Ni tampoco le gusta a Sally. Me lo dijo.

Dorcas soltó un gruñido cuando iba hacia la cocina, seguido de Roddy, que llevaba una pesada bandeja.

—¡Si, es una chica muy orgullosa! O al menos eso me dijo el tendero.

Dorcas siempre lo sabía todo y se enteraba de todo por el tendero, el dueño de la lavandería y el cartero. Tan pronto como sucedía algo, la vieja Dorcas lo sabía. Volvió a gruñir como de costumbre y después rebuscó y sacó unas cuantas salchichas.

—Llévatelas a casa. Sally es una buena cocinera, pero no sabe freirías de esta manera.

—Oh, gracias. —Roderick pensó que le estaban mimando demasiado. Se llevó la bolsa de papel con las salchichas junto al pedazo de pastel.

En la salita estaban discutiendo.

—Tienes que llevarle a su casa, querido —decía tía Linnie a su marido—. Yo quisiera que se quedara esta noche, pero Rose no lo consiente.

—No me importa que Rose lo consienta o no —replicó Peter—. ¿Por qué tengo que salir con este...?

Sólo Dios sabe cuánto habría durado la discusión si de pronto no hubiesen oído ruido fuera... ¡Era el padre de Roderick que venía a buscarle con su auto! «¡Gracias a Dios!», pensó el señor Longfield, corriendo a abrir la puerta.

—¡No podía permitir que tú te molestases! —le explicó el padre de Roderick a su

hermano—. ¿Dónde está ese bobo? Su madre está muy alterada. No quería que viniera a buscarle... Dijo que tú nos lo traerías. Vaya, es una lástima que nos haya agitado este fin de semana.

La señora Longfield pensó secretamente que antes de que transcurriesen muchos fines de semana, ocurrirían bastantes hechos similares, pero no lo dijo. Llamó a Roddy, le besó y mandó al coche. Su padre no podía demorarse ni un instante.

Roddy se mostró muy callado en el auto. Su padre le habló severa pero no amenazadoramente.

—Tienes que pedirle perdón a tu madre. Y no cenarás. Te irás directamente a la cama. Y recuerda, Roddy, que ahora Holly Farm es tu casa y que tú perteneces a mi familia, no a Mistletoe.

—Sí, papá —asintió el niño en voz baja.

Cuando llegó a casa obedeció exactamente a su padre. Le manifestó a su madre que lo sentía mucho, y escuchó el sermón sin rechistar. No pidió la cena y se marchó a la cama inmediatamente. Se desnudó y se acostó. Después, apagó la luz.

Estuvo tendido un buen rato y cuando oyó que los demás cenaban, se levantó, cogió las salchichas y el pastel de jengibre y, como alguien dijo una vez, también él cenaría.

—¡Y estoy seguro de que mi cena es mejor que la que hacen abajo! —se dijo orgulloso.

¡Pero, a pesar de todo, el pobre Roddy no disfrutó mucho con aquella comida!

Capítulo X

Se acerca navidad

El día siguiente era lunes, consecuencia lógica de haber sido domingo el día anterior, o sea día de colegio. Roddy se alegró de ello, marchándose inmediatamente después del desayuno en busca del autobús. Su madre se desayunó en la cama, y él entró en su dormitorio de puntillas, cuando todavía estaba adormilada, besándola y deseándole los buenos días, marchándose acto seguido.

Cyril y Melisande se mostraron muy sarcásticos respecto a su escapada.

—¡Mira que tener que buscarte por toda la granja! —exclamó Cyril—. Y mamá pensando que te habían secuestrado. ¡Lástima que no fuese así!

—Encontré a Twigg. —Roderick trató de desviar el tema.

—Oh, aquel horrible y apestoso cazador furtivo —se burló Melisande—. Cuidado con él. Será mejor que no empiece a venir a nuestra cocina. Ellen le echará fuera al momento.

—¡Pero Sally no! —objetó el niño.

—Sally es una chica tonta —admitió Melisande—. No es tan limpia como Ellen tampoco. Ellen se ha quejado a mamá.

—Ya no veo que Ellen sea tan perfecta, ni mucho menos —replicó Roderick—. A mí me hace el efecto de un pedazo de alcorcho. No, no entraré en la cocina si está ella.

Cyril volvió a referirse al tema de la escapada de su hermano. Estaba muy resentido por haber tenido que buscarla en la oscuridad por la granja, sin encontrarle. Y tantas cosas dijo, que al final su hermano montó en cólera.

—Twigg me aseguró que me regalará un cachorro como «señor Potts» —dijo, tratando de nuevo de cambiar de tema.

—¡Mamá no te dejará tener un perro! —exclamó rápidamente Melisande—. No quiere ninguno en casa. ¡Ni yo tampoco!

—¿Ni siquiera uno dorado como el que tiene el señor Twigg? —se extrañó Roderick.

Ahora lamentaba haberlo mencionado. Melisande podía ir a contárselo a su madre antes de que Roderick sondease a su padre. No sabía cómo cambiar otra vez de tema. Por suerte para él, el autobús llegó en aquel momento y todos subieron.

Melisande se encontró con Susan y Jane aquella mañana en la escuela. Susan corrió hacia ella, muy contenta de verla.

—Hola, ¿qué tal por Holly Farm? ¿Te gusta? ¿Cómo estáis todos?

—Nos gusta mucho —le aseguró la joven—. Deberíais ver mi dormitorio, Susan y Jane. Oh, es perfecto. Las toallas tiene mis iniciales y hacen juego con la colcha. Y

puedo lavarme en un lavabo con agua corriente. Realmente, tenéis que ver mi dormitorio.

—Ahora tendrías tú que ver el mío —replicó Jane, un poco amoscada—. ¡Tengo sitio para todo!

—Y no tengo que lavar los platos ni quitar la mesa —continuó Melisande sin haberlo oído—. Ni siquiera tendré que molestarme cuando lleguen las gallinas. Y en cuanto a limpiarlas... ¡jamás volveré a hacerlo!

—¿Entonces quién lo hará? —se interesó Jane—. Seguro que tu padre no tendrá tiempo. Ningún granjero pierde tontamente el tiempo con sus gallinas.

—Oh, ya lo hará alguien —exclamó Melisande, airadamente—. Además, todo es... bueno, no tenéis idea de cómo ha quedado Holly Farm, con agua corriente y luz eléctrica, y los muebles, las alfombras... ¡y todo! ¡Todo!

Jane y Susan al final se cansaron de escuchar tantas alabanzas. Dejaron a la excitada Melisande y se reunieron con sus amigas. Melisande, aunque de la misma edad de Jane, estaba una clase más atrasada y pronto estuvo contándoles a sus amiguitas todos los detalles de la granja modelo a la que se habían trasladado.

—Espero que se calle pronto —le confió Jane a su amiga Marilyn—. De lo contrario, acabará por hacerme creer que nuestro Mistletoe no es más que una cuadra, anticuada y completamente destartalada.

—Sí, esto es muy propio de Melisande —asintió Marilyn—. No importa, pronto llegarán las vacaciones y no la verás mucho. Nunca me ha gustado tu prima, aunque me he esforzado, sólo por ser pariente tuya.

Las vacaciones no tardaron en llegar y todos comenzaron a realizar los preparativos para la Navidad. La señora Longfield, de Mistletoe, les pidió a todos los habitantes de Holly Farm que pasaran la Navidad en Mistletoe. Al principio, Rose no aceptó porque quería posar aquel día en su propia casa.

Pero a Ellen no le pareció bien tener que realizar un trabajo extraordinario en aquella fecha. Sally se ofreció, pero Ellen le confesó a su ama que con el traslado y el aire del campo no se encontraba con fuerzas para servir en una fiesta de Navidad, por lo que, aunque la señora lo sintiera, lo mejor sería que aceptase la invitación de Mistletoe.

—Y como tanto ella como yo quedaremos libres, no nos importará ir allá a echar una mano —terminó Ellen, haciendo un gran favor.

Melisande y Cyril se sintieron defraudados porque también deseaban pasar el día de Navidad en Holly Farm. Pero Roddy estuvo a punto de gritar de entusiasmo. Y su corazón se inundó de gozo cuando pensó que iba a pasar el día de Navidad en Mistletoe.

«¡Seguro que Dorcas obrará milagros!», pensó. «Tendrá el mayor pastel de ciruelas del mundo y los mejores pastelillos. ¡Será delicioso!».

Y ciertamente fue delicioso. Todos fueron a la iglesia el día de Navidad, y después se reunieron en Mistletoe. Todo aparecía muy bonito, decorado con

muérdago de los viejos robles, y ramas de acebo. El viejo san Nicolás se dejó ver dos veces, con su barba hecha de hebras de oveja, y Susan confeccionó largas tiras de farolillos y cadeneta con papeles de colores.

—Es muy bonito, Sue —ponderó Roderick—. Mucho mejor que nuestra casa. A mamá no le gustan estos adornos porque dice que todo lo ensucian. Oye... vaya estupendo olor que sale de la cocina. ¿Te gustaría que fuésemos allá? Tengo un regalo para Dorcas.

La cocinera estaba inclinada sobre el inmenso horno, con el semblante tan colorado como los botones del acebo que colgaba en la cocina.

Estaba cocinando un pavo. Cerró la puerta del horno y miró a los niños.

—¿Qué es esto? ¿Un regalo tuyo, Roderick? Bueno, jamás hubiese pensado... ¿Por qué te has molestado por la vieja Dorcas?

—Porque eres una persona maravillosa —replicó Roderick sin vacilar—. Yo mismo lo hice, Dorcas.

Era un pedazo de madera que Roddy había labrado y tallado, transformándolo en una figura. Era un pájaro porque a Dorcas le gustaban mucho los pájaros y les daba de comer todos los días. Lo admiró mucho y lo dejó en el sitio de honor, sobre la repisa.

—Creo que te gustará mucho el pastel de ciruelas, Roderick —le anticipó—. Tú me ayudabas a removerlo... ¿recuerdas?

Todos lo recordaban.

—Cuando lo removimos temíamos que papá hubiese comprado Holly Farm para nosotros —rememoró Susan—, y queuviésemos que abandonar Mistletoe. Por eso, mientras lo agitábamos, yo suplicaba y suplicaba que jamás dejásemos Mistletoe, e hice que «Meneítos» también lo pidiese... y nuestro deseo se convirtió en realidad.

—Bien, idos con los demás y dejadme preparar la comida —les ordenó Dorcas—. Y llevaos a esa gata que no hace más que meterse por entre mis piernas. Dejadla junto al fuego en el saloncito y se pondrá tan contenta como... como una gata.

Roderick cogió al felino, y él, Susan y «Meneítos» se reunieron con los demás. La madre de Roddy parecía tan joven y hermosa como de costumbre, y la gente que entraba a saludarles se admiraban de su aspecto. La señora Longfield la miraba maravillada. ¿Cómo lo conseguía? La señora Longfield se contempló a hurtadillas en el espejo y suspiró. Oh, por favor, volvía a tener el pelo revuelto y su cara estaba como una amapola de hacer ahora esto, ahora lo otro...

La comida de Navidad fue inolvidable.

—No es extraño —exclamó el señor Longfield, mirando beatíficamente a su esposa—. ¡Tú y Dorcas sois las mejores cocineras del mundo! Sólo Dios sabe qué hacéis con los pavos para que sepan tan bien. ¿No es una cocinera maravillosa?

—Seguro —afirmó su hermano. Se volvió jovialmente a su esposa—. Lástima que tú no sepas guisar así. Rose.

—Oh, no... —contestó ella—. Siempre confundo las cosas. Si hasta una vez

llegué a freír un huevo con colonia...

Todos se echaron a reír ante el atribulado aspecto de tía Rose.

—¿No sabrías freír patatas, tía Rose? —se interesó Susan—. Yo sí sé, y freír tocino, y hacer café.

—¿De veras? —se admiró tía Rose.

El pastel de ciruelas era el más grande que recordaba haber visto Roderick. Llegó rodeada de llamas purpúreas y amarillas, como una caldera infernal. Y estaba lleno de dinero, al parecer. Roderick sacó una moneda de seis peniques y luego otra de tres. Susan consiguió un chelín. Melisande un centavo ante su disgusto, y Cyril tres peniques. Roderick le ofreció a Jane sus seis peniques, pero la jovencita no se los aceptó.



—Gracias de todos modos, pero ya sabes que hay que guardar lo que uno encuentra en el pastel de ciruelas.

—Entonces te compraré algo con este dinero —se mostró magnánimo Roderick.

Galletas, frutas, nueces, bromas, chistes... todo era bueno en Navidad. La señora Longfield era una excelente ama de casa y no se olvidaba de nada. El señor Longfield la contemplaba con orgullo. Su Linnie trabajaba duramente, pero lo hacía todo bien.

—Sabe hacer el mejor jamón, el mejor escabeche, la mejor conserva de fruta... ¡y siempre está de buen humor! —Levantó la copa y brindó.

—¡Por Linnie, con todo nuestro cariño, que no podríamos vivir sin ello!

Los niños levantaron sus copas llenas de naranjada y jugo de limas y gritaron estentóreamente:

—¡Por mamá, con todo cariño!

—¡Por tía Linnie, la mejor de todas!

—¡Por la mejor madre del mundo!

—¡Por la mejor tía también!

—¡Dios te bendiga, Linnie! —murmuró tío David.

La única que apenas pudo unirse al entusiasmo general fue tía Rose. Había estado

tan abstraída pensando en la vez que quiso hacer sopa y le salió engrudo, que no supo a qué venían aquellos brindis. Pero levantó su copa como los demás.

Capítulo XI

Trabajo en Holly Farm

—¿No podríamos dar una fiesta, mamita? —suplicó Melisande, poco después de Navidad.

Había disfrutado mucho en Mistletoe. Todos disfrutaron, todos, menos tía Rose... y Ellen.

Ésta no había tenido éxito en la cocina. La vieja cocinera no pudo resistir sus melindres, como ella decía. Y Dorcas y Sally trabajaron denodadamente, bromeando y riendo, consiguiendo que la anticuada cocina cumpliera su deber a la perfección. Pero Ellen fruncía el ceño por todo.

—¡Qué lugar! —exclamaba continuamente—. ¡No me quedaría aquí ni un día! ¡Y qué fogón!

—Tal vez nadie te querría aquí ni por un día —se rió Dorcas—. Bueno, dame las servilletas del té... Por favor, ¿es que no puedes lavar nada si no te lo ordenan? Sally, no rías, chiquilla. Pon la marmita en el fogón.

No, Ellen no disfrutó. Dorcas no se dejó impresionar por su elegancia ni sus modales, y Sally se burló de ella. Ellen se alegró cuando regresaron a Holly Farm, con su limpieza y su agua caliente.

Y Melisande ahora quería dar una fiesta. ¿Por qué no? Su madre reflexionó un instante y después aceptó, para el mes de febrero, para su cumpleaños.

—¡Oh, sí! Será estupendo dar una fiesta por tu cumpleaños, mamita —exclamó la hija—. A papá también le encantará.

—¡Le demostraremos a tía Linnie que nosotros sabemos dar fiestas mejores que las suyas! —afirmó la madre—. Les invitaremos, y también a los vecinos, y tú puedes invitar a aquel muchacho tan guapo... ¿cómo se llama? El que estuvo contigo y Jane este verano en una fiesta.

—Ah, sí, Richard Lawson. —Melisande se sentía complacida—. Tiene un caballo maravilloso, «Huracán». Tal vez vendrá con él para enseñárselo a papá. Haremos que venga su madre también. Es una mujer encantadora.

Y Melisande comenzó a trazar toda clase de planes aunque todavía faltaban varias semanas. Lo mismo que su madre. Quitaría esta puerta y aquella... y así el salón quedaría mucho mayor. Convertiría en guardarropa el cuarto de Cyril... Y de comida haría... Bueno, pediría todo lo que hubiera en el pueblo.

Le contó sus planes a su marido, el cual asintió, aunque sin sonreír mucho.

—Recuerdas, Rose, que ahora no estamos en posición tan brillante como antes, ¿verdad? No podemos permitirnos el lujo de dar fiestas extravagantes. No debes comprar tanta comida, y menos encargarse a Londres lo que no encuentres aquí. Debes

limitarte a las cosas caseras y locales como hace Linnie.

—No creí que te enfadases por una fiesta de cumpleaños —se molestó la esposa, como una niña a quien se le prohíbe algo.

—No es eso —la consoló David, rodeándola con un brazo—. Pero ya sabes que las vacas, las ovejas y las gallinas no tardarán en llegar. Rose, y hay que pagarlo todo, y también los salarios. Tendré que pagar un pastor, un ganadero y un viejo vigilante... y hay los sueldos de Ellen y Sally... Tiene mucho gasto una granja como ésta.

—Está bien. Ya me las arreglaré con lo que haya en casa —se conformó Rose—. Supongo que Ellen y Sally saldrán adelante con la cocina. Tendrán que confeccionar pasteles y buñuelos y hacer embutidos... y jamón... ¡Pondré como un buffet!

Mientras Rose perfeccionaba sus planes, el señor Longfield iba adelante con la compra de su ganado. Su hermano Peter, de Mistletoe, le ayudó en todo cuanto pudo. Juntos escogieron los mejores animales del mercado, compraron gallinas de raza y patos magníficos, y una cerda de inmejorable aspecto.

Su hermano le vendió algunas ovejas a punto de criar y por fin llegó el día en que Holly Farm pareció una verdadera granja. Las vacas mugían en el prado, al otro lado del sendero, trotando por encima de la hierba, y la cerda se desperezaba en la pocilga del patio.

—¿Tenemos que tenerla ahí? —preguntó la señora Longfield—. ¿No oleremos a cerdo todo el día?

—No es posible, mamá —terció Roderick—. Los cerdos sólo huelen mal cuando su pocilga es sucia y hedionda. Nuestra cerda tiene su pocilga enlosada y cada día se le friega. Tú nunca, nunca olerás como «Martha».

—¿«Martha»? —Se sobresaltó la señora Rose.

—Sí, yo le he puesto este nombre —le explicó Roderick—. Le sienta bien. Y me gusta.

Las gallinas cacareaban todo el día en el patio. Los patos, aylesbury blancos, nadaban vigorosamente en el estanque. Todos los animales parecían saludables y en gran forma, especialmente «Martha», la cerda, mientras que a Melisande y su madre les parecía insoportable tanto ruido.

—Estoy segura de que nuestros patos chillan más fuerte que los demás —se quejaba la señora Longfield, cada mañana—. ¿Y necesitábamos ese gallo? Al amanecer me despierta con toda puntualidad.

—Sí, es tan bueno como un despertador —confirmóle su marido—. Yo me levanto cuando le oigo. No tienes que preocuparte. Rose. ¡A los pocos segundos estás siempre de nuevo dormida!

Las vacas mugían y las ovejas balaban. El ganadero silbaba, la puerta del cobertizo de las vacas golpeaba cuando hacía viento. La señora Longfield se quejaba constantemente y su esposo procuraba calmarla.

—Si se vive en una granja hay que esperar esta clase de ruidos. Anímate, Rose...

Pronto estarás tan acostumbrada o todo que ni siquiera oirás nada, salvo una especie de rumor de fondo. Y a propósito, querida... ahora que una de las vacas ya ha tenido terneras, y tenemos leche de sobro, ¿qué te parece hacer un poco de mantequilla? Pat, el ganadero, dice que su esposa ya no puede fabricar más y a decirte verdad, yo tampoco puedo consentir que la haga ella. Es muy fácil hacer mantequilla. Me gustaría que tú te encargases.

Rose le contempló estupefacta y horrorizada.

—¿Hacer mantequilla? ¡Imposible! Es un trabajo pesado, moldeando la pasta y batiéndola continuamente. He visto cómo lo hace la señora Lacy y sé que yo no podría.

—No seas tonta. Rose. Sólo es al empezar. Apenas hay que hacer nada y un granjero no puede consentir que su esposa sea perezosa. Las esposas de los granjeros les ayudan. Tú también tienes que ayudarme. Y cuidar de las gallinas. Quiero que les des de comer, cojas los huevos, que los separes y los laves para el mercado.

—¿Y tengo también que limpiar el gallinero tres veces por semana?

—No, esto ya lo hará uno de los muchachos —replicó su marido—. Claro, me persuadiste a que enviara de nuevo a Cyril a la escuela... de lo contrario, él habría realizado ésta y otras muchas tareas. ¿Quieres que me ayude, al fin y oí cabo?

Rose se negó a ello. Quería mucho a Cyril y deseaba que se convirtiese en todo un caballero con grandes estudios.

Rose no se hallaba todavía al corriente de las labores de la granja, y como les ocurre a las personas tímidas, pensaba que jamás llegaría a conocerlas. Hacer las camas, remendar calcetines y coser sus vestidos, sí sabía hacerlo sin equivocarse, pero lo demás... ¿Cómo podría batir la mantequilla y hacer nada? Siempre había creído que esos productos crecían naturalmente de la leche. ¿Cómo era posible transformar ésta en nata y mantequilla? Tal vez metiéndola dentro del frigorífico y helándola, como le ocurre al agua cuando nieva...

De haber caído en ello, Linnie habría podido enseñarle muchas cosas. Pero Rose ni siquiera se acordó de pedirle consejo a su cuñada.

Aquella tarde se dedicó a dar de comer a las gallinas y forrajear a los caballos. Y al terminar se sintió muy satisfecha. Decididamente, empezaba a aprender.

Su marido llegó, encontrándola en el gallinero... y de pronto se quedó estupefacto.

—Pero ¿qué haces?

—Alimento a las gallinitas, querido... —contestó la buena mujer—. ¡Titas... titas!

—¡Pero no con el pienso de los caballos!

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Rose—. Yo me había confundido. Y lo malo es que puse el maíz y el salvado en los establos... ¡Por esto relinchan tanto los animalitos, y yo pensé que era de alegría de verme...!

Afortunadamente, el daño no era grave y David lo remedió. Pero no por ello dejó

de sentirse desalentado.

—Tienes que procurar poner más atención en lo que haces, Rose. Necesito tu ayuda, de lo contrario, no saldremos a flote.

—Oh, perdona querido. Te aseguro que no volverá a ocurrirme tal cosa.

Pero, finalmente, y ante otro error mayúsculo de la pobre Rose, fue Sally quien dio de comer a las gallinas por las tardes, recogiendo los huevos. Y cuando Roddy llegaba del colegio, los lavaba y separaba. Rose temía estropearse las manos manteniéndolas tanto tiempo en agua, con aquel frío invernal.

—Pues a mí me gusta —asintió Roderick—. Aunque ahora llegaré tarde cada día a la hora del té, mamita. Di le a Ellen que me lo deje en una bandeja.

Roderick dejó, pues, de asistir al té de la tarde, pero le guardaban en una bandeja todo lo que le gustaba. Y no era Ellen quien le preparaba la bandeja, sino Sally, la cual procuraba que el niño se alimentase bien, ya que sabía que a su edad es natural tener mucho apetito. Su madre se había asombrado de ver a su hijo devorando bocadillos de jamón, huevos hervidos y grandes y sabrosos pedazos de pastel, cada día a las cinco, después de haberse cuidado de la huevería, como él decía.

Le gustaba aquel trabajo, y fingía que tenía a alguien a su lado: un perro suyo. Y continuamente hablaba con aquel perrito imaginario.

—Mira qué huevo tan hermoso, «Tinker»... tan moreno corrió mi piel. ¡Quieto, perrito, quieto o romperás el huevo! Y aquí tenemos otro. Hoy todos son magníficos, «Tinker». Vaya, pronto acabaremos y veremos qué hay en mi bandeja. ¡Abajo, «Tinker», abajo! ¡Eres un lametón como «Meneítos»! Te daré un bocadillo de jamón si eres bueno.

Nadie le oía, más que las adormiladas gallinas y los gatos del corral. A veces, «Rayo», y «Lince», los dos perros de la granja que dormían en sus respectivas perreras, oían aquellos murmullos y enderezaban las orejas. Pero jamás nadie molestó a Roderick ni a su pretendido «Tinker».

Capítulo XII

Lo que sucedió un sábado

Un sábado ocurrió algo espantoso. Un perro alsaciano, semisalvaje, entró en el prado donde estaban las ovejas y lo rodeó, acosando a dos de ellas. El pastor estaba fuera a visitar a su madre enferma, y el señor Longfield se hallaba en el mercado. Por tanto, fue Roderick el único que se dio cuenta del peligro.

Cogió un bastón y amenazó al perro. Éste se volvió, saltó por el seto y desapareció. Pero el mal ya estaba hecho. Antes de una hora, ambas ovejas habían tenido sus crías... y una estaba muerta al lado de sus dos corderitos, y la otra vivía, pero sólo con un corderito medio muerto.

Roderick sentía tanto horror y tanta lástima que apenas supo qué hacer. ¿Dónde estaría el ganadero?

¡No se le veía por ninguna parte! ¿Dónde estaría el vigilante? Seguramente arreglando alguna cerca, a varios kilómetros de distancia. Y Cyril estaba jugando un partido de fútbol.

Fue corriendo en busca de Melisande o de su madre. Pero cuando contó su historia de la oveja muerta y el corderito casi asfixiado, su madre se puso muy pálida.

—Creo que voy a desmayarme —exclamó—. ¡Oh, pobres criaturas! ¡No... no, no me pidas que vaya, Roderick! ¡No podría, no podría! ¿Por qué se morirán siempre los animalitos?

Roderick dejó que Melisande atendiese a su madre, y volvió al prado muerto de miedo. ¡Tenía que hacer algo! Los dos corderitos morirían si él no hacía nada... y el tercero estaba casi muerto.

Casi saltó sobre Sally, que regresaba de efectuar las compras del sábado. Se asió a ella.

—¡Sally, de prisa! ¿Qué hemos de hacer? Un perro alsaciano persiguió a las ovejas... y ahora una ha muerto después de tener corderitos, y aunque la otra vive...

Se atropellaba de tal manera que Sally apenas le entendió. Después echó a correr por el sendero a toda velocidad.

—¡Ya volveré! —gritó por encima del hombro—. ¡Voy a pedir auxilio!

Desapareció por un recodo y entonces Roderick la oyó gritar desafortunadamente:

—¡Sam Twigg! ¡Eh, Sam Twigg! ¡Sam Twigg!

«¡Twigg! —pensó Roderick, ya con el corazón más aligerado—. Si viene Twigg, todo irá bien».

Y poco después, por el recodo, compareció Sally con la encorvada figura de Sam Twigg, el cazador furtivo, cojeando como de costumbre, con «Señor Potts», su perro, a su lado.

—¿Dónde están las ovejas? —preguntó.

—Allí, en aquel prado —le indicó Roderick, jadeando, y los tres pasaron la cerca y penetraron en el mismo.

—Es mala cosa perder una oveja tan excelente como ésta y que no quede más que un corderito —murmuró Sam Twigg, contemplando la oveja muerta. Las crías estaban vivas y retozando, pero el otro ya había fallecido.

—¿Podremos amamantarlas con biberón? —quiso saber Roderick, bañado en lágrimas.

—No —opinó Twigg—. Son demasiado pequeños. Pronto volverían al sitio de donde han venido. ¡Maldito alsaciano! No es el primer desaguisado que comete. Sally, muchacha, probaremos un truco muy viejo para salvar a estos corderitos. Despellejaré el que ha muerto y envolveré a los vivos con su piel. Entonces veremos si la mamá del muerto quiere amamantar a estos otros. Es su única oportunidad.

Twigg se mostró sumamente hábil y eficaz. En un santiamén, y con la ayuda de una solemne Sally, despellejó el corderito como si fuese un conejo.

Su madre lo había husmeado muchas veces, preguntándose por qué no se movía. Twigg se acercó a los otros dos corderos, que estaban junto a su madre muerta, y los envolvió con la piel del otro.

Roderick lo contemplaba todo atónito, boquiabierto. ¿Qué hacía Twigg?

Pero el viejo sabía muy bien lo que hacía. Llevó a los corderitos recién nacidos a la madre del muerto, y los puso a su lado, con la piel muy tensa sobre ellos.

La madre se apartó. No eran sus crías. Pero no tardó en captar el olor de la piel que los envolvía. ¡Y olían como su corderito!

No tardó en girar de nuevo la cabeza y olerlos. Una y otra vez. Sí, era el mismo olor de su corderito... y, sin embargo, había otro olor muy distinto también.

Olió con más atención. Uno de los diminutos animalitos se agazapó a su lado, buscando por entre la lana. La oveja baló suavemente.

—¡Be...eee!

—Se los quedará —murmuró Twigg, entusiasmado—. ¿Lo veis? Ya los está lamiendo. Dentro de otro minuto los amamantará. Observad.

Conteniendo la respiración, Susan y Roderick observaron. La oveja estaba olisqueando amorosamente a los dos corderitos. Con todo cuidado, Twigg les quitó la piel falsa, a fin de que la oveja pudiera olerlos más libremente. Pronto, el olor de la falsa piel y el de los corderos se mezcló en su olfato, de forma que no consiguió distinguirlos ya entre sí. Ni siquiera se dio cuenta cuando Twigg recogió la piel y se la guardó en uno de sus enormes bolsillos.

Después se dedicaron a contemplar largo rato a la oveja con sus nuevas crías.

—Se las ha quedado —afirmó Twigg—. Bien, Roderick, es un asunto muy triste, y lo siento por tu papá, pero al menos hemos salvado dos corderos.

—¡Oh, Twigg... gracias! —exclamó Roderick—. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—¿Cuándo vendrá el pastor? —quiso saber el viejo—. Tendrá que colocar un

encañizado en torno a la oveja y los corderos. Yo le aguardaré, Roddy. Tú vete con Sally. Le echaré una mano al pastor para enterrar a la oveja muerta. No temas. El trabajo de una granja tiene alternativas. Hay momentos buenos y momentos malos, y, por desgracia, casi siempre más de los últimos que de los primeros.

Roderick se sintió aliviado cuando se vio en la cocina con Sally. Ellen refunfuñó al instante.

—¿Puede saberse dónde ha estado, señorita, todo este tiempo? El autobús ya ha hecho tres viajes mientras tanto.

—Ellen, no ha sido culpa de Sally —la defendió Roderick al punto—. Ha habido un... accidente con las ovejas. Y Sally vino a ayudarme.

Sally no pareció hacerle el menor caso a Ellen. Para ella, podría no haber existido. Fue a la despensa y cogió un pedazo de queso y unos rebanadas de pan y un vaso de leche. Lo puso todo en una bandeja y se lo llevó a Roderick.

—Será mejor que te comas esto, Roddy. Has visto una penosa escena esta mañana y debes estar trastornado. Cómete esto y te sentirás mejor.

Roderick, en efecto, se sintió mucho más satisfecho después de haber comido y haberse bebido la leche. Tenía ganas de que regresara su padre. Y en aquel momento le pareció oír el auto y salió fuera.

Sí... era su padre. Roderick no quería tener que darle la mala noticia, y en aquel instante divisó a Twigg que iba hacia él. Por suerte, Twigg se lo contaría todo.

El señor Longfield pareció sorprendido y apesadumbrado. Era una gran desgracia perder una buena oveja y un cordero. Twigg señaló hacia Roddy y le llamó.

—Roddy —díjole su padre—, te has visto mezclado en una triste experiencia. Pero Twigg me dice que te has portado como un hombrecito y que le has ayudado en todo. Gracias, Roddy.

Su padre se dirigió al prado donde estaba la oveja con sus crías, y también a enterrar a la oveja muerta. Realmente, era mala suerte. Hacía muy pocas semanas que había adquirido aquella oveja. Acto seguido se dedicó a construir una cerca de cañas en torno a la oveja madre y sus nuevos corderitos, con los que aquélla se sentía ya muy encariñada.

—¿Por qué no avisaste a mamá? —le preguntó David a su hijo, que le siguió al prado, cuando hubieron terminado de levantar la cerca—. Ella te habría ayudado.

—Se lo dije. —Roderick desvió la mirada—. Y estuvo a punto de desmayarse. No pudo venir.

—Entiendo —murmuró el padre, y ambos se contemplaron mutuamente.

La señora Longfield se mostró asombrada cuando se enteró de lo que Twigg había hecho para salvar los dos corderitos.

—¡Ese tipo! —exclamó desdeñosamente—. ¡Ese cazador furtivo! Le he prohibido a Ellen que le deje entrar por la puerta trasera. ¡Qué raro que nos haya ayudado!

—Rose... a Twigg no se le prohibirá nunca más que entre en la cocina —replicó

el señor Longfield—. Me harás el favor de ordenarle a Ellen que siempre que venga le dé una taza de té.

—¡Pero nos abandonará si tiene que darles té a todos los pordioseros del distrito, querido!

—¡Que se marche! —gritóle su esposo; saliendo de la estancia. Cerró de un portazo. Melisande y su madre se miraron intimidadas.

—Oh, querida... espero que papá no pierda sus buenos modales haciendo de granjero —suspiró Rose—. Jamás había pegado esta clase de portazos.

—Está trastornado por lo de las ovejas —la consoló Melisande—. Realmente, es una pérdida, mamá. Quizá fuese preferible que no diésemos la fiesta.

Pero antes de poder continuar la conversación, se abrió la puerta y Ellen vino a recibir órdenes. Luego volvió a marcharse. Melisande miró a su madre.

—No le has dado las órdenes de papá —le recordó—. Respecto a Twigg. ¿No se lo dirás?

—¡Ay, me olvidé! Y mira que es raro que yo me olvide de algo... ¿Pero para qué nos sirve Twigg? ¡Ellen vale mucho más que ese viejo desarrapado! Sin ella estaríamos perdidos. Papá puede pensar su modo sobre ciertas cosas... pero nosotras también tenemos que pensar y obrar por nuestra cuenta en otras, ¿no, Melisande?

La jovencita asintió con el gesto. Tampoco ella le daría la orden a Ellen. Twigg seguiría teniendo prohibida la puerta trasera. ¡Era un asqueroso mendigo! ¿Por tanto, qué importaba?

Pero sí importaba, porque por culpa del despiste de Rose y el orgullo de su hija, la familia se estaba dividiendo. No era una familia tan unida como la que moraba en Mistletoe Farm.

Mientras tanto, gracias a Twigg, la oveja del encañizado era feliz, y dos corderitos huérfanos tenían una buena madre. Y Roderick le contó todo lo ocurrido a su pretendido perrito «Tinker».

—Fue maravilloso, «Tinker». Lástima que no estuvieses allí. Hubieras visto lo que hicieron Twigg y Sally. ¡Fue un milagro!

Capítulo XIII

De los gitanos y otras cosas

La otra mala noticia fue la llegada de los gitanos. Un día, el campo comunal de la falda de la montaña no tenía más que matas de aliaga con unos cuantos capullos destacando aquí y allá, y al siguiente habían acampado allí varios carromatos de alegres colores, en realidad, tres.

—Hay carros en el comunal, papá —díjole Cyril.

Los acababa de distinguir desde la ventana de su dormitorio mientras se vestía. Su madre, desde el salón, también los vio. A la luz matinal parecían muy alegres y pintorescos.

—¡Qué bonitos! ¡Como un cuadro!

—A papá no le gustan —explicóles Roddy.

Era domingo por la mañana y los muchachos no iban a la escuela. Roddy se estaba preparando para dar una vuelta a la granja con su padre. Sería una vuelta pequeña, ya que la granja no era tan grande como Mistletoe.

El señor Longfield no se sintió, en efecto, nada complacido con la presencia de los gitanos.

—Esto significa que tendremos que mantener vigilancia continua sobre las gallinas y los patos —observó—. Rose, da órdenes en la cocina de que si se acerca algún gitano a la puerta trasera lo echen al instante y le arrojen los perros.

—¡Pronto estaremos todos locos! —se quejó Melisande—. Hay que recibir bien a Twigg... y echar a los gitanos.

—Melisande, no me gusta que hables así —le riñó su padre, con sequedad.

La jovencita miró a su madre y se encogió de hombros levemente. Vaya, papá estaba de un humor endiablado.

No lo estaba, pero sí un poco preocupado por la granja. La pérdida de la oveja era dura, y en muchos otros asuntos que él esperaba ganar dinero para hacer frente a los gastos ordinarios de la granja las cosas le iban fallando. La mantequilla no se hacía debidamente. Las gallinas no estaban bien alimentadas... y con toda seguridad en la casa se comían demasiados huevos. El señor Longfield había esperado vender el doble de los que se vendían.

No le gustaba tener que hablar de todo esto con Rose. Ésta se impacientaba con los detalles... pero oí menos habría que enseñarle a hacer mantequilla.

La impoluta alquería ya no lo era. Desde antes las esposas de los granjeros colocaban los platos y bandejas rebosantes de nata, ahora no había nada. Rose no aprendía a fabricar la mantequilla y sólo hacía un poco cuando la necesitaba para la casa.

¡Y ahora habían llegado los gitanos ladrones! El señor Longfield ya había sido advertido por su hermano, el propietario de la granja Mistletoe. Una noche se habían deslizado subrepticamente en el patio robando patos, y gallinas y huevos. Les arrojaron carne drogada a los perros para que no les acosasen. Y de no haber sido sorprendidos incluso hubiesen ordeñado las vacas.

—Todos los graneros y dependencias exteriores deberán quedar bien cerrados y atrancados de noche mientras los gitanos estén acampados por aquí —les ordenó el señor Longfield a Pat el ganadero y George el vigilante. Asintieron. Eran buenos hombres, conocedores de su oficio. Les gustaba aquella granja tan moderna, aunque no tanto «la gente de la casa». Particularmente, Ellen. Ésta les miraba desde su orgullo y no les dejaba entrar en la cocina.

—¡Huelen como demonios! —decíale a Sally, arrugando la nariz—. Y fíjate en sus botas... ¿es que no se las limpian nunca?

Como George era tío de Sally, fue una tontería decirlo. La joven se encendió al punto y se produjo una discusión entre ambas en voz alta. La señora Longfield, que estaba sentada en su magnífico salón, oyó la pelea y frunció el ceño. Realmente, la vida del campo era más de lo que podía soportar. Sally no hubiera debido contestarle mal a Ellen.

Riñó a Sally y ésta se enfadó. Sally era muy buena trabajadora, modesta y hacendosa, limpia y puntual, y muy buena cocinera para su edad. Por las mañanas no se retrasaba nunca y no le importaba cualquier clase de labor. Y sentía lástima del dueño de la hacienda cuando veía lo poco que los demás le ayudaban.

La nata se agriaba en la alquería. Y jamás parecía haber bastante mantequilla para la casa, sin que quedase apenas nada para vender en el mercado. Tampoco había jarras con fruta en conserva, ni mermelada, o escabeche en la despensa de la cocina, como en las demás granjas. No era culpa de nadie, claro está, porque como los Longfield acababan de comprar Holly Farm...

Sin embargo, todo esto significaba gastos y pérdidas de dinero. Sally lo sabía y ello inquietaba a su mentalidad estrictamente campesina.

«Una granja como ésta podría vender doscientos huevos por semana y más, y mucha mantequilla, con esta vaca tan excelente... ¡Sí, esto podría dar mucho rendimiento!».

Por lo tanto, emprendió al señor Longfield, cuando le vio contemplando tristemente los cuencos llenos de nata agria en la alquería.

—Si quiere, señor, yo haré la mantequilla —se ofreció—. La señorita Melisande podría ayudarme los sábados. No puedo soportar que se echen a perder las cosas, señor. Yo haré la nata y la mantequilla.

—Eres una buena chica, Sally —le agradeció el señor Longfield. Vaciló y añadió —: ¿Pero y el sueldo? Dudo que pueda pagarte más, por ahora. Ya estoy algo apretado.

—No le he pedido ningún aumento, señor. Permítame que le lleve un poco de

nata a mi madre, señor, y ya estaré bien pagada.

Y Sally se cuidó de la alquería. La señora Longfield se sintió muy aliviada. Ya no necesitaría entrar nunca más en aquel lugar tan horrible. La mantequilla nunca le solía bien, por mucho que agitase la masa.

Era, en cambio, maravilloso lo bien que le salía a Sally. Ésta tarareaba mientras se ajetreaba en la alquería, vaciando la leche sobrante para la ternerita, y separando la nata para la mantequilla.

«Éste sí que es un buen trabajo», pensaba, admirándose de que no le gustase a su ama.

Melisande la ayudó el primer sábado, pero ya no volvió más a la alquería. ¡Que se las arreglase sola la tonta de Sally! Ella no iba a mancharse con la mantequilla. Sally no protestó, pero empezó a gustarle muy poco Melisande.

El señor Longfield, a veces, se preguntaba en qué empleaba los días su mujer. Y también se acordaba de la atareada y eficiente Linnie, cuyos días siempre le resultaban cortos. Lástima que Rose no aceptase lecciones de Linnie respecto a la mejor manera de llevar una granja y realizar las mil y pico de labores propias de la misma.

Un día, el señor Longfield creyó ver a una gitana que se escurría por la puerta trasera. Y fue inmediatamente a interrogar a su esposa.

—¿No le dijiste a Ellen que no permitiese que los gitanos rondasen por aquí?

—Sí, sí, sí —le respondió Rose, distraída—. Siempre le estoy dando órdenes tuyas. ¿Por qué?

—Porque acabo de ver a una gitana por la parte de atrás —contestó él, sin dar más explicaciones.

La gitana venía, especialmente de noche, cuando Sally se había ya marchado a casa. Sabía decir la buenaventura y Ellen estaba chiflada por esta clase de tonterías, cosa muy propia de ella.

La joven estaba en la puerta trasera mientras la gitana leía en su mano y le decía cosas maravillosas de su porvenir. Después la conducía al fregadero y vigilaba mientras la otra leía en las hojas de té del fondo de la taza. Recordaba todos los sueños para que la gitana se los interpretase.

Rose había ordenado que se alejase a los gitanos de la casa, pero Ellen la desobedecía. Y la gitana no tardó en saber exactamente dónde estaba la despensa, la alacena y las llaves de otros sitios interesantes. La mayor era la llave de la alquería. Y la pequeña, la del gallinero.

Y empezaron a desaparecer cosas. Por ejemplo, las servilletas del té. Los cuchillos de cocina y varios tenedores. Y también un par de plantas.

Sally le preguntó por todo a Ellen.

—Bueno, estas cosas corren a cargo tuyo, ¿verdad? —se defendió ésta—. Eres tú quien debe custodiarlas. Y si alguien debe saber dónde está todo, eres tú.

Sally se enfureció inmediatamente.

—¿Piensas que me las llevé a casa?

Ellen no le contestó. Hizo una mueca desdeñosa y se fue al vestíbulo.

Pero Sally la siguió.

—¡Si empieza a acusarme de ladrona, me marcharé! —La amenazó—. ¡Y se lo contaré a mi tía Dorcas! ¡Y vendrá aquí y no dejará títere con cabeza!

Y Ellen no dijo nada más. Pero cuando Rose le preguntó o qué se debían aquellos gritos, murmuró unas cuantas palabras despreciativas.

—De la cocina han faltado unas cuantas cosas, señora, y le estaba diciendo a Sally que esto es intolerable... ¡y me ha chillado!

—Oh, querida... Supongo que no será Sally quien se haya llevado nada... ¿verdad? ¿Crees que es ella?

—No quisiera acusar a nadie, señora —repuso Ellen altivamente, palabras que hicieron creer a Rose que, efectivamente, la culpable era la pobre Sally.

Pero prefirió ocupar sus pensamientos en cosas más agradables. Su cumpleaños se acercaba. Y debía comenzar a enviar ya las invitaciones para la fiesta. Entonces, le contó a Ellen todo lo referente a la misma.

Ellen pareció muy complacida. Sería un cambio... ¡todo estaba tan terriblemente sosegado en el campo!

—El amo dice que deberemos hacerlo todo nosotras mismas —agregó Rose, suspirando—. Bueno, supongo que Sally sabrá preparar una cena fría o el buffet, ¿verdad?

Ellen pareció dubitativa. No le gustaba la idea en absoluto. Ella significaba que tendría que ayudar a prepararlo todo.

—Bien... no sé, señora. En realidad, no es más que una vulgar campesina. Y usted está acostumbrada a cosas mucho mejores de las que puede hacer Sally. ¿No podría convencer al amo para que la dejase traer de Londres una buena cantidad de platos preparados? Como antes, señora. Al fin y al cabo, es su cumpleaños.

Rose era débil. Si Ellen aseguraba que Sally no sabría preparar una cena fría. Rose no tenía por qué molestarse en comprobarlo. Bien, ordenaría la cena a Londres... lo cual era mucho más sencillo... y ¡oh, querido, mucho más satisfactorio!

Capítulo XIV

Pasan los días

Se enviaron las invitaciones. La misma Melisande redactó las tarjetas para los tres primos y Richard Lawson, así como para dos amiguitas suyas de la escuela. Cyril también dio los nombres de los condiscípulos a quienes pensaba invitar.

—Pondremos el «buffet» en el comedor y levantaremos la alfombra de la estancia contigua —estudió Melisande—. Allí haremos la pista de baile. ¡Y les enseñaremos a estos campesinos cómo se hacen las cosas!

—¿Y la comida? —quiso saber Cyril. Pero Melisande se mostró evasiva a este respecto. Rose le había encargado que telefonease a una tienda de Londres para que sirvieran todo lo necesario para una cena fría. Pero lo malo fue que, debido a su eterna distracción, y sin que lo supiera su hija, le encargó lo mismo a Ellen, y ella misma, otro día, llamó a otra tienda pidiendo lo mismo.

—Oh, ya nos arreglaremos —contestó Melisande, deseando darle una sorpresa a su hermano.

Roddy no estaba muy contento con la fiesta.

—No es de la clase que a mí me gustan —declaró—. ¡Solo habrá baile! Y yo no puedo divertirme. A Susan y a mí nos gustaría más una buena cena y juegos, como solíamos hacer en Mistletoe.

—A nosotros no nos importa en absoluto tus gustos ni los de Susan —replicó Melisande—. Y si queréis no tenéis que asistir. Sólo serviréis de estorbo...

—¿Traerá a «Huracán», Richard? —preguntó el niño.

—Sí. Y como será una noche de luna llena, saldremos todos a caballo por el monte —contestó Melisande—. Creo que seremos cinco. ¿Querrás cuidar tú de los caballos en los establos?

—Bueno, no me importa en absoluto —respondió Roddy, complacido—. Sí, cuidaré de los caballos y procuraré que no haya ningún fallo.

—Supongo que tú estarás todo la noche atendiendo el «buffet» —se burló Cyril.

—En realidad, no sé qué es un «buffet» —replicó Roddy—. Sí, ya sé —rectificó el pequeño—, es lo que mamá solía instalar en Three Towers, una mesa muy larga, con toda clase de platos, y se sirve uno mismo o pide lo que más le agrada. Bien, si se trata de esto, ya sé qué es. Y siempre me quedé con hambre.

—¡Seguro que sí! —Gruñó Melisande, colérica—. Ya vi la bandeja que ayer te preparó Sally: salchichas, queso y un pedazo de pastel. En realidad, era un té completo, como los que nos daban en Mistletoe.

—Así es como me gusta —asintió Roderick—. ¡Ojalá que esta granja fuese como Mistletoe! Lo cierto es que esta casa es como otra casa cualquiera, no como una

granja. Vaya, en Mistletoe, las gallinas van hasta la puerta de la cocina, y a menudo Dorcas tiene que entendérselas con un corderito demasiado curioso... o helado, y también con los polluelos. Sí, me gustaría que en Holly Farm ocurriese lo mismo.

—Pues a mí no —rezongó Melisande—. Vete, Roderick, y lávate las manos y la cara antes de volver a entrar. Estás tan sucio como Twigg.

—La semana pasada, Ellen echó a Twigg de nuestra cocina —recordó Roderick—. Y me parece que esta semana hizo lo mismo. Él me lo dijo. Y añadió que Ellen le miraba como si fuese una lombriz a la que quisiera cortar por la mitad. También me dijo que algún día se las pagará.

—Ellen sabe cuidarse de sí misma —contestó Melisande—. ¡No se asusta de los cazadores furtivos! ¡Estoy segura de que Twigg roba huevos de la cocina cuando nadie le ve!

—¡Esto es una infamia y una calumnia! —rugió, Roderick, estupefacto—. ¿Qué pasa con mi familia? ¡No hay nadie ya que sea bondadoso!

Salió de estampida, alargándole la mano a un imaginario «Tinker» para que se la lamiese. «Tinker» era su gran consuelo. Incluso dormía de noche en su cama. Roddy se lo contaba todo a su perro, por lo que para él era casi real.

Roderick ya estaba acostumbrado a Holly Farm, pero no era feliz. Su padre siempre parecía angustiado. Su madre todavía le trataba como si fuese sólo un bebé, sin darse cuenta de que los años pasaban. Cyril apenas reparaba en el niño y Melisande había vuelto a mostrarse altanera y «señoritinga» como Ellen, y apenas veía a los moradores de Mistletoe, lo cual tenía abatido a Roderick.

—Al fin y al cabo no estamos tan distanciados —pensaba—. Pero aparte de ver a Jane y Susan en el autobús, y a Jack en la escuela, jamás veo a nadie de allí. Le pregunto siempre a mamá si puedo ir a visitarles y siempre halla alguna excusa para prohibírmelo.

Los moradores de Mistletoe también se mostraban cautelosos en sus relaciones con los de Holly Farm. Linnie sabía que Rose no deseaba relacionarse con la gente de Mistletoe, temerosa de cometer alguna «pifia» y lamentaba que Melisande se hubiese olvidado de los días felices pasados en la granja. Holly Farm, con todo su lujo y su modernismo, le había trastornado la cabeza.

«Y podía haber sido una jovencita encantadora y muy bondadosa», pensaba su tía, con tristeza. «Bien, bien... por lo visto todavía no ha podido aprenderse la lección».

A Susan le hubiera gustado ver a Roddy cuanto más mejor. Ella y el muchachito pensaban igual en muchas cosas, por ejemplo, respecto a «Gordito» y «Meneítos», y a las gallinas, los polluelos, los huevos y los tiernos corderitos.

Susan, en realidad, era la única que de vez en cuando iba cabalgando hasta Holly Farm. Montaba a «Gordito» y siempre era recibida con sumo deleite por Roderick. «Meneítos» se le abalanzaba encima y le lamía las manos, las rodillas y la cara hasta dejarle completamente mojado.



Susan jamás entraba a saludar a su tía Rose. Y también esquivaba a Cyril y Melisande.

—Sé que no desean verme —le explicaba a Roddy—. En realidad, sólo nos diríamos cuatro tonterías banales y nada más. Por tanto, sería únicamente una pérdida de tiempo. Al fin y al cabo, es a ti a quien vengo a ver.

Roderick le contó a Susan todo lo referente a su imaginario perrito «Tinker». Se lo contó precavidamente, temiendo que la niña se burlase de él. Pero, por lo contrario, Susan le escuchó con expresión grave y solemne. Pareció opinar que «Tinker» era tan real para ella como lo era para Roderick.

—¿Dónde está? —inquirió, mirando a su alrededor.

—A mis pies. Y si alargas la mano te la lamerá. Susan hizo lo que se le decía.

—Sí —exclamó de pronto—, está lamiéndome la mano. Oh, querido... ahora «Meneítos» también le imita. ¿Crees que «Tinker» y «Meneítos» serán buenos amigos, Roddy?

—Lo son ya —le confirmó Roddy—. Dentro de un instante los dos estarán jugando como locos.

Y, cosa extraña, efectivamente «Meneítos» de repente se incorporó y comenzó a dar vueltas en torno a sí mismo, ladrando y pareciendo jugar como un loco.

—¡Fíjate! —chilló Susan—. ¡Está jugando con «Tinker»!

Salvo cuando Susan montaba a «Gordito», y visitaba a Roderick, éste era un muchacho muy solo. No vivía cerca de Holly Farm ningún niño de su misma edad. Cyril y Melisande le trataban como si fuese un bebé. Y aunque le gustaban «Rayo» y

«Lince», eran demasiado viejos y serios para jugar con él.

—Son muy grandes —se quejaba a Susan—. Y me miran como si yo fuese un cachorro, y nunca están dispuestos a jugar como «Meneítos». No son nada divertidos. Además, siempre están con papá, con Pat o con George.

—El único perro satisfactorio es el que posee uno —repuso Susan filosóficamente—. Bien, tendrás que conformarte con «Tinker» hasta que tengas uno de verdad. ¿No iba a darte uno Twigg?

—Sí —respondió Roddy—. Me dijo la semana pasada que la perrita «Tommy Lane» había tenido unos cuantos cachorros y que eran hermosísimos. Y me invitó a que eligiera uno cuando sean bastante mayores para dejar a la madre.

—¡Qué suerte tienes! —Se maravilló Susan—. ¿Cómo has conseguido que tu madre te deje tener un cachorro?

Roddy al oír esto se entristeció.

—Llevo varios días hablando de cachorros y de lo mucho que me gustan, pero mamá parece no oírme. Tendré que pedirle el permiso directamente a papá... sin andarme por las ramas como hago con mamá.

—No me gustaría tener una madre a la que se le tuviera que andar por las ramas. Prefiero una a la que se le puedan decir las cosas directamente.

—Oh, bueno... supongo que no todas las madres son iguales —replicó Roddy, siendo leal a la suya, aunque en secreto estaba de acuerdo con Susan. Era un fastidio tener que hacer insinuaciones respecto a un cachorro, en vez de poder pedirlo claramente.

Las invitaciones de la fiesta yo habían sido enviadas. Y las respuestas no tardaron en llegar. Todo el mundo estaba encantado con aceptar. Richard envió una delicada nota, lo mismo que su madre. Richard, además, añadió una posdata:

«¡Montaré a “Huracán”, especialmente para que vean qué bello es todavía!».

Melisande se echó a reír y pensó en el vestido nuevo que su madre le había prometido. Tenía que ser largo, hasta los tobillos.

—¡Si no estuvieras todavía tan gruesa, Melisande! —le reprochó su madre—. Esos ocho meses en Mistletoe no te han embellecido en lo más mínimo. Otros ocho meses y te habrías convertido en una zafia aldeana como Jane... o como Sally.

A Melisande no le gustaba que su madre le recordase su gordura. Un día se contempló en un espejo. Ciertamente, tenía la cara redonda y muy llena, y su cuerpo estaba grueso hasta el punto de que ninguno de sus vestidos le sentaba bien.

—No creo que esté tan mal, mamá —replicó—. No estoy ni la mitad de gorda que las chicas de la escuela.

—Eso espero —exclamó ferviente su madre—. ¡La mayoría parecen unas vacas! Pero me gustaría que te adelgazases un poco y que tu cara fuese un poco más

alargada. Tienes que tomar ejemplo de mí, Melisande, y no de tu padre. Yo siempre he sido delgada y no recuerdo haber tenido jamás grasa en el rostro. Claro que, bien mirado, apenas recuerdo nada, pero esto de la grasa sí.

—Pues tendrás que conformarte tal como soy, mamá. Además, estoy un poco mejor que Jane.

—¡Oh, Jane! —se burló Rose—. Me sorprende que haya sido capaz de dejar de morderse las uñas. ¡Y no creo que se lave el cuello! ¡Sólo espero que venga vestida con cierto decoro a la fiesta!

—Pronto será el día, mamita —se alegró Melisande, excitada—. Oh, mamá... deseo tanto que llegue... Será un verdadero triunfo para nosotras.

Capítulo XV

Hablando con franqueza

Transcurrieron una o dos semanas. Y llegó el final de febrero, un febrero claro y brillante, con bastante calor a la luz del sol que inundaba Holly Farm y la granja Mistletoe todos los días. En cada granja, las ovejas tuvieron corderitos y el aire llevaba el eco de los balidos de las madres y los gemidos gozosos de los recién nacidos. Susan y Roderick disfrutaban contemplando los animalitos retozando en la hierba de los prados, agitando sus pequeñas colas.

En los setos se balanceaban los amentos de los avellanos, y Roddy pensaba que «colas de cordero» era un buen nombre para los mismos. Las aliagas mostraban ya sus botones, aunque hasta abril no le regalarían al mundo su bello color amarillento. Y los pájaros cantaban alegremente en todas las frondas.

El padre de Susan, en Mistletoe Farm, se sentía feliz. Le gustaba la primavera. En esta época había mucho trabajo que realizar en la granja, y valía la pena. Las terneras recién nacidos, los corderos, los polluelos, los lechones, los patitos... todos nacían en primavera. También había el arado y la siembra, la alegría de divisar los primeros brotes de maíz en los campos. Y los botones de los árboles comenzaban a despuntar, se veían las primeras prímulas... ¡Oh, la primavera era la época en que todo el mundo cantaba o silbaba!

Linnie también estaba siempre muy atareada. Se cuidaba de los corderitos que había que alimentar con biberón, junto con Dorcas en la cocina. También había que enseñarles a las terneras a beber leche en los cubos. Y cuidar de los lechoncillos. Las gallinas ponían sus huevos con más profusión y éstos tenían que ser recogidos, lavados y separados por tamaños. Había que hacer mantequilla. Y Linnie se encargaba de todas estas labores, ayudándola Jane y Susan espléndidamente.

Pero Linnie no las obligaba demasiado. Ellos tenían sus tareas asignados y a menos que ella estuviese demasiado ocupada, no les exigía nada más.

—Tiene razón, señora —decía Dorcas—, no está bien poner una cabeza demasiado seria sobre sus hombros tan jóvenes. Esto jamás ha dado buen resultado. Los niños tienen que ser niños antes de ser hombres y mujeres. Tienen que saber andar antes de correr.

—¡Tú y tus refranes! —reía Linnie—. Estoy segura que eras más joven que Susan cuando ya sabías llevar una alquería, una cocina y un gallinero.

—Tal vez sí. Pero no creo que esto sea bueno para los demás niños.

Por tanto, Susan y Jane podían disfrutar de bastante tiempo libre, una vez realizadas sus labores. Y así podían salir montados en «Gordito» y «Pies Ligeros», porque ambas amaban el campo que las rodeaba. «Meneítos» las acompañaba

trotando y jadeando.

—Así pierde su grasa —decía Susan, mirándole cariñosamente—. Anoche le puse en la báscula del cuarto de baño y ha perdido tres libras desde que nos acompaña y corre.

—¡Vaya, todavía se pondrá tan delgado como tía Rose! —rió Jane, y Susan le secundó en su carcajada.

—Papá dice que su granja no marcha muy bien —comentó Susan—. ¿Lo sabías?

—No. ¿Y tú cómo lo sabes? Papá no te lo ha dicho, seguro. ¡Ya has estado escuchando lo que no debes!

—No pude impedirlo —se sonrojó Susan—. Estaba jugando debajo de la mesa y no sabían que yo estaba allí. Salí luego inmediatamente.

—Es gracioso que siempre juegues debajo de la mesa o detrás de las cortinas —se burló Jane—. Si yo le quiero decir algo privado a mamá, siempre he de mirar en torno por si tú estás por ahí.

—Bueno, sólo tienes que decir: «¿Estás aquí, Susan?», y yo diré que sí —replicó Susan, despechada—. Lástima lo de Holly Farm, ¿verdad? Me pregunto de qué o quién será lo culpa.

Era verdad que Holly Farm no se desenvolvía tan bien como todos esperaban. La mola suerte llega siempre a una granja, más pronto o más tarde... pero parecía corrió si Holly Farm estuviera atravesando una época de continuos desastres.

Una vaca habíase caído a una zanja, rompiéndose una pato. Uno de los caballos estaba misteriosamente enfermo y no podía trabajar. Otras dos vacas habían abatido la cabeza y no comían. «Martha», la cerda, no parecía ser muy feliz y David Longfield temía que cuando los lechoncillos naciesen no tardarían en morir.

El tractor estaba estropeado, por lo que el arado y la siembra se habían suspendido. Cuando David se lo contó todo a su hermano Peter, ambos hombres se contemplaron con desmayo.

—Te ayudaré tanto como pueda —le prometió el segundo al primero—. Pero ésta es una época muy atareada para mí, David. Tendrás que hacer tú el resto. Bien, iré a ver tus vacas.

David Longfield nada le había contado a su mujer de sus pesares. No pertenecía a la clase de esposas a quienes se les puede comunicar las malas nuevas... sólo las buenas. No era como Linnie, cuyo marido sabía que buenas o malas siempre quería saberlas todas, para alegrarse con las buenas y consolarse con las malas.

Los muchachos de Holly Farm tampoco sabían nada de estas catástrofes, aunque Roddy sospechaba que un par de vacas no comían. También se dio cuenta de que uno de los caballos no trabajaba. Le gustaban los tres caballos de la granja, aunque todavía no los conocía bien. También le agradaban las vacas, aunque seguía deseando que no tuvieran cuernos.

En Mistletoe, la granja y la casa era una sola unidad. Linnie conocía a cada vaca, cada caballo... y su esposo declaraba que también a cada oveja. Sabía cuándo era la

época de la siembra y cuándo un campo debía servir de pastizal. Lo observaba y vigilaba todo y pertenecía a la granja tanto como a la casa.

Compartía su parte de la primera y todos los productos los vendía, utilizaba o almacenaba. Cogía huevos, hacía mermeladas y conservas de fruta, adobos y escabeches. Sus sábanas siempre estaban perfumadas con lavando fabricada de los arbustos que en profusión crecían en el patio rodeando el estanque de las carpas. La casa y la granja eran una misma cosa, y Linnie y su marido las disfrutaban.

Pero en Holly Farm, la granja y la casa eran partes separadas. Sólo Roddy en la casa, sabía cosas de la granja, lo mismo que Sally. Los demás nada sabían, ni siquiera el nombre de una vaca, o lo que se tenía que plantar en el campo. Una hilera de repollos de color purpúreo no significaban para ellos jarras de deliciosa jalea, y los arbustos de lavando no le hacían pensar a Melisande en frascos de lavando que había que llenar en verano para almacenarlos junto con la ropa blanca en la cómoda.

Holly Farm y su compra había sido una suerte o una casualidad para la familia Longfield, pero ahora la suerte se había esfumado. La buena suerte necesita que se la sostenga o se la anime, o se merezca, de lo contrario huye. Y en Holly Farm no existía ya la buena suerte, y pronto todos se darían cuenta. El señor Longfield ya lo había notado.

Las cosas no iban bien en Holly Farm. Rose no podía ayudar a su marido. Ignoraba sus deseos y sus órdenes y hacía cosas que aquél desaprobaba. ¡Y ella le desaprobaba también a él!

—Siempre te duermes por la noche, lo mismo que Peter en Mistletoe —se quejaba—. Y jamás estás presente al té de las cuatro y media. Tampoco te acuerdas nunca de restregarte las botas cuando entras en casa. Ellen siempre se queja del estado del vestíbulo.

—¡Que se queje! —Gruñó David, sentándose en un sillón—. Bien, Rose, bien... sé que estoy enojado y cansado y hartos. Me levanto muy temprano y tengo sueño antes de que se haga de noche. Y en cuanto a venir al té de las cuatro y media... es ridículo. ¿Cuándo has oído que un granjero tenga tiempo de tomar el té de la tarde? ¿Por qué no organizas un té completo como Linnie a las seis? Entonces es cuando yo llego hambriento.

—¡Siempre estás hablando de Linnie y alabándola! —se lamentó Rose, amargamente—. Y no es más que la esposa de un granjero, sin gracia ninguna.

—¿Y no eres tú la esposa de un granjero? —replicóle su marido—. Vamos, vamos. Rose... parecías muy contenta de venir aquí y tener juntos de nuevo un hogar... o eso dijiste. Pero no me ayudas en nada. En nada. Y cuando un hombre está cansado desea encontrar un poco de comodidad y consuelo, pero tú lo único que sabes decirme es, ¡qué me limpie las botas en el felpudo de la puerta!

Rose le miró asombrada. David raras veces le hablaba con tanta franqueza. Y se disolvió en lágrimas. Por esta vez su marido no la estrechó entre sus brazos como si fuese una niña privada de su juguete favorito.

—No, no me apoyas. Rose. Y esto es muy importante. No estamos juntos. ¿Cuántas veces te dije que debías mantener alejados de la casa a esos gitanos? Sin embargo, George me ha contado que un par de ellos ronda siempre por la puerta de la cocina. ¿Y cuántas veces te dije que hay que recibir bien a Twigg? En cambio, me he enterado que no puede venir por aquí porque nadie le quiere en esta casa. Y esto no me gusta. Ya sé... ya sé que tu memoria flaquea pero...

Melisande y Cyril llegaron en aquel momento y se horrorizaron al ver llorar a su madre. Acababan de escuchar el tono colérico de su padre desde el vestíbulo, pero ni por un momento pensaron que fuese su madre la que estuviera aguantando el chaparrón.

—¡Oh, Melisande, oh, Cyril! —exclamó Rose—. Papá esta enfadado conmigo. Yo hago cuanto puedo, pero quiere que sea como tía Linnie... ¡Y soy tan diferente!

Su esposo se levantó y abandonó la estancia. Por segunda vez desde su llegada a Holly Farm pegó un fuerte portazo. Hubo un silencio de sobresalto.

—No llores, mamá —la consoló Melisande, rodeando aquella esbelta figura con sus brazos—. Ya se le pasará a papá aunque últimamente siempre está enojado, ¿verdad? Incluso se enfadó cuando le conté lo de mi vestido nuevo para la fiesta...

—Se está volviendo exactamente igual que tío Peter —comentó Cyril—. Anoche me chilló porque puse la radio para escuchar un concierto... y él quería leer el diario. Aunque en seguida se durmió. Bien, mamá, nosotros estamos de tu parte. Si papá quiere convertirnos en unos estúpidos campesinos, nosotros no lo permitiremos.

Cyril no lo quería, naturalmente. Pero su padre tampoco. Todo lo que quería era un poco de ayuda y cariño de una familia a la que amaba y para la que deseaba lo mejor del mundo. Subió a su dormitorio y se hundió en una butaca.

Tenía que meditar mucho... pero no lo hizo. Se había levantado a las seis de la mañana y estaba agotado. A los dos minutos estaba dormido... ¡y Rose enfadóse mucho cuando subió y le halló dormido allí!

Capítulo XVI

Al fin el día de la fiesta

Por fin llegó el día de la fiesta. Era sábado y los niños pudieron ayudar a todos los preparativos. Rose tenía un buen día porque era su cumpleaños: el 29 de febrero.

Todos le hicieron regalos. Su marido le regaló un bellissimo broche que apenas había podido pagar... pero estaba arrepentido de sus estallidos coléricos de las noches anteriores y ahora trataba de hacerse perdonar. Besó a Rose y le dijo que en lugar de tener un año más parecía tener dos menos.

La mujer se alegró mucho de oírlo. Le gustaba que la mimasen y halagasen. Y se sintió un poco culpable al recordar los hermosos vestidos que había comprado para ella y Melisande... y todo lo que iban a enviar desde una tienda de Londres. Pero, sin embargo... era su cumpleaños y David sólo gritaría un poco.

El sol brillaba alegremente. Todo parecía a punto para que fuese un fausto día. En Mistletoe, Jane y Susan también se probaron vestidos nuevos, y Jack trataba de escurrir el bulto antes de que su madre quisiera saber si su traje nuevo le sentaba bien.

—También tú deberías estrenar un vestido, mamá —le dijo Susan—. ¿Cuándo estrenaste el último? Ni puedo recordarlo. Seguramente antes de que yo naciera.

—Tienes razón, querida —rió su madre—. Bueno... esta primavera me compraré uno... Vaya, no te muevas mientras te coso este botón... No parece que tengas que asistir a una fiesta.

—En realidad, preferiría ponerme el traje de montar —se quejó Susan—. Sería mucho mejor porque Roddy y yo nos cuidaremos de los caballos de los invitados. Richard Lawson también irá con «Huracán».

—¡Susan! ¡Tú no irás a cuidarte de los caballos con este vestido nuevo! —Se horrorizó su madre—. Está entendido, ¿verdad? Diga Roddy lo que diga. Tendrá que hacerlo solo.

Susan pareció muy cabizbaja. ¡Lástima! Habría sido lo más divertido de la fiesta... aparte de la cena fría. Roddy le había contado todo lo relativo a esta parte de la velada.

—¡Salmón ahumado! ¡Langosta con mayonesa! ¡Bocadillos de caviar! Todas las cosas más exquisitas, cuyos nombres apenas conozco... y mantecadas, mermeladas y merengues. Al menos, merengues de seis clases, Sue. Y a mí me encantan los merengues.

Susan detalló a su madre aquella deliciosa cena. Y Linnie la miró maravillada.

—¡Pero... no creo que Sally y Ellen puedan guisar tantas cosas deliciosas! —dijo al fin—. No es posible... Si Sally en su vida ha sabido hacer merengues... Y dudo que sepa qué es...

—Yo creo que lo traerán todo de una tienda —opinó Jane—. ¡Seguro! Melisande no quiso decirme nada de la fiesta cuando se lo pregunté. Deben haberlo comprado todo. ¡Seguro!

—No digas más, ¡seguro!, querida —le reprendió su madre, mientras reflexionaba.

Se sentía preocupada. Si Rose había encargado toda la cena fuera, ¿qué cuenta tendría que abonar David? Realmente, Rose era una aturdida.

En aquel momento reinaba gran agitación en Holly Farm, porque Melisande y su madre también se probaban los vestidos.

Rose parecía muy hermosa con el suyo. Y no pudo resistir el placer de bajar a enseñárselo a su marido.

Pero al bajar oyó voces airadas en la cocina. Ellen y Sally volvían a pelearse.

—¡Te lo aseguro! Dejé la pila de platos por lavar allí —gritaba Ellen—. ¡Y cuando he bajado esta mañana para planchar un delantal, no había ninguno! Y lo que es más, también han desaparecido mis mejores medias... y aquella blusa que tanto te gustó el otro día. Y ahora dime, ¿desaparecen las cosas por sí solas?

—Si quieres decir... que yo las he cogido... ¡no lo hice! —gritó Sally, con voz temblorosa—. ¿Cómo sé yo dónde estaban? Siempre estás afirmando que desaparecen cosas. Pues bien, jamás he cogido nada que no fuese mío. Y aún más: si vuelves a repetir tus veladas acusaciones, me marcharé de aquí, «señoritingo».

—¡Oh, basta ya, insultona! —rugió Ellen, iracunda—. Ahora me pones motes, ¿verdad? Bien, pues te diré algo más: no me sorprendería que todas estas cosas que faltan estuvieran en un cajón de tu cómoda en tu casa en este mismo momento.

La señora Longfield entró en la cocina, como una asombrosa visión con su vestido nuevo. Ellen y Sally la contemplaron estupefactas.

—Ellen, no grites así, por favor. Hoy es el día de la fiesta y tenemos mucho trabajo. Sally, sigue con tu tarea.

—Me marchó, señora —replicó la joven, sulfurada—. No puedo trabajar con quien me moteja de ladrona.

—¡Oh, Sally! ¡No puedes irte así el día de mi fiesta! —Rose estaba a punto de echarse o llorar—. Además, tienes que concederme unos días.

—Le regalo mi salario, señora, pero no quiero quedarme con Ellen aquí —decidió Sally—. A menos que usted la despida.

—Muy bien, me iré —declaró Ellen, pálida y muy furiosa. La señora Longfield estuvo a punto de sufrir un ataque. Y retuvo a Ellen por el brazo.

—¡Ellen, Ellen... no puedo hacer nada sin ti! Ni sin Sally.

—Señora, le diré una cosa: de aquí faltan cosas... cosas más y de usted —la voz de Ellen temblaba en su garganta—. Y sigo firme en mis trece. Estoy segura de que la culpable es Sally. ¿Quién si no?

En aquel momento se oyó llamar a la puerta trasera y alguien la empujó. Se asomó la bronceada cara de Twigg. Cuando vio a la señora Longfield con su vestido

nuevo compuso una expresión de suma extrañeza. Luego miró a las iracundas Sally y Ellen.

—Perdón. Venía a buscar a Roderick. ¡Le he buscado por todas partes!

Entonces una idea iluminó el cerebro de Rose. ¡Twigg! Claro, Twigg era el ladrón. Se trataba de un malvado cazador furtivo, todos lo sabían... y si robaba faisanes, truchas y liebres, también podía robar en las casas. ¡No era Sally... era Twigg el ladrón!

—¡Twigg! ¡Le dije que no quería verle nunca más por mi casa! —le gritó—. ¿Cómo se atreve a desobedecer mis órdenes?

—Porque no son las órdenes del amo —repuso Twigg, con desdén—. Y donde hay un amo, yo no hago caso a las amas. Además, no hago ningún mal.

—¿No estaba usted por aquí anoche? —le preguntó Rose—. ¿No entró a hurtadillas por esta misma puerta?

—No, señora. Estuve con el viejo Tommy Lane. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Cree que entré a robarle la plata? ¡Tendría que avergonzarse de pensarlo!

Su tono desdeñoso y sus palabras encolerizaron a Rose. Y dijo cosas que jamás debía haber dicho.

—¡No me robó los cubiertos, pero sí otras cosas! ¿No es cierto, Twigg? Entró aquí... y cogió todo lo que pudo. Estoy a punto de llamar a la policía.

—Bien, si esto es lo que quiere hacer el señor Longfield, de acuerdo, pero usted no, señora —repuso Twigg—. Y ahora me largo. Adiós, señora, adiós a todos.

Sally empezó a sollozar cuando Twigg se marchó. Y comenzó también a reunir todas sus pertenencias, que no eran muchas: un vestido de cocina y un par de delantales.

—¡No te vayas, Sally! —gritóle la señora Longfield, alarmada—. Estoy segura de que fue Twigg quien robó lo que falta.

—¡Oh, señora, ni usted ni Ellen saben si fue Twigg o si fui yo! —Lloró Sally—. ¡Y no debió acusarle a él, señora! Usted no sabe quién fue, como tampoco yo. Ni Ellen, a pesar de cuanto dice. Y usted no debió acusar al pobre Sam Twigg. Es un buen amigo y un mal enemigo. Y ahora nada irá bien en la granja.

—Oh, no seas tonta, Sally —se desesperó Rose—. No puedes dejarme tan de prisa. Ellen, dile que se quede.

Pero Ellen reflexionaba. Estaba segura de que la ladrona era Sally y la contemplaba con ira y odio. Y Sally se marchó, sin dejar de sollozar, y tropezó con Roderick en la puerta trasera. El niño corrió tras ella, estupefacto.

—Sally, Sally, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Pregúntaselo a tu mamá —le contestó la pobre Sally, y echó a correr hacia su cosa, distante un kilómetro.

Roderick entró en la cocina y halló a su madre angustiada. Luego, ambos se fueron al saloncito y Ellen les siguió.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Roddy.

—Nada que te interese —le replicó su madre—. Ve a buscar a tu padre y dile que quiero verle.

Roddy se marchó de nuevo, sintiéndose muy inquieto. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaría su padre? Seguramente con las vacas.

Al rodear el corral vio una figura. ¿Quién era?

Entonces oyó un grito.

Era su padre.

—¿Eh, qué haces tú aquí? ¡Ya os he arrojado seis veces de mis tierras!

Roddy corrió a ver quién era... ¡Seguro que no sería el viejo Twigg! No, claro que no. Era una gitana con un chal, unos pendientes relucientes y unos atrevidos ojos que retaban al granjero.

—Le he venido a traer una cosa a Ellen —explicó la gitana—. Tengo algo para ella. Me dijo que viniera hoy.

—¡No mientas! —Se enojó David—. Di órdenes de que os prohibieran entrar en la casa y tú lo sabes. ¡Fuera de aquí!

Otra figura se dejó ver tras un seto cercano. Era un gitano, un tipo de mala catadura que también lucía pendientes en sus orejas.

—¡Nosotros no hacemos mal a nadie, señor! —chilló.

—¡Cómo... otro! —se admiró David, furioso—. ¡Os voy a echar los perros! ¡Eh, «Rayo», «Lince», aquí! ¡Arrojadles de mis tierras!

Los gitanos huyeron con los perros acosándoles ferozmente. El gitano blandió el puño en son de amenaza. También gritó algo que Roderick no entendió.



—¿Les morderán los perros? —preguntó con ansiedad.

—Oh, no... pero les darán un buen susto —repuso su padre—. ¿Dices que tu madre me necesita? Está bien. Iré, dentro de un instante.

Capítulo XVII

De mal en peor

Roddy fue con su padre, sintiéndose inquieto y preocupado. Con Sally, Ellen y su madre, y ahora con los gitanos y los perros, las cosas se estaban poniendo al rojo vivo.

Salieron del cobertizo de las vacas y fueron hacia la casa. Cuando llegaron acababan de estacionarse tres camionetas delante de la casa. Y las tres procedentes de otras tantas tiendas de Londres. Y lo que era más extraño es que de las tres estaban descargando unos mozos una serie de cajas, cajones y bandejas, muy atestadas.

—Esto debe ser para la cena, papá —exclamó Roderick—. ¿Nos lo acabaremos todo?

—¿Cómo? —refunfuñó David—. ¡Pero si aquí hay alimentos para un regimiento de caballería! No es posible que Rose...

Acto seguido se dirigió a los tres mozos, interpelesándoles:

—¿Eh, qué están haciendo?

—¿No lo ve? En vez de preguntar, más valdría que nos echara una mano...

—¿Pero, quiénes son ustedes?

—Yo vengo de la casa «Harridges», de Londres. El otro día nos llamaron desde esta granja pidiendo todo lo necesario para una cena fría para treinta personas.

—Y yo —añadió el otro de los mozos—, vengo de Stewart, Stewart y Stewart, de Londres. También nos encargaron una cena fría para Holly Farm.

—Lo mismo que a la tienda Salvy Vifenoll, a la que represento —agregó el tercero.

—¿Tres cenas para treinta personas cada una?

David Longfield estaba completamente loco. ¿Cómo era posible que Rose...? Ciertamente, era muy distraída y capaz de no haber recordado su promesa de celebrar la fiesta con los productos de la granja, pero llamar a tres tiendas era más que simple despiste... ¡era la ruina! Y David se enfureció.

En aquel momento, los tres empleados le entregaron las respectivas facturas.

¡Treinta y siete libras cada una, aproximadamente! O sea ciento once...

¡Ciento once libras para una fiesta! ¡Y él ni siquiera podía comprar un abrevador nuevo para el ganado! Se sintió mareado.

—Lo siento. Llévenselo todo. Mi esposa cometió una equivocación. Yo no puedo pagar esto.

—Pero señor, ¡yo no puedo llevármelo!...

Los tres dependientes balbucieron excusas, negándose a llevarse el género.

—¡Llévenselo! —tronó David—. ¡No se lo puedo pagar! Llévenselo y véndanlo a

otro idiota, ¡a mí, no!

—Perdone...

—Perdone, señor...

Los tres dependientes volvieron a cargar las bandejas en sus camionetas y se alejaron sin rechistar, asustados por la cólera del dueño de la granja.

—¿Todavía estás aquí, Roddy? —El padre colocó una mano sobre el hombro del niño—. Lo siento, lo siento mucho. Pero no podía hacer otra cosa.

—¿Y mamá? ¿Y la fiesta? ¿Qué sucederá? —A Roddy le parecía que el mundo se estaba abriendo ante sus plantas.

—Vamos adentro —contestóle su padre con voz estrangulada.

Rápidamente, avanzó hacia la casa. Roddy le siguió, anegado en llanto.

Su madre, Ellen y Melisande estaban en el salón. Rose gimoteaba y su hija intentaba consolarla.

—¡Oh, David! —gimió cuando le vio trasponer el umbral—. ¡Sally se ha ido! ¡Y Twigg estuvo en la cocina y estoy segura de que nos está robando cosas...! ¡Y casi me amenazó! ¡Se ha convertido en nuestro enemigo y...!

—Rose —la atajó su marido, sin reparar en la presencia de Ellen—. ¿Fuiste tú la que ordenó tres cenas frías o Londres?

—Oh, David... No me acuerdo... Estoy aturdida... ¡no puedo soportarlo!

—Contéstame, Rose. Te ordené que todo debía hacerse aquí. ¿Sabes cuánto era la cuenta total? ¡Ciento once libras! ¡Ciento once libras por la cena de la fiesta! Acabo de despedir a las camionetas, cloro está.

—¡Oh, papá! —se desesperó Melisande.

—¿También tú lo sabías, eh? —rugió su padre. De pronto vio a Ellen y se volvió hacia ella.

—¡Y también tengo para usted, jovencita! Los gitanos... dijeron que tenían que entregar a usted algo. ¿Cómo se atreve a desobedecer mis órdenes?

—¿Qué órdenes? —Se asustó Ellen, demudada—. Yo no desobedezco a nadie. Yo...

—¡Bah! —Se enfadó su amo, disgustado—. Usted es como todos... ¡No puedo fiarme de nadie! Bien, Ellen, si vuelve a desobedecer mis órdenes... puede irse. No quiero en mi casa a personas en quienes no puedo confiar. Y lárguese a la cocina.

Ellen salió volando del cuarto, temblorosa y cerró la puerta. ¡Qué mañana tan terrible! Y la fiesta de la noche... sin nada preparado... ¡y sin Sally!

Estuvo un par de minutos meditando en la cocina. Y luego subió rápidamente a su habitación. No serviría en la fiesta... ¡no, no! Ya les enseñaría a los señores cómo tenían que hablarle... Se marcharía, cogería el autobús y luego el tren... y se iría a casa de su hermana. Jamás volvería a servir en el campo. Vaya, seguramente acto seguido le ordenarían hacer la mantequilla. Y esto eran cosas que estaban muy bien para Sally, pero no para ella.

El señor Longfield, en el salón, se estaba atragantando. Estaba aún muy enojado.

Aunque se dirigió a Rose con cierto amabilidad.

—Compréndelo, Rose... Ya sé que ha sido otra de tus famosas distracciones, pero me hubiese sido imposible pagar las facturas, con las desgracias que ya hemos sufrido. Mira —añadió, oí observar el desolado aspecto de su esposa—, lo mejor será que llames a Linnie y que ella te dé alguna idea. Seguramente te ayudará eficazmente. Pero no esperes que yo asista al baile. No tengo humor para ello.

—Oh, David, tenía tantas ganas de celebrar mi cumpleaños...

—¡Pero si lo celebras cada año!

Rose meditó un momento y replicó muy convencida:

—No, señor, ya sabes que yo sólo cumplo un año cada cuatro. Corrió nació el 29 de febrero de un año bisiesto... ¿comprendes? —añadió luego, sonriente—. Claro que por esto siempre estoy tan joven.

David, poco después, salió aunque sin dar ningún portazo, pese a que le habría gustado. Pero de nada le serviría ya. Si no tenía cuidado, suya sería la culpa de que su hermano Peter perdiese el dinero invertido en la granja. Si al menos pudiera devolverle la salud a las dos vacas y al caballo... Y si la cerda pudiera tener una bueno cría de lechones... Si al menos... y si al menos... Si, al menos Rose no fuese tan distraída... Y Melisande seguía sus mismas huellas.

En la casa, la joven y su madre trataban de hacer lo que podían para salvar la fiesta.

—Tenemos que decidirnos en seguida, mamá —decía la muchacha para calmar a su madre—. Tenemos que decidirnos.

—¡Esto tenía que ocurrir el día de mi cumpleaños! —se lamentó Rose.

—Telefonaremos a tía Linnie —propuso Roderick—. Ella siempre sabe qué hay que hacer.

—Sí, mamá, seguramente nos ayudará con comida. Tiene mucha. —Melisande apoyó aquella proposición—. Y Ellen nos ayudará, estoy segura. ¡Oh, qué lástima que Sally se haya marchado!

—Ve a buscar a Ellen y pídele que nos ayude —le rogó Rose, después de haber discutido todo el asunto unos veinte minutos, sintiéndose un poco más calmada.

Melisande fue a la cocina. Ellen no estaba. La llamó.

—Ellen... ¿dónde estás?

No hubo respuesta. Melisande corrió arriba y llamó a la puerta de la doncella.

—¿Ellen, estás aquí? Mamá quiere hablar contigo.

Silencio en el dormitorio. Melisande volvió a llamar y al final abrió la puerta. El cuarto parecía abandonado. Ni cepillo ni peine. Ni fotografía sobre el tocador ni la mesilla. Ni el pijama sobre la cama. Atemorizada, Melisande miró en el armario. Vacío.

Ellen se había marchado, sin despedirse, sin decir ni adiós. Sally fuera... Ellen fuera... ¡Qué día más terrible! Melisande bajó al salón y le dio a Rose la tremenda noticia.

—¿Pero qué haremos? —sollozó Rose una vez más, retorciéndose las manos—. ¡Las dos se han ido! ¡Oh, no podremos dar la fiesta! Llama a tía Linnie, Melisande, y explícale lo ocurrido. Oh, yo estoy muy enfermo...

Melisande llamó a su tía. Linnie escuchó todo el relato, asombrada. Melisande no se dejó nada en el tintero... Cómo su padre despidiera a las camionetas... cómo se enfadó por los vestidos... cómo le habló a Ellen, regañándola y cómo la joven se había ido sigilosamente de la casa... ¿no era una cosa muy mal hecha? ¡Y en el día de la fiesta!

Linnie la escuchó en silencio. Al instante tuvo una visión de lo sucedido. Ellen y Sally lo habían abandonado todo... y ahora le esperaban tiempos difíciles a la granja.

—Lo siento, querida —dijo al final Linnie con su voz clara y sosegada—. Claro está, no podéis dar la fiesta. Tendrás que llamarles a todos, anunciando la suspensión. Di que tu madre está enferma, lo cual debe de ser verdad. Esta noche iré a veros y hablaremos de lo que haremos con todo esto.

Colgó y se volvió hacia su marido. ¡Qué terrible! ¿Qué podían hacer para remediar este desastre?

Susan, como de costumbre, lo escuchó todo. Y se quedó petrificada. Corrió a ensillar a «Gordito». Tenía que ver a Roddy al instante. Tal vez pudiera ayudarle un poco. Incluso podía prestarle a «Meneítos» por un par de semanas. ¡Sí, ésta era lo mejor ayuda que se le ocurría por el momento!

Capítulo XVIII

Un día espantoso

Melisande tardó bastante en llamar a los invitados cancelando la fiesta. Cuando hubo terminado era ya la una. Su padre penetró en el vestíbulo, sucio y cansado.

—¿Hay algo de comer? —preguntó.

—¡Oh, papá! —exclamó la joven—. Claro, ya es hora de comer. Tal vez mamá haya preparado algo. Yo llevo horas en el teléfono.

Corrió a ver... pero ni siquiera había un mantel sobre la mesa.

—¡Mamá! ¡Mamá! —llamó a gritos—. ¿Dónde estás? ¿Y la comida?

—Estoy aquí, Melisande —le contestó una voz desde la cocina. No puedo encontrar nada. Por lo visto, apenas hay nada que comer.

—Bueno... mañana teníamos que comer de los restos de la cena fría... —recordó Melisande—. Y Sally habría podido cocer una gallina y hacer un pastel. Claro, ahora no hay nada de eso, ni tampoco gran cosa en la despensa. Pero papá quiere comer. Mira si puedes hacer algo mientras yo pongo la mesa.

—Pero ¿dónde están las cosas? —le preguntó su madre, que se había quitado ya su bellissimo vestido nuevo, sustituyéndolo por uno más en consonancia con la nueva situación—. Ni siquiera encuentro el cuchillo de pelar las patatas.

—Entonces, ponlas al horno sin pelar —le aconsejó Melisande—. Ya lo haremos luego, mamá.

—Pero ¿dónde están las patatas? —gimió Rose. Parecía completamente desorientada.

—Estarán por alguna parte. Hola, aquí está Roddy. ¿Oye, sabes dónde están las cosas en la cocina? Las patatas, por ejemplo.

—Oh, sí —respondió Roddy—. En el fregadero. Traeré unas cuantas. Yo sé dónde está todo. Cuando Ellen no estaba, siempre husmeaba por ahí. ¿Se ha ido de veras?

—Sí, y ahora nos vemos metidos en un buen embrollo —le explicó Melisande.

—Bueno, yo me alegro. ¡La señoritinga! Tal vez ahora vuelva Sally.

—Oh... ¡ojalá! —exclamó Melisande con fervor—. ¡Pero es tan sensible!

Era increíble, pero Melisande y su madre tardaron una hora en preparar la comida. Las patatas tardaron años en cocerse sin pelar, y por fin tuvieron que ser sacadas del horno, cortadas y desmenuzadas; de lo contrario jamás habrían acabado. Rose abrió una lata de carne en conserva... y se cortó un dedo. Tardó cinco minutos en vendárselo y se sentó durante otros cinco minutos porque la vista de la sangre la mareó.

Melisande comenzó a creer que jamás terminaría. Cyril llegó y llamó impaciente

por la comida, pero no intentó ayudarlas. Roddy silbaba ofensivamente de continuo. Todos estaban hambrientos y enojados.

—¡Dadme pronto algo de comer o tendré que largarme sin probar bocado! — Gruñó David, apareciendo en la cocina—. ¡Por favor! ¿Es que tenéis que tardar una hora para hacer unas patatas, abrir una lata de come y cortar el pan y el queso?

Al final, cogió un pedazo de pan y una ración de queso y se marchó, iracundo. ¡Qué casa! Pero tan pronto como estuvo fuera se olvidó de sus preocupaciones domésticas para pensar en las angustias de la granja. Estaba contento de saber que por la noche vendrían Linnie y su marido. Entonces podría hablar claramente de todas sus verdaderas preocupaciones.

Realmente, fue un día terrible, espantoso. Había muchas cosas por hacer, que Sally y hasta Ellen habrían realizado en menos que canta un gallo, pero que Melisande y su madre no sabían ni empezar ni terminar. La joven, todavía era más dispuesta que su madre porque había aprendido algunas cosas en la granja Mistletoe. Pero sin embargo...

«¡Madre mía, pensaba, las cosas que nos quedan por hacer todavía! ¡Y aún falta la mantequilla!».

—Y hay que dar de comer a las gallinas —recordó Melisande (era Sally quien lo hacía siempre por las tardes)—. ¿Lo harás tú, Roddy? ¿Y recoger los huevos?

—Claro, siempre los recojo. ¿Por qué no hace Cyril la mantequilla? Vosotras tenéis mucho trabajo en la casa.

Y Cyril tuvo que ir a la alquería, donde descubrió que la mantequilla era para él un asunto tan complicado como para su madre o Melisande.

Susan llegó montada en «Gordito», junto con un montón de bocadillos y pedazos de pastel.

—Comeremos en cualquier parte —le propuso a Roddy—. Supongo que a Melisande y tu madre les encantará no tener que preocuparse por nuestra comida.

Roddy le contó a Susan todo lo ocurrido aquella mañana.

—Y cuando llegó Twigg, mamá le acusó de robar cosas de la cocina —concluyó—. Y ahora Twigg es nuestro enemigo en vez de ser nuestro amigo. Tal vez echará un sortilegio a las vacas y a los caballos y se morirán poco a poco todos.

—Twigg no haría tal cosa. Quiere mucho a los animales —refutóle Susan—. Pero no esperes que vuelva o ayudadros nunca más. Ni esperes que te regale aquel cachorrito.

—No, ya lo sé. —Roddy se entristeció aún más ante la amarga perspectiva—. Tendré que conformarme con «Tinker» —se volvió y acarició al perro imaginario y luego a «Meneítos».

Susan fue una gran ayuda. Limpió el gallinero, y le ayudó a preparar una valla. Llevó los cubos de leche o las terneras y las alimentó. Vio que «Lince» cojeaba y girándole la pata le arrancó un pincho. En realidad, hizo lo de costumbre, de manera muy sensible, y Roddy comenzó a sentirse mucho mejor al cabo de dos horas en su

compañía.

—Mamá me dijo que podía quedarme aquí hasta que ella llegue —dijo Susan—. Si quieres, puedes montar a «Gordito». Pero te advierto que hoy tiene mal día. Tal vez se precipite contra un seto para descabalgarte.

—Tendré cuidado —le prometió Roderick.

Sí, aquella tarde «Gordito» intentó todos sus trucos, pero Roddy no se dejó sorprender. Y tan pronto como el caballo se acercó a un seto para restregar contra el mismo la pierna de su jinete, éste le gritó:



—¡«Gordito» malo! ¡«Gordito» malo!

—Ojalá tuviera un caballito para mí —expresó poco después desmontando—. Pero ahora las cosas no se presentan muy bien... por lo que no espero poder tener ninguno este año.

—¿Qué te gustaría más, un caballo o un perro? —quiso saber Susan, acariciando a «Meneítos».

—¡Oh, un perro!

—Bueno, si quieres puedo dejarte a «Meneítos» por una semana. Aunque no pareces estar muy trastornado con todo lo sucedido.

—Me siento mucho mejor desde que has venido —confesóle el niño—. Bueno,

me gustaría quedármelo... pero a mamá le daría un ataque... y no quiero entristecerla más de lo que está.

—No, haces bien. —Susan se alegró de no tener que separarse de «Meneítos»—. ¿Quién hará las cosas de la casa y guisará, Roddy, ahora que se han marchado de casa Ellen y Sally?

—No lo sé. Alguien... Tal vez tu madre nos cederá a Dorcas.

—¡Ni hablar! —rió Susan—. ¿Por qué? No creo que les perjudique mucho ni a tu madre ni a Melisande guisar un poquito.

—Pero es que no saben. Yo sé limpiar las botas y los zapatos, al menos —se ufano Roddy—. Me gusta hacer esta clase de cosas. Puedo hacerlas antes de acostarme. Y también puedo acarrear la leña para la chimenea y el carbón de la cocina.

A Roddy le hubiera gustado que su madre fuese como la de la niña. Su tía Linnie no se sentaría desamparada llorando y quejándose, apenándose y diciendo que no sabía por dónde empezar. Lo mismo que Jane. ¿Y Melisande? Igual que su madre.

¿Y Cyril? ¿Por qué no ayudaba? Cyril, últimamente, se estaba poniendo un poco tonto, recitando poemas y escuchando siempre los conciertos del Tercer Programa. A Roddy no le importaba nada el Tercer Programa. No había en él nada divertido ni excitante, y no entendía por qué le gustaba a Cyril.

—¿Recuerdas cómo solía gritarle tu padre a Cyril para que no pusiera la radio cuando él leía el diario? —le preguntó Roddy a la niña—. Bueno, pues ahora papá hace lo mismo. Lo otra noche me dio un susto morrocotudo cuando le gritó a Cyril. Y me gusta papá cuando chilla.

—Sí, a mí también —confesó Susan.

Estaba a punto de preguntar si la persona a quien más le chillaba tío David era a tía Rose, pero se contuvo a tiempo. Roddy era leal con su madre y se enfadaría con la pregunta.

—¿Qué hora es? —quiso saber Susan cuando hubieron terminado todas sus tareas en el gallinero—. Huy... las cinco menos cuarto... Empiezo a tener hambre. ¿Y tú? ¿A qué hora servís el té completo?

—No lo servimos —se quejó Roddy, añorando los de su tía—. Tomamos un poco de té con pastas... Eso sí, con muchos platos y servilletas. Usualmente, Sally me traía una bandeja llena de comida, pero como ahora se ha marchado, no podré comer casi nada... si no lo cojo yo.

—Bueno, entonces ve a buscar algo —le impulsó Susan—. Tendremos que explorar en la despensa, me figuro.

Aquella tarde no hubo té. Rose estaba en cama, completamente dormida. Melisande estaba batallando en la alquería tratando de ayudar a Cyril. Y ninguno de ambos tenía la menor noción de la hora.

Cuando fueron a mirar el reloj de la cocina eran ya las cinco y media.

—No es raro que tenga hambre —observó Melisande—. Caramba, cómo me

gustaría poder regalarme con uno de aquellos té completos de Mistletoe.

Su padre también entró en la cocina en aquel momento y la oyó.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió—. Un té completo a esta hora es lo justo en una granja... ¡Vaya, fíjate, aquí viene tu tía Linnie cargada de comida! ¡Dios la bendiga! Sabía que cualquier cosa de comer sería muy bien recibida.

Y en aquel mismo momento, todos menos Rose, que aún dormía, se apresuraron a ocupar sus sitios en torno a la mesa, empezando a devorar el queso, el jamón, las salchichas y el pastel, rodándolo todo con el té caliente que siempre hacía tía Linnie... mejor que nadie, según declararon todos.

Al fin bajó Rose, aún adormilada... y contempló en silencio el grupo instalado a la mesa y el té completo terminándose ya.

—¡Ven, mamá! —le pidió Roddy, dejándole sitio—. Así merendábamos en la granja Mistletoe... Todos a la mesa, con comida decente y en abundancia... ¡y muchas charlas y risas!

Capítulo XIX

Confusión en Holly Farm

Linnie dejó abundante comida para el final de semana en Holly Farm: medio jamón, un enorme pastel que Dorcas había confeccionado especialmente para ellos aquella misma tarde, varias jarras de mermelada y un pollo asado.

Su cuñado David le mostró su agradecimiento. Le tomó una mano y la estrechó.

—Eres muy bondadosa, Linnie. Temo que ahora estemos metidos con el agua al cuello... sin ayuda en la casa ni servicio, a menos que la mujer de Pat quiera echarnos una mano... Rose no puede ocuparse de estas cosas.

—Pues tiene que intentarlo, David —opinó Linnie—. Si quiere, yo la aconsejaré. Y tus tres hijos también pueden ayudaros mucho... ¡a nosotros nos ayudan en la granja!

El domingo fue un día de gran confusión, y Rose estuvo desesperada todo el día, cuando vio todo lo que tenían que hacer.

Cyril podía ayudar en las cosas de la granja, pero se negó a ayudar en la casa.

—¡Al menos podías lavar los platos! —le gritó Melisande, indignada.

—Yo lo haré —se ofreció Roddy—. Mirad, ya he limpiado todas las botas y zapatos. Están en el suelo del fregadero.

—¿Esto estabas haciendo todo ese tiempo? —se asombró su hermano—. No sabía dónde estabas. Oh, Roddy... qué simpático. Es un trabajo horrible y sucio limpiar el calzado...

—A mí me gusta —declaró Roderick—. Haré todo lo que sea por ayudarte, Melisande. Incluso hacer las camas y quitar el polvo. Y también, si me dejas, limpiaré otras cosas. No me importa fregar el suelo, como solía hacer Sally. Me gusta limpiarlo todo.

—Es gracioso... porque tú siempre andas muy sucio —se rió Melisande—. Mamá, Roddy ha limpiado el calzado. ¿Verdad que es un amor?

—¡Mi querido Roddy! —Lo mimó su madre, entrando en el fregadero y tornándose pálida—. No sé qué haríamos sin ti. Quieres ayudar a mamita en todo lo que puedas, ¿verdad, pequeñín?

A Roddy no le gustaba que su madre le llamase pequeñín, por lo que agachó la cabeza un tanto enfurruñado y se marchó.

—Creo que he vuelto a meter la pata. Siempre pienso que Roddy es aún un bebé —rezongó Rose, contemplando medrosamente el fregadero—. Oh, Melisande, ¿no es espantoso? Simplemente, no sé por dónde empezar.

—Papá ha ido a ver a la señora Johns, la esposa de Pat, para que venga a ayudarnos, aunque es un poco arisca —explicó Melisande—. ¡Ojalá acceda a venir!

Y tía Linnie le pidió a Dorcas que fuese a ver a Sally, a rogarle que vuelva ahora que no está Ellen. Pero aunque vuelva, tendremos que hacerlo casi todo nosotras, mamá, y yo tengo que ir a la escuela. ¡No sé cómo me las compondré!

Los ojos de Rose se inundaron de lágrimas. Melisande la miró, desesperada. Y entonces recordó que ella también lloraba por todo con suma facilidad, «soltando el chorro», como decía Susan, burlándose. Pero Melisande ya había aprendido a contenerse.

No hizo caso de aquellas lagrimillas y empezó a amontonar los platos del desayuno dentro del agua caliente. Afortunadamente, había agua caliente. Al revés que en Mistletoe, que cada gota tenía que calentarse al fogón. En Holly Farm, bastaba con girar la espita para que fluyese el agua caliente a raudales.

Tía Linnie telefoneó aquel día.

—¿Eres tú, Melisande? Temo darte una mala noticia, querida. Dorcas ha visto a Sally... y la chica ya tiene otro empleo y empieza mañana. ¡Qué pena!

—¡Oh, querida tía! —gimió Melisande, abatida—. ¿No puede cancelar su compromiso y volver con nosotros?

Hubo una ligera pausa al otro extremo de la línea.

—No creo que quiera hacerlo —fue la respuesta de tía Linnie—. Se trata de estas cosas que faltan, Melisande. Ellen pensó que era Sally quien las sustrajo, y por lo visto tu madre y tú acusasteis al viejo Twigg. Sally es tan honrado como la luz del día, y afirma que Twigg no les quitaría nada a los Longfield, aparte de alguna gallina o una liebre. ¡Si al menos pudierais encontrar al verdadero culpable! Y aun así dudo que Sally quisiera volver.

En aquel momento, una vez hubo Melisande colgado el aparato, apareció David, restregándose las botas en el felpudo de la puerta.

—La señora Johns vendrá un par de horas diarias, nada más —anunció, y después añadió, animado—: Pero algo es algo.

Se fue, llamando a Roddy para que le acompañara a dar la vuelta a la granja. Roddy llamó también a su imaginario «Tinker» y siguió a su padre muy complacido. Le gustaban aquellas excursiones dominicales por la granja.

Por su parte, Rose se quedó reflexionando muy amargamente.

«¿Qué podría hacer para ayudar a David? Si al menos fuese como Linnie, tan bien dispuesta, con tanta memoria... sin distracciones... Decididamente, tiene que haber algún remedio que me haga cambiar. De lo contrario, sin mi ayuda, nuestra granja jamás podrá salir adelante».

Miró por la ventana y vio a Roddy que marchaba solemnemente al lado de su padre.

—¡Qué chico tan gracioso! No lo entiendo. Jamás dice lo que piensa. Parece llevar su propia existencia en secreto. Pero es buen muchacho. Creo que pronto será su cumpleaños. Al menos —añadió, rectificando—, no tardará más de un año. Le haré un bonito regalo.

Vio cómo ambos paseaban por el patio, hablando muy entretenidos.

—¿De qué hablarán? Roddy jamás me habla de esta manera.

Roddy estaba tratando de un asunto muy importante. En realidad, en aquel momento se trataba de lo más importante de su vida. Se estaba refiriendo al cachorro que Twigg le había ofrecido en nombre del viejo Tommy Lane.

Y su padre le escuchaba con interés y agrado. ¿Diría que sí? ¿Accedería a que Roddy tuviese un perrito de su propiedad?

Capítulo XX

La maravillosa tarde de Roddy

Roddy no tenía intenciones de sacar a relucir el asunto del cachorro. Pero ello había ocurrido de una manera inesperada.

Estaba paseando con su padre, mientras «Rayo» y «Lince» saltaban a su alrededor. Roddy, consciente de su imaginario «Tinker», que iba con él a todas partes, se preguntó si al perro le gustaría jugar con «Royo» y «Lince».

Y decidió que no. «Tinker» era como «Meneítos»: un perrito juguetón y saltarín, y aunque meneaba su cola cuando veía a los perros de la granja, estaba muy apegado a la gente de la casa. Como «Meneítos».

—Ven aquí, «Tinker» —murmuró Roddy, en voz muy baja, y se giró para ver si el perro le obedecía. Como siempre, claro. Era un perrito muy obediente. Roddy olvidó de que estaba con su padre y se inclinó para acariciarlo.

Y David Longfield se quedó muy extrañado. ¿Qué hacía Roddy acariciando el aire? Unos minutos más tarde observó que Roddy alargaba la mano como para dejarse lamer por un perro.

—¿Qué haces, Roddy? —inquirió.

El niño retiró la mano y no contestó.

—Parecía como si estuvieras acariciando a un perro invisible para mí —continuó el padre, muy asombrado—. Un perro que te sigue a todas partes, que juega contigo y salta contigo, ¿no? Cuéntame de qué se trata.

Roddy contempló a su padre, entusiasmado.

—Oh, papá... entonces también casi tú lo ves... Es «Tinker», mi perro imaginario. Echo mucho de menos a «Meneítos», y por eso ahora tengo a «Tinker».

El señor Longfield se quedó mudo por la sorpresa. Y reflexionó. Sí, Roddy deseaba ardientemente poseer un perro verdadero, y al no poder tenerlo había inventado uno imaginario. Pero un perro imaginario no es lo mismo. Roddy debía tener un perro verdadero, seguro.

—Procuraré que tengas un perrito, Roddy —le prometió David—. Y podrás llamarle también «Tinker». Pero será de verdad.

Roddy lanzó un respingo. Después de todas sus insinuaciones por tener un perrito... ahora su padre le ofrecía uno.

Inmediatamente le contó lo relativo al ofrecimiento de Twigg.

—Son cachorros que ha tenido la perra de Tommy Lane —prosiguió explicando—, y Twigg dijo que yo podría escoger uno, ¿sabes? Tommy Lane está de acuerdo. Pero, oh, papá... mamá se enfadará, y además... Twigg ahora es nuestro enemigo. Mamá le acusó de haber robado cosas y Twigg no volverá nunca más. Y no sé si

querrá darme ahora el cachorro.

—Twigg no te guarda a ti rencor —objetó su padre—. No tiene nada contra nosotros. Y dudo que esté enojado contigo, muchacho. Es un tipo de buen corazón. Ve a verle hoy mismo, si quieres.

—Podría coger el autobús —sugirió Roddy con impaciencia—. Y me llevaría la comida. Estaré en casa antes de la hora de darles de comer a las gallinas. ¡Oh, papá! ¡Nunca pensé que dirías que sí con tanta facilidad!

Se precipitó a la cocina. No había nadie allí. Se preparó unos bocadillos con pan, jamón y queso y un pedazo de pastel. Lo envolvió todo en un papel y fue en busca del autobús, con el corazón saltando en su pecho. No tenía tiempo de decirle a su madre adonde iba. ¡No podía perder ni un instante!

Su padre fue a visitar el caballo enfermo. El animal se alegró mucho de verle. Quería compañía y le gustaba aquel recio y bondadoso granjero que sabía acariciarle y hablarle de manera consoladora. El veterinario ya había estado en el establo, meneando la cabeza.

—Está muy mal. Pero confiemos en lo mejor. Yo ya no puedo hacer nada más.

El señor Longfield sabía que el animal necesitaba compañía y afecto. Y decidió sentarse con él un buen rato. Consultó el reloj. Bien, no podría acudir a la hora del almuerzo. Bueno, haría lo mismo que Roddy: iría a buscar unos bocadillos. Lo hizo, sin molestar para nada a su mujer ni a su hija. Pero antes subió arriba para advertir a ambas mujeres:

—No vendré a almorzar. Me llevo unos bocadillos.

Y salió a cuidar de su caballo. Los animales son seres sorprendentes. Quieren algo más que comida y un pesebre, porque cuando se sienten enfermos se asustan sin saber por qué. Y desean afecto y amistad, y responder al amor con que se les trata. El señor Longfield lo sabía. Bueno, si aquel viejo caballo quería afecto, él se lo daría.

Roddy subió al autobús, deseando que volase como un aeroplano. Le chispeaban los ojos. Se olvidó de su perro imaginario por primera vez en muchos días, y se dedicó a pensar en el cachorro. Bueno, a lo mejor no querrían dárselo ahora. ¡Si al menos Twigg se considerase aún amigo suyo...!

Llegó a la cabaña del viejo a los dos, ya que tuvo que andar un buen trecho desde el autobús. Llamó a la puerta. Un perro ladró al instante.

—¡Adelante! —invitó la voz de Twigg, y Roddy empujó la puerta.

El viejo se hallaba sentado en un viejo sillón-mecedora, balanceándose atrás y adelante, con «Señor Potts» a sus pies. El perro corrió gozosamente hacia el niño y saltó a su alrededor, agitando alegremente la cola.

—Vaya, tenemos visita, «Señor Potts» —exclamó Twigg, guiñándole un ojo a Roderick—. Pasa, Roddy. ¿Qué te trae por aquí en este domingo por la tarde? ¿Vienes a verme o mí o al «señor Potts»?

Roddy se echó a reír, aliviado al ver que Twigg le trataba como un amigo.

—¿Te acuerdas, Twigg, de lo que me dijiste de los cachorros que tenía Tommy

Lane en su choza? Bueno, pues... papá me permite tener un perrito en casa... y pensé que... Oh, Twigg, ¿podrían conseguirme un cachorro después... después de lo que ocurrió ayer por la tarde? Yo... yo lo sentí mucho.

Twigg le golpeó cariñosamente la espalda.

—Esto no tiene nada que ver contigo, chico. Las mujeres y su lengua son una cosa, tú y yo, otro. No tengo nada contra ti, amiguito, aunque no volveré nunca más a Holly Farm. En cuanto al cachorro... ahora mismo iremos a buscarlo.

Roddy abrazó entusiasmado al viejo cazador furtivo. Era raro cómo un hombre podía ser malo y bueno a la vez, cómo podía hacer cosas buenas y cosas malas. Sin embargo, ahora Roddy no estaba para filosofar, ya que su único anhelo era el cachorro prometido.

Tommy Lane les oyó llegar poco después, cuando hubieron cruzado los campos cubiertos ya con los primeros dientes de león y las primeros margaritas. Tommy Lane abrió la puerta.

—Adelante. Creo adivinar a qué vienes aquí, muchacho.

Una estupenda perra de aguas estaba tendida sobre un montón de alfombras viejas. Consigo tenía cuatro diminutos cachorros, que jugueteaban y se revolcaban sobre las alfombras. Roddy se arrodilló junto a la feliz mamá y la acarició, fijos sus ojos en los cachorros.

Uno se arrastró hacia él y le lamió la mano con su lengüecita. Roddy lo cogió gentilmente. Era un animalito precioso, muy simpático, con una carita muy bonita y las orejas gachas ya.

—¡Twigg, señor Lane! ¿Puedo quedarme con éste? —le preguntó anhelante—. Me gusta más que ninguno. Vino a mí y me ha lamido la mano.

—Puedes quedártelo —asintió Tommy Lane, guiñándole un ojo a Twigg—. Es tuyo, amiguito... Cuídalo bien. Te seguirá como tu sombra, lo mismo que «Señor Potts» a Twigg. ¡Ah, estos perritos son magnificas!



Roddy no podía hablar de la emoción. Acarició al diminuto cachorro, mientras la madre le contemplaba con sus enormes ojos.

Por fin recuperó el habla.

—¿Puedo llevármelo a casa hoy mismo? ¿Ya puede dejar a su madre?

—Sí, está a punto —afirmó Tommy Lane—. El primer cachorro se lo llevaron ayer y está muy bien. Dale mucha leche... y deja que clave sus dientes en todo lo que quiera. Será un perro magnífico.

De pronto, le asaltó una idea a Roddy:

—¿He de pagar algo? Todavía tengo algún dinero en mi hucha... del día de Navidad.

—Creo que estos cuatro cachorros valen bastante —opinó Tommy Lane—, por lo que éste te lo puedo regalar. Guárdate tu dinero, muchacho, y gástalo en tu nuevo perro... Pronto necesitará un collar y una correa... y quizá tú querrás mimarle y comprarle una cesta.

—Oh, qué bueno, señor Lane —le agradeció Roddy, enterrando su cara en el pelaje del diminuto perrito. Oía muy bien—. Espero que algún día podré corresponder a su amabilidad.

—Bueno, Twigg y yo les debemos muchos favores a los Longfield —repuso Tommy Lane, acariciando a la madre de los cachorros—. Y ahora puedo pagar, algunos, regalándote este cachorro.

Roddy era muy feliz. Se sentó en la cabaña de Tommy Lane y procedió a comer los bocadillos, escuchando la conversación de los dos cazadores. Le hubiera gustado estar allí muchas horas. Hablaron de tejones, búhos, liebres, faisanes, zorras, comadreas, nutrias y truchas, lo cual era una charla fascinante para un chico como Roddy. ¡Qué tarde tan maravillosa! Sentado allí, con el cachorrito pegado a su pecho y escuchando toda la sabiduría campesina de aquellos dos viejos. El recuerdo de aquella tarde jamás se borraría de la memoria del niño.

Al fin se puso de pie.

—No hay autobús —le dijo a Twigg—. ¿Podrías enseñarme el mejor camino para ir a casa sin perderme?

—Tommy y yo te acompañaremos un buen trecho —le ofreció el viejo—. Luego te enseñaremos el atajo. Es muy fácil.

Le acompañaron parte del camino y luego anduvo el resto él solo, gracias a las indicaciones de Twigg. Sí, era muy fácil. Anduvo en sueños, con el cachorro entre sus brazos.

—¡«Tinker», ahora eres real! ¡Ya no eres un perro imaginario! Eres real. Puedo sentirte, calentarte, acariciarte... Incluso puedo olerte. Eres mi perrito «Tinker», y me perteneces a mí y a nadie más... a nadie más...

Capítulo XXI

Un «golpe» para Roddy

¡Pobre Roddy! Cuando llegó a casa al anochecer sólo encontró miradas de reproche y duras palabras.

—¡Eres muy malo! ¿Dónde has estado? No has venido a almorzar ni estabas en Mistletoe —le reprochó su madre—. Hemos telefonado.

—¿No te dijo papá adonde iba? —se extrañó Roddy.

—Tampoco hemos visto a papá —le increpó Melisande—. Y yo he tenido que darles de comer a las gallinas y recoger los huevos... cuando tengo tanto que hacer.

—¡Diantre! —exclamó Roddy, recordando de repente que le había prometido a su padre llegar a tiempo para aquellas tareas. Pero lo había olvidado todo por completo en la cabaña de Tommy Lane—. Lo... lo siento, Melisande. Lo siento de veras.

—Pero ¿dónde has estado? —le replicó su madre—. ¿Y qué es esto que llevas envuelto en la bufanda?

Roddy enseñó el perrito, que estaba dormido.

—Me lo regaló Tommy Lane. ¿No es precioso?

Su madre contempló el cachorro con ojos desorbitados.

—¡Dios mío! —exclamó Rose, palideciendo—. ¡Un cachorro! ¡Y qué gracioso y lindo es...! Pero no puedes quedártelo, Roddy. No, hijo mío. Se moriría como aquel que yo tuve, tan blanco y rizado, y tendrás tanta pena como yo... ¡Y yo también lloraría mucho! ¡Devuélvelo, devuélvelo, Roddy!

—Oh, mamita... «Tinker» no se morirá... Yo le cuidaré bien...

—También yo cuidaba del mío y se murió... ¡Es inútil, hijo mío! No podría soportar la vista de «Tinker», que me recordaría constantemente a mi «Bolita».

Sin rechistar, pero muy abatido. Roddy recogió al perrito, lo envolvió de nuevo en la bufanda, dio media vuelta y salió del salón sin pronunciar palabra y sin hacer caso de las protestas de su madre.

—Yo te quiero y tú eres mi perro... pero prefiero dejarte antes de hacerte desdichado —murmuró el pobre Roddy.

Se dirigió a toda marcha a la cabaña de Tommy Lane, donde sólo había la perra con sus crías. Tommy aún no había regresado. Seguramente estaría cazando con el viejo Twigg.

Roddy dejó el cachorro con todo cuidado sobre la alfombra. Luego buscó en su bolsillo y sacó un cuaderno. Garabateó unas palabras en una hoja y la puso sobre la mesa para que Tommy Lane la encontrase más tarde. Twigg se la leería, ya que Tommy no sabía leer.

«Le devuelvo mi cachorro. Mamá me prohíbe tenerlo. Pero gracias, señor Lane.

Roddy».

Regresó a casa a las ocho, cansado y muy feliz. Toda la familia le aguardaba con ansiedad. Tenía la comida en una bandeja, ya que hacía unos días tomaban un té completo. Todos lo habían decidido, excepto Rose, ya que un té completo era mucho más provechoso en una granja que un té normal. Rose, si quería, podía seguir con la antigua costumbre.

—Ven aquí, Roddy —le llamó su padre, sobresáltalo por la pena retratada en la expresión de su hijo—. ¿Dónde has ido? Hemos estado muy inquietos por ti. ¿Dónde está el perrito?

—Lo devolví. Es lo que mamá quería, ¿no? ¡Pero ahora seré muy desdichado!

Solió del cuarto y subió a su habitación sin tocar la comida.

—Debiste permitirle conservar el cachorro. Rose —observó su esposo.

—No pude, David. Cuando vi al pobre perrito me acorde de mi «Bolita»... ¡y te juro que no pude!

Roddy estuvo mucho tiempo sin referirse para nada al cachorrillo. Ni tampoco llevaba consigo a su imaginario «Tinker». Se levantaba temprano, como de costumbre, y realizaba escrupulosamente sus tareas, hasta la hora de coger el autobús para ir a la escuela con Cyril y Melisande. Pero no se despedía de su madre, la cual, cosa sorprendente, solía aún estar en cama. Se quejaba ahora de pasar malas noches y los demás la dejaban dormir.

Roderick, con la incompreensión de algunos niños, excesivamente mimados, estaba enojado con su madre por haberle prohibido quedarse con el perro.

Aquellos días, a pesar de la ayuda de la señora Johns, que era bastante gruñona, fueron muy inquietos y agitados para todos. Rose no sabía hacer nada y se compadecía a cada momento. Melisande tenía que preparar los desayunos y hacer otras muchas cosas antes de ir a la escuela y después trabajaba duramente en la alquería y en la casa. De lo contrario, ésta hubiera parecido una pocilga.

Roddy también se afanaba. No parecía importarle la clase de labor. Melisande comenzó a confiar cada vez más en él. Un día que no acudió la señora Johns, fregó la cocina y la carbonera y se sintió muy orgulloso al terminar.

Su padre estaba angustiado por él. Roddy evitaba a su madre siempre que podía y apenas le dirigía la palabra. Tampoco hablaba apenas con su padre. En realidad, estaba muy triste, muy obstinado, aunque trabajaba más que nunca, antes y después del colegio y era muy de fiar en lo tocante a las gallinas, los patos y los huevos.

Linnie telefoneó una tarde.

—Quiere hablar contigo, papá —le anunció Melisande, que se puso al aparato.

—¡David! He pensado que tal vez sería una buena ayuda para vosotros que Roddy viniera a pasar unos días con nosotros... hasta que tengáis una criada. A Susan le encantaría.

El padre de Roddy separó la boca del micrófono y habló con el niño.

—Roddy, es tía Linnie. Dice que puedes ir a pasar unos días con ellos. Te

gustaría, ¿verdad, perillán?

El rostro de Roddy se alegró intensamente. ¡Mistletoe! ¡Un sitio donde todo era simpático, donde todos le querían! ¡Con Susan y «Meneítos»! Con tía Linnie tan amable, con Dorcas en la cocina. Con Jack y Jane burlándose de él...

Su padre esperaba.

—¿Bien, Roddy? ¿Cuándo irás? ¿Mañana?

Pero Roddy era un chico sorprendente.

—No, papá. ¿Quién haría mis tareas? Resultaría muy pesado ahora para Melisande hacer lo que yo hago, y lo que hace ella. Dile a tía Linnie que se lo agradezco infinito... oh, de veras, pero que no puedo dejar ahora Holly Farm.

Su padre le miró largo rato. Luego se volvió al teléfono.

—¿Linnie?... Le gustaría venir, y sé que lo desea de todo corazón, pero no quiere abandonarnos en estas circunstancias, Linnie. ¡Está a nuestro lado!

Colgó. Luego fue hacia Roddy y le abrazó.

—¡Gracias, hijito! ¡Gracias! ¡Te necesitamos, de verdad! ¡Eres todo un hombre!

Salió después a vigilar que el gallinero y los corrales estuvieran bien cerrados. Los robos habían continuado todavía en aumento.

Melisande y Cyril se trasladaron al salón, con Roddy, contemplándose entre sí con asombro. No podían sospechar el esfuerzo que para su hermano era renunciar a la propuesta de tía Linnie. ¡Amaba tanto a Mistletoe... y a Susan y a «Meneítos»!

—Gracias, Roddy —le dijo Melisande—. En realidad... no podría pasar sin tu ayuda.

—Eres un deportista, Roddy —añadió Cyril.

Y por primera vez en varias semanas, Roddy resplandeció de satisfacción. ¡Bueno, su familia no era tan mala!

Capítulo XXII

Actúa un enemigo

Las semanas fueron discurriendo lentamente. Holly Farm no era un hogar donde pudiera vivirse ya cómodamente. Estaba sucio, revuelto, las comidas no eran buenas y a menudo estallaban riñas y discusiones.

Melisande estaba sumamente atareada y pronto comenzó a adelgazarse, perdiendo su forma regordeta. Roddy y Cyril no podían soportarlo, y siempre que podían se escurrían afuera.

La señora Johns continuó yendo dos horas cada mañana, siempre hosca y gruñendo. Rose no entraba en la cocina cuando aquélla estaba fregando, por el miedo que le inspiraba. Lo cual era una lástima, pues aquella mujer hubiese podido enseñarle muchas cosas convenientes para el manejo del hogar.

Cyril de repente vio que tenía muchas tareas que realizar en la granja. El viejo vigilante pilló un resfriado y estuvo una semana enfermo. Cuando volvió no se encontraba aún bien, por lo que Cyril, oí volver de la escuela, tenía que ayudarle en muchas labores. No se quejó, aunque no las hacía de buena gana o de buena fe, lo cual era una lástima.

Roddy seguía ocupado en sus trabajos como de ordinario, trabajando lento pero seguro, siempre dispuesto a sacar a Melisande de sus apuros. Si se rompía la cuerda de tender la ropa, él la anudaba. Si el sumidero se obstruía, era él quien lo arreglaba. Si el fogón de gas no funcionaba, se apresuraba a desatascarlo.

—Honradamente, eres una maravilla, Roddy —le agradecía calurosamente Melisande—. A veces creo que eres el mayor de la casa, Roddy... escucha... me gustaría que pudieras tener aquel bonito cachorro. Lo siento de veras.

—¡No hablemos de esto! —le interrumpió Roddy, y cambió rápidamente de tema.

Tía Linnie fue dos veces con Dorcas a Holly Farm. ¡Había que ver cómo dejaba Dorcas la cocina después de guisar toda la mañana! ¡Y cómo guisaba tía Linnie y confeccionaba los pasteles, y qué bien provista quedaba la despensa, con todo en su sitio!

Rose trasteaba por allí, pero sin ayudar eficazmente. Y una vez Linnie le habló con toda energía.

—Rose, ¿no te gustaría que te enseñase a guisar y a amasar? Cuando llegué apenas había nada que comer en la despensa. Y la comida es algo muy importante para una familia... ¿Y el pobre David? Está muy delgado.

—Yo no estoy buena —se quejó Rose—. Y espero que pronto podamos tener a alguien que se ocupe de la casa. Y entonces yo descansaré. Necesito descanso. Estos últimos días han sido fatales para mí.

Linnie suspiró. No añadió nada más, pero le gustó la cara de Melisande cuando la muchacha entró en la cocina y admiró la despensa llena y la cocina reluciente.

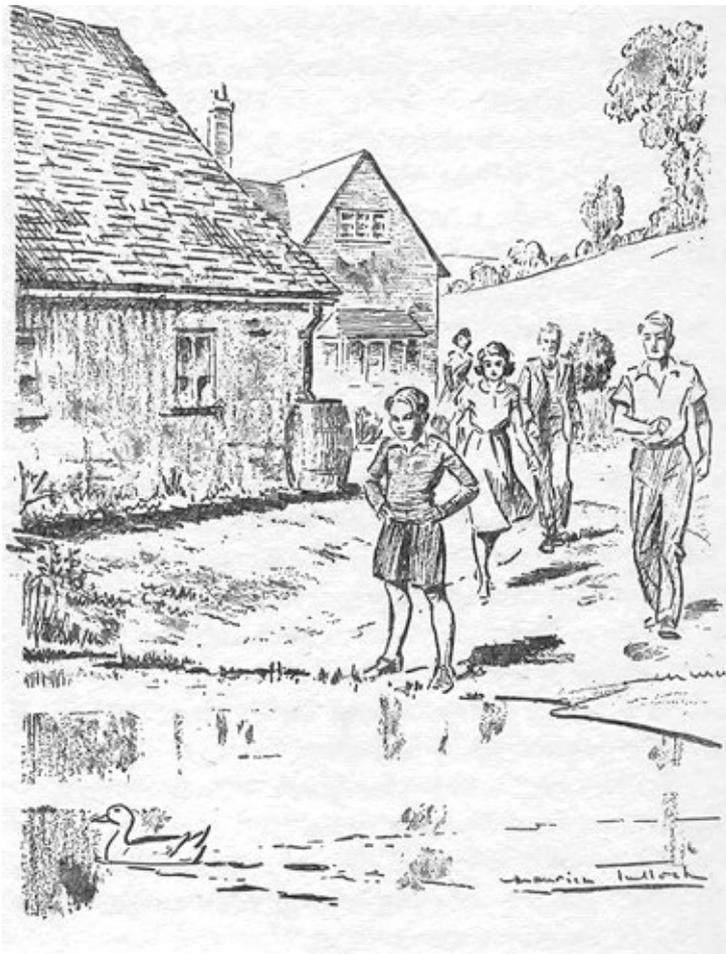
—¡Oh, fíjate, mamá! ¡Tía Linnie es maravillosa... y Dorcas también! —Y abrazó a ambas—. Es la primera vez en varias semanas que me alegro de regresar a casa.

—Habéis tenido mala suerte, de eso no hay duda —exclamó tío Linnie—. ¡Bien, ya es hora de que se acabe!

Pero en vez de ello, todo empeoró. Roddy llegó a la mañana siguiente con malas noticias.

—¡Papá! ¡Han desaparecido los patos! ¡Y la mitad de las gallinas!

Todos corrieron a verlo. Era verdad. Sólo quedaba un pato nadando en el estanque... y se veía a las claras que sólo quedaban la mitad de las gallinas.



—¿Quién lo ha hecho? —Se enfureció Cyril—. ¿Quién ha entrado a robarnos de nuevo?

—¡Tiene que ser Twigg! —declaró Melisande—. Dijo que sería nuestro enemigo. ¡Ha sido Twigg!

—Imposible —negó el padre—. Twigg no se portaría así con nosotros.

—¡Ha sido él, ha sido él! —insistió la joven—. No nos ha perdonado que lo acusásemos de robarnos cosas de la cocina, delante de Sally y Ellen.

Enviaron a buscar al señor Potts, el policía. También se sintió inclinado a sospechar de Twigg. Indicó unas huellas recientes en el barraque rodeaban el

gallinero.

—Sam Twigg posee unos pies muy pequeños —reflexionó—. Lo mismo que Tommy Lane.

Al señor Potts no le gustaba Twigg. Demasiadas veces Twigg se había tropezado con el policía en el pueblo, burlándose de él, gritándole a su perro:

—¡Aquí, «Señor Potts», aquí! ¡Eres un malvado, eres un granuja y un cínico... y un pillastre y un tonto, «Señor Potts»!

Y el policía se veía obligado a soportar aquellas cuchufletas y las risas maliciosas de la gente del pueblo. Y ahora se alegraba de poder acusar de aquellos robos al pobre Twigg y a su compinche Tommy Lane.

—Bueno, iré a interrogarle —declaró, sacando su cuadernito—. Y le sacaré la verdad, por las buenas o por las malas. Ah, sí, es un tipo muy escurridizo... pero de nada le ha de servir.

Y se marchó decidido a darle a Twigg una mala hora, y a vengarse del viejo.

Aquella tarde también el ganadero dio malas noticias. Manifestó que unas seis vacas estaban enfermas, además de las dos primeras.

El señor Longfield corrió a verlas. Tan pronto como las examinó telefoneó al veterinario. Éste se mostró preocupado. Bueno, sumamente inquieto, en realidad.

Examinó a las vacas concienzudamente. Luego se incorporó y miró con gravedad al señor Longfield.

—¿Tiene enemigos por aquí, señor Longfield? Alguien ha estado haciéndole algo muy feo a estos animales. No puedo decir aún de qué se trata, pero me inclino por el veneno.

El nombre de Twigg subió a los labios de David, pero no lo pronunció. No podía creer que el viejo cazador furtivo albergase tan malos sentimientos hacia los pobres animales...

—Ahora que he visto estas vacas, no me sorprendería que el caballo enfermo hubiese sido envenenado de la misma forma —fue la conclusión del veterinario—. ¿Ve estos diminutos agujeritos en los cuellos de las vacas? Alguien les ha inoculado algo... algo que las ha enfermado.

El señor Longfield también se sintió enfermo. ¿Cómo podía haber alguien capaz de perjudicar de tal forma a aquellos indefensos animales, sólo para vengarse de sus dueños? Se volvió al oír los pasos del señor Potts, el policía. Éste venía a referir su entrevista con Twigg.

—Esta tarde, señor —manifestó el señor Potts, con una voz tan altisonante como sus pisadas—. Respecto al asunto de Sam Twigg y sus gallinas, señor. Le vi, y también a Tommy Lane. Los dos estuvieron fuera anoche, aunque niegan haber venido por aquí. Pero no es posible creer en él.

—¿De quién está hablando, de Twigg? —terció el veterinario—. Bueno, Twigg podría haber envenenado a estos animales, señor Longfield, si es enemigo suyo. Estuvo hace años empleado en una cuadra de caballos de carreras y sabe todo lo que

hay que hacer respecto a drogas. No creo que se haya olvidado de sus conocimientos. Siempre ha sido un solapado pillo, ese Twigg. Ah, pero es una maravilla con los animales. Esto debo advertirlo. Es capaz de curar a un perro con más facilidad que yo. Pero si es su enemigo... ¡tenga cuidado! Es un buen amigo... pero no me gustaría tenerlo en la acera de enfrente.

—¡Claro que sí! —Corroboró el señor Potts complacido ante aquel largo discurso—. Así es, señor; Twigg estuvo aquí anoche con Tommy Lane... y los dos le robaron los patos y las gallinas... y envenenaron a las vacas. No hay duda, señor. Los arrestaré a los dos... y ahora mismo.

—¿Y las vacas? —preguntó el señor Longfield, volviéndose al veterinario—. ¿Vivirán?

—Lo dudo. Es una gran pérdida para usted. Son unas vacas excelentes. Bueno, déles estas píldoras. Quédese con ellas esta noche y si oye que uno se queja, le da una pastilla. Esto les aliviará el dolor, pobres bestias.

Se fue donde tenía atado su caballo, montó y se alejó de la granja.

«¡Pobre Longfield!», pensó. «Se encuentra en un buen lío. Las vacas se morirán esta noche. Están en muy mal estado».

El señor Potts volvió alegremente a la cabaña de Twigg, pedaleando briosamente en su bicicleta. Ah... ahora se los entendería con aquel viejo pillastre, con aquella peste, con aquel canalla... Drogar a unas vacas es asunto serio.

Twigg le escuchó, completamente aturdido. Tommy Lane estaba con él. Twigg llevó al policía a un cobertizo de fuera, cogió un zurrón y le enseñó al pobre señor Potts cuatro estupendos faisanes, aún sin desplumar.

—Anoche, estuvimos en la tierra del señor Longfield —reconoció el viejo cazador furtivo—. Y allí atropamos estos faisanes. Pero no en Holly Farm, sino en Mistletoe. Y si usted va y se lo cuenta al señor Longfield, y él quiere que nos arresten... iré con usted a la cárcel, señor Potts.

—No puedes demostrar que estos faisanes sean de la granja Mistletoe —exclamó el policía, triunfante—. Voy a llevarte a la comisaría para interrogarte, Sam Twigg. Y a ti también, Tommy Lane. Vamos, en marcha los dos.

—Sólo déjeme coger la chaqueta —le rogó Twigg, pareciendo completamente abatido. Él y Tommy Lane entraron en la cabaña por la puerta posterior. El policía se quedó en el cobertizo examinando los faisanes y anotando algo en su cuaderno de notas. Después se incorporó y gritó:

—¡Twigg! ¡Lane! ¡Os estoy aguardando!

No hubo respuesta. Todo era silencio en la cabaña. De pronto, una idea oprimió el corazón del señor Potts. Corrió a la puerta trasera y miró dentro de la choza. ¡No había nadie! ¡Los pájaros habían volado!

—¡Idiota de mí! —se recriminó el señor Potts, tristemente—. Claro, entraron por detrás... y salieron por delante. Pero los atraparé... ah, sí, los atraparé. ¡Y se arrepentirán de esta burla, se arrepentirán muy de veras!

Pero era muy difícil acertar el lugar dónde debía buscar a Twigg. No había rastro de él en ninguna parte. El señor Potts lo sabía de sobras, y refunfuñando amargamente regresó a la comisaría.

—¡Ah, pero espera, Twigg... espera sólo un poco!

Capítulo XXIII

El psicópata

Aquella noche, tía Linnie y su marido Peter llegaron a Holly Farm, profundamente conmovidos. Parecía no tener fin la mala suerte que se abatía sobre la granja. Y el asunto de las vacas era cosa mala y muy grave.

Cyril y Melisande se hallaban en la alquería, alumbrado sólo por una bombilla eléctrica, procurando hacer mantequilla, la que, como de costumbre, se negaba a cuajar. Melisande estaba ya agotada. Se había levantado a las seis y media de la mañana y el día escolar había sido muy rudo. Cyril también estaba fatigado. Se levantó con su padre a las seis, salió a ayudar al vigilante, que todavía estaba enfermo, y ahora ya no podía más.

Los dos hermanos estaban hoscos y se sentían desdichados.

—Preferiría no volver a comer nunca más mantequilla a tener que hacerla — declaró Melisande—. Sally la fabricaba con suma rapidez. Y nosotros...

—Dorcas afirma que la mantequilla cuaja más rápidamente con las personas de buen humor que con los que están enfadadas —recordó Cyril—. Supongo que los dos estamos de un humor pésimo estos días.

—Y con razón, porque... ¿No has oído un coche? Sí, claro, serán tía Linnie y tío Peter. Dijeron que vendrían esta noche, con una sorpresa.

Roddy estaba en la cocina, limpiando las botas y los zapatos, algunos de los cuales estaban muy sucios, especialmente los de su padre y su hermano. Había extendido un periódico en el suelo para no mancharlo.

Cuando entraron Linnie y Peter, en el salón sólo se hallaba Rose. David se estaba lavando las manos, muy preocupado por sus vacas.

—Querida Rose —la saludó Linnie, con simpatía—. Ésta sí que es una mala noticia. Ciertamente, tenéis una temporada de muy mala suerte.

—Demasiado larga, Linnie —reconoció Rose—. Nos arruinaremos... y tú perderás todo el dinero, Peter.

—Oh, todavía falta mucho para que nos arruinemos —trató de animarla su cuñado, con más optimismo del que sentía—. Esto significa que tendremos que trabajar un poco más y que Cyril tal vez tenga que dejar la escuela... porque en mi opinión ese pobre vigilante no puede hacer nada, y si Cyril ocupa su lugar será un salario menos.

—Pero dejar Cyril sus estudios... —se quejó Rose—. En fin, haced lo que queráis.

En aquel momento entró David en la salita. Y casi en el mismo instante, los tres muchachos.

—Yo soy la verdadera carga de la casa —continuó Rose, gimoteando—. No sé hacer nada. Y lo poco que hago, lo estropeo. ¡No puedo ayudar a David, y es por mi culpa que esta casa se hunde!

Tía Linnie miró a su marido y ambos se echaron a reír.

—¡No creo que sea cosa de broma! —se quejó Rose, muy engallada—. Reconozco mis culpas y...

—No nos reímos de ti, sino de alegría —le replicó tía Linnie.

—Sí —añadió su marido—, porque hemos hallado el remedio para ti, querida Rose.

—¿El remedio? —preguntó la aludida.

—¿El remedio? —preguntaron todos, boquiabiertos.

—El remedio —repitió tía Linnie.

—Veamos, sepamos cuál es —se interesó David. Y todos se agruparon en torno a Linnie y Peter.

—Veréis —empezó a explicar aquella—. Nos hablaron de un médico psicópata, ya retirado, que en Londres obraba maravillas en casos como el tuyo, querida Rose. Es un hombre ya viejo, que ahora vive en el campo, escribiendo sus memorias...

—¿Cómo es posible tener memoria para escribir las memorias? —Se maravilló Rose—. Yo apenas recuerdo lo que he hecho esta mañana...

—Pues bien, le hemos avisado... y está fuera, aguardando en el coche. Si queréis que pase...

—¡Claro que sí! —saltó de gozo Rose—. Si lograra curarme...

—Nada se pierde con probar —asintió David.

—¡Oh, mamita, qué bien! ¡Pronto estarás curada! —se alegraron los tres chiquillos.

—Entonces, puesto que hay unanimidad, voy a buscar al doctor.

Y tía Linnie solió. Los demás permanecieron en el salón, completamente callados, esperando la llegada del médico psicópata, con cierto temor mezclado de asombro.

Unos instantes más tarde, tía Linnie introdujo al médico. Era éste un anciano, de pelo muy blanco, con gafas cabalgando sobre su nariz aquilina, el rostro muy arrugado, y un sombrero hongo muy encasquetado en la cabeza. Llevaba también una cartera bajo el brazo y un paraguas, aunque la noche era espléndida.

—Bien, bien, bien... —murmuró al entrar—. ¿Quién es la paciente? Vamos al grano, porque tengo los minutos contados. El reloj de mi vida está a punto de pararse y aún tengo muchas cosas que hacer.

—Doctor León —intervino tía Linnie—, le presento a mi cuñado David Longfield y a su esposa Rose. Éstos son sus niños.

—¿Cómo mis niños? —Se asustó el buen doctor, que era un poco despistado.

—No, doctor. Los de mis cuñados.

—Ah, ya... Ya decía yo... ¿Entonces, la enferma...?

—Soy yo, doctor —adelantóse Rose, vacilante—. Y me gustaría tanto curarme...

—¿Qué es lo que le pasa?

—Mi esposa —terció David— es sumamente distraída, doctor. Se le va la cabeza... no recuerda las cosas...

—¡Caramba, caramba! Esto es muy malo. En esta vida hay que tener mucha memoria... mucha... ¿Dónde he puesto el sombrero?

—Lo lleva usted puesto, doctor —observó Roddy.

—¿Eh? ¡Ah, sí, es cierto! ¡Y es que tengo una memoria fatal...! Bueno, es decir, fatal para todo lo que son cosas sin importancia... entiéndanme. Precisamente, el quid de la cuestión respecto a la memoria, es saber conservar en el cerebro sólo aquello que nos interesa, para que las cosas sin importancia, las nimiedades, no se interpongan ni roben espacio al asiento de la memoria.

—Esto es maravilloso, doctor —se admiró, al oírle, tía Linnie.

—Bueno, veamos... —continuó el doctor—. Aunque la verdad es que preferiría que mi entrevista con la paciente fuese a solas. Mi ciencia, la psicopatía, necesita mucha concentración, y con tanta gente aquí...

—Oh, no faltaba más, doctor —se ofreció David—. Nosotros esperaremos en la cocina. Vamos, vamos todos.

Y les urgió hacia el pasillo. Todos obedecieron, desfilando calladamente.

—Por favor, doctor —le suplicó David al médico, antes de salir—, salve a mi esposa y le deberé...

—Nada, nada en absoluto. Esta consulta es completamente gratuita.

David Longfield salió del salón, sumamente agradecido a la Providencia y o su cuñada Linnie.

Una vez solas en el salón, el doctor se dirigió hacia Rose.

—Veamos, señora, cuénteme exactamente todo lo que le ocurre.

De su cartera sacó un cuadernito y comenzó a tomar notas de todo lo que empezó a contarle Rose respecto a su dolencia, a sus distracciones, sus errores, su falta de memoria...

Fuera, en el pasillo, todos estaban agrupados junto a la puerta, procurando no perder una sílaba de aquella singular y tan importante consulta. El doctor parecía muy competente en su especialidad. Sus preguntas eran precisas y contundentes. Por desgracia, no tanto como las respuestas de Rose, que vacilaba y se confundía muy a menudo.

—Bien, bien, bien... —lo interrumpió por fin el doctor—. Esto no es nada. La curación será muy sencilla, señora.

—¿De veras? —inquirió Rose, aliviada.

—¿De veras? —repitieron todos, que muertos de curiosidad, no pudieron contenerse y penetraron tumultuosamente en el salón.

—Naturalmente —afirmó el doctor—. Esta señora sólo tiene que hacer dos cosas: la primera, tomarse las pastillas que le recetaré, que obrarán sobre el asiento de su memoria en el cerebro. Y segunda, llenar la casa de carteles.

—¿Cómo? —preguntaron todos.

—Muy sencillo. La señora no recuerda nunca cómo se hace la mantequilla, por ejemplo. Pues bien, en la alquería deberá instalar un gran cartel explicando perfectamente y con todo lujo de detalles la manera de fabricarla, así como la nata. ¿Que no recuerda qué hay que darle a las gallinas? En el gallinero y en sitio bien visible deberá poner un cartel con lo necesario...

—¿Pero y si no me acuerdo de mirar los carteles, doctor? —Se apuró Rose.

—No tema, para todo hay remedio. Inunde las paredes de la granja de carteles, recordándole lo que tiene que hacer a cada hora del día. Verá cómo de esta manera, gráficamente, y poco a poco, irá usted recordando las cosas sin tener necesidad de consultar dichos carteles. Porque sus palabras, a fuerza de verlas escritas, se le quedarán grabadas profundamente en la memoria. Yo tuve un caso similar y a los dos meses la persona en cuestión estaba completamente curada. Claro está —añadió, frenando el regocijo general—, que la paciente tiene que poner de su parte toda su fuerza de voluntad...

—¡Oh, la pondré, doctor, yo se lo aseguro! —exclamó Rose, súbitamente contenta—. Llenaré la casa de carteles, y no volveré a olvidarme de nada. Pondré carteles que me recuerden que tengo que leer los carteles...

—Ésta es la idea. Y ahora tome esta receta —y le entregó una que acababa de extender—, y tómese estas pastillas. Ya verá cómo se encuentra mucho más aliviada dentro de unos días.

—Oh, muchas gracias, doctor. —David le cogió una mano fervientemente.

—Nada, esto no es nada... Y ahora, con su permiso, me retiro... No, no se molesten. Vivo bastante cerca y como la noche es magnífica me gustará andar un poco.

Dio unos pasos hacia la puerta y de repente dio media vuelta.

—¡Caramba! Juraría que había traído el sombrero...

—¡Si lo lleva usted en la cabeza, doctor! —rió Roddy.

—¿Eh? ¡Ah, es verdad!... Tendré también que escribir algún cartelito...

Y acto seguido desapareció, dejando tras de sí una reunión de personas sonrientes, animadas y esperanzadas ante la próxima curación de Rose, con lo que la granja podría recobrar parte de su equilibrio.

—Bien, Rose, creo que esta vez lo hemos acertado —le dijo Linnie—. Lo que tienes que hacer ahora...

—Lo que tengo que hacer ahora —la atajó lo otra muy decidida—, es empezar a redactar los carteles.

—¡Y nosotros te ayudaremos, mamá! —Se ofrecieron sus tres hijos.

De pronto, llamaron con urgencia a la puerta. Y se oyó la voz del ganadero.

—¡Señor Longfield, venga a ver las vacas! ¡Se han puesto peor!

Capítulo XXIV

Amigos inesperados

Los hermanos se precipitaron fuera al oír al ganadero. Cyril los siguió.

Rose, sin hacer caso de nada, se sentó a la mesita y comenzó a redactar unos carteles en unas grandes hojas de papel que sacó de un cajón. Melisande se aprestó a ayudarla.

—Sí, hija mía, y tú también, Linnie, ayudadme a recordar todo aquello que necesito recordar. Empecemos. Y tú, Roddy, si quieres ayudar a mamita...

Roddy la miró ceñudo, y al final le espetó:

—En uno de los carteles tienes que poner que has de hacerme feliz, mamita.

Y arrepentido de este exabrupto, corrió fuera.

Rose suspiró.

—Ya no me respeta... ¡Y es tan buen chico...!

—Debiste ceder en lo del cachorro —le aconsejó Linnie—. En fin, yo creo que ahora lo mejor sería que te acostases. Yo arreglaré la cocina antes de irme. Acuéstate también tú, Melisande. Estás cansada.

—Un poco —admitió la joven. Y acto seguido, tras besar a su madre y su tía, se marchó arriba.

Pero Rose se negó a meterse en cama. Y continuó redactando los carteles, ayudada por Linnie, que compartió aquella tarea con la limpieza de la cocina.

Fuera, en el establo de las vacas, los dos hermanos Longfield, el ganadero y Cyril estaban contemplando las plañideras vacas, Roddy atisbo por la portalada entreabierta, temeroso de que le vieran.

—Si fue Twigg el culpable, merece que le metan en la cárcel por toda su vida —rugió David entre dientes—. ¡Pobres bestias! Ni siquiera las píldoras las alivian.

—No creo que Twigg perjudicase a estos animales —objetó su hermano—. No, ni aun para vengarse del insulto inferido por Rose. Pudo robar los patos y las gallinas... aunque tampoco lo creo, pero dañar a estas vacas, no.

Roddy escuchaba horrorizado. ¿Cómo podía pensar nadie que Twigg albergase tan malos sentimientos? No conocían a Twigg como él, o no dirían tal cosa.

Su padre le vio de repente y no deseando que viese la penosa agonía de las vacas, le echó fuera. Roddy obedeció. Pero no deseaba regresar a casa. Hacía una buena noche. Daría un paseo... y por primera vez en muchos días volvió a aceptar la compañía del imaginario «Tinker».

Se dirigió a los prados. Conocía una montaña donde abundaban los conejos. Y habría luna bastante para poder verlos.

—¡Vamos! —le ordenó a «Tinker»—. ¡Rápido, rápido! ¡A cazar conejos!

Cuando llegó a la falda del monte se sentó, siendo imitado por el imaginario «Tinker». Roddy casi le oía jadear. ¡Y al instante siguiente se le erizó el cabello!

Sí, estaba jadeando «de veras». Era un jadeo completamente real. Incluso sentía algo cálido en su espalda, y un lametón en su oreja...

Roddy no se atrevía a moverse. ¡No podía... no podía ser que su imaginario perro hubiese cobrado vida! Pero una lengua húmeda le acarició la cara y dos patas se posaron en sus hombros. Roddy miró a su alrededor... buscando su perro materializado... y sí, allí estaba el perro de aguas, exactamente igual a su soñado «Tinker».

Y entonces sonó una voz entre los arbustos.

—«Señor Potts», ¿dónde estás?

Roddy dio un salto. Vaya, era Twigg... y no se trataba del imaginario «Tinker», sino del vivo «Señor Potts», el perro del viejo.

—¡Twigg! ¡Twigg! ¿Dónde está? Soy yo, Roddy.

Dos sombras se destacaron en la oscuridad de un seto. Eran Twigg y Tommy Lane.

—¿Qué haces aquí, a esta hora de la noche? —le preguntó Twigg.

—No importa. Oh, Twigg... ¿sabe que las vacas de papá se mueren?

—Sí —contestó Twigg torvamente—. Y según el imbécil de Potts, soy yo quien las ha envenenado.

—Esto es una tontería, Twigg —arguyó Roddy—. Tú no podrías matar a una vaca, lo sé. Pero también sé algo más.

—¿Y qué es, jovencito?

—Sé que si alguien en el mundo puede salvar a esos animales, eres tú, Twigg. Por favor, Twigg —le suplicó Roddy—, ve a verlas. Una se está muriendo ya, pobrecita.

—Bueno —dudó Twigg dulcemente—, tal vez yo sepa qué les pasa a tus vacas... y tal vez tendríamos que ir a verlas... y tal vez...

—... y tal vez podríamos curarlas —finalizó Tommy Lane por él—. Pero no iremos. Nos han enviado al policía para que nos apresara y no merecen nuestra ayuda quienes lo han hecho.

—¡Oh, no! —gimió Roddy, con desesperación—. Las vacas no tienen ninguna culpa. Son buenas vacas, Twigg... ya los conoces...

—Sí, las he visto. Aquí, «Señor Potts». Bueno, tendremos que trabajar esta noche. Y trabajaremos para una gente muy ingrata, pero vamos a hacerles un favor... ¡Diantre de muchacho!

—¡Oh, gracias, Twigg! —expresó Roddy, asiendo el brazo de su viejo amigo con gratitud.

Apenas hablaron mientras se dirigían los tres, seguidos del real «Señor Potts», a la granja. No tardaron en llegar al establo donde todavía brillaban luces. A sus oídos llegó un quejido.

—Vuelve a tu casa, Roderick —le aconsejó Twigg, deteniéndose delante de la

puerta del establo—. Hay cosas que no son propias de tus jóvenes ojos, jovencito. Luego lo soñarías. Vete a la casa y si todo va bien no tardarás en saberlo.

Roddy acarició el brazo del viejo y se alejó, obediente. Twigg y Lane penetraron en el establo, ante el asombro y estupefacción de los hermanos Longfield y del ganadero.

Muchas horas más tarde, cinco hombres agotados salieron trastabillando del establo. Una vaca había muerto... pero las demás se habían salvado. El caballo también estaba en vías de recuperación, y no tardaría en poder volver a trabajar, seguramente antes de una semana.

—No sé exactamente qué has hecho, Twigg —le dijo David—. Pero tus manos son hábiles y diestras como las patas de un gato. Bien, sólo puedo decir que has obrado un milagro. Dios te bendiga, amigo... Te has ganado mi respeto y el derecho a recorrer mi granja todas las noches, lo mismo que Tommy Lane. Jamás olvidaré lo ocurrido aquí esta noche.

—Muchas gracias, señor —le agradeció Twigg con una sonrisa en su apergaminado rostro—. Fue el joven Roderick quien me trajo aquí esta noche. Siento lo del cachorro, señor. Estaba encantado con él. Tommy Lane todavía lo tiene, por si acaso. Duele el corazón ver sufrir a un chiquito como Roddy.

—Sí, es un zagal estupendo, señor —apoyó Tommy Lane las palabras de su camarada—. Bien, buenas noches y buena suerte, señor... y si desea recuperar algunos patos y gallinas... los hallará entre los gitanos mañana en Whortleberry Hill... si todavía están allí.

—¡Qué! —se admiró David—. ¿Cómo lo sabéis?

—Bueno, Tommy y yo no nos quedamos muy contentos con la historia que nos contó el señor Potts, el policía —le explicó Twigg—, respecto a los patos y gallinas. Ni tampoco lo de las vacas, señor. Así que nos largamos para averiguar quién estaba tras todo eso, señor... y averiguamos que los culpables eran los gitanos que acamparon cerca de aquí hace unos días.

—¡Los gitanos! —exclamaron los hermanos Longfield al unísono—. ¡Pero se han ido...!

—Sí, ya le he dicho que ayer estaban en Whortleberry Hill —replicó Twigg—. Usted los echó de sus tierras, lanzándoles los perros, y ellos se vengaron porque es gente traidora y rencorosa, señor. Se largaron, pero antes se llevaron sus patos y sus gallinas y envenenaron a las vacas. También envenenaron al caballo y a las otras vacas anteriormente, no hay duda, señor. Envíe al policía detrás de los gitanos, señor. Hallará sus patos y gallinas correteando bajo los carros. Y tal vez encuentre también otras cosas: los cacharros de su cocina, señor. ¡Envíe a Potts tras los gitanos!

—Lo haré —asintió David.

—Y dígame al policía que dentro de unos días le espero en mi cabaña para aceptar sus disculpas —rió Twigg con malicia—. Dígaselo de parte de Twigg. Buenas noches.

Él, Tommy Lane y «señor Potts» se mezclaron con las sombras de la noche.

David lanzó un suspiro.

—El viejo Twigg nos ha prestado esta noche un gran servicio —reconoció.

—¿Qué será de Linnie? —se preguntó Peter de repente.

Regresaron a la casa. En el salón ardía una lámpara y el resto de la casa estaba en tinieblas. Los dos hombres deseaban comer y beber algo. La puerta se abrió silenciosamente cuando llegaron a la casa.

Linnie les indicó por señas a Rose. Ésta se hallaba sentada todavía a la mesita, y a su alrededor, en el suelo, había una cantidad inusitada de carteles. La mujer trabajaba febrilmente, ayudada por su cuñada, ya que sola no habría recordado casi nada.

—No ha querido acostarse —les explicó Linnie—. Será mejor que vayáis a la cocina y cojáis lo que encontréis. Hay bastantes cosas en la despensa. Yo me quedo ayudando a Rose. Cuando hayáis terminado vuestro refrigerio...

—¡Nos iremos todos a la cama! —concluyó David con fuerza.

—Ah, una buena noticia —le dijo Peter a su mujer, al llegar al umbral de la puerta—. Las vacas están salvadas, gracias a Twigg...

—¡El buen Twigg! —exclamó Linnie con fervor—. Me alegro mucho. Ahora todo empezará a ir bien en esta granja.

Los dos hermanos pasaron a la cocina, dispuestos a tomarla por asalto. Rose seguía escribiendo, al parecer sin haberse dado cuenta de nada, tan embebida estaba en lo que hacía.

Linnie se la acercó. Sonrió. Ahora todo iría bien... sí, estaba segura de que todo iría bien.

—Ciertamente, sería una tarea difícil, particularmente para Rose... Pero como, había dicho el doctor, poco a poco recuperaría su perdida memoria... y pronto sería una gran ayuda para una granja. ¡Porque, y nadie mejor que ella para saberlo, una granja sin una mujer no es una granja!

Capítulo XXV

De nuevo, una familia unida

Un mes más tarde, el día amaneció claro y brillante. El gallo cantó con más fuerza que nunca. David Longfield se despertó sobresaltado. Miró el despertador. ¡Las seis y media!

De pronto oyó a alguien en la cocina.

«¡No puede ser Melisande!», se dijo.

No, no era Melisande... Era Rose, ajetreada como nunca, con la cara enrojecida por el calor del fogón, que estaba preparando el desayuno. Era una Rose cansada ya, pero optimista y feliz.

—Te estoy haciendo el desayuno —le explicó—. La tetera ya hierve. No te vayas sin comer algo.

David estaba asombrado. No sabía que Rose hubiera podido cambiar tan por completo. En realidad, desde hacía quince días. Rose estaba constituyendo para él una continua sorpresa.

Melisande bajó, y se quedó atónita, lo mismo que Cyril.

—No me miréis así —observó Rose, orgulloso—. Lo he hecho todo sin equivocarme ni una sola vez ¡y sin tener que recurrir a los carteles! —añadió, mostrando los innumerables pasquines que adornaban profusamente las paredes.

Los muchachos estaban conmovidos. Abrazaron y besaron a su madre y Cyril le susurró al oído:

—¡Me alegro mucho, mamá!

Había sido una dura prueba para su madre, pero había logrado salir airosa de la misma.

Luego se lo contaron a Roddy cuando bajó a desayunarse.

—Mamá se queda. No se va de la granja.

—¡Oh! —A Roddy no pareció interesarle ni conmovederle la noticia. ¡Prefería enterarse del estado de las vacas!

Cogieron el autobús como de costumbre para ir a la escuela. Con Cyril quedó convenido que dejaría los estudios al concluir la semana, quedándose a trabajar en la granja... al menos hasta que se despejase el horizonte.

Llegaron a la casa a la hora del té, preguntándose qué noticias habría. El autobús iba con retraso y eran las cinco y cuarto cuando desembocaron en el sendero. Corrieron hasta la casa.

Al pasar por delante de la ventana miraron hacia el interior.

—¡Buen Dios! —exclamó Melisande—. Hay un té completo, con jamón y queso y todo lo que más nos gusta...

—Bueno, si es un té completo entraré yo también —afirmó Roddy, que usualmente se llevaba su bandeja al gallinero.

Melisande fue en busca de su madre. Ésta estaba en la cocina, terminando el té. Melisande la contempló sorprendida, porque llevaba algo que jamás le había visto puesto.

—¡Mamá! ¡Llevas un delantal! ¡Oh, mamá, qué bien te sienta! Pareces tan... tan hogareña... Me gustas. Déjame que te ayude.

—No, ya está todo hecho —objetó Rose, encendido el rostro y muy contenta—. Tomaremos todos juntos el té. Me parece que ya llega papá.

A los cinco minutos, toda la familia estaba reunida tomando el té completo como en Mistletoe, con gran satisfacción de Roddy. Melisande y Cyril también se sentían dichosos y su padre reía, bonachón, con sus bromas. Sólo Roddy estaba callado y huraño, como de costumbre, y apenas le dio las gracias a su madre cuando le sirvió el té.

—¿Pero qué te pasa, Roddy? —le increpó su padre—. ¿No te alegra que todo vaya bien y que tu madre esté ya curado?

—Bueno, apenas hay diferencia. Para mí no, al menos. A mamá no le importa mucho que yo tenga un capricho... ni quiere satisfacerlo... ¿verdad, mamá?

—¡No le hables así a tu madre! —le riñó su padre.

—Perdona —musitó Roddy, y continuó masticando el pan y el queso.

Sonó el teléfono. Fue Melisande la que contestó.

—Oh, mamá... es Dorcas. ¿Sabes qué dice? Que acabo de visitarla Sally para manifestarle que no le gustan sus nuevos amos, y Dorcas le ha rogado que volviese con nosotros y... ¡volverá!

—¡Bravo! —Aplaudió Cyril, lo mismo que Roddy y su padre. Rose resplandeció.

—¿De veras, Melisande? ¡Oh, le diré a Dorcas que se lo agradezco mucho!

Dorcas se mostró sumamente cautelosa por teléfono. Sabía que la señora de David, como la llamaba, había cambiado por completo, de la noche a la mañana, pero aún no se fiaba demasiado. Dorcas era tan desconfiada... Además, para ella la psicopatía era como la brujería.

—Sí, señora, Sally está aquí conmigo. No podrá venir antes de dos semanas, señora, pero supongo que ustedes ya se arreglarán hasta entonces. Sí, señora, le diré a Sally que se alegra usted mucho... Sí, no es mala chica. Bien, adiós, señora.

Luego, en la mesa, salió a relucir el tema de las vacas. Excepto la que había muerto, las demás ya estaban completamente recuperadas. Y el caballo también estaba mucho mejor.

El señor Longfield parecía un hombre distinto.

—Bien, bien... las vacas curadas, «Blackie» mucho mejor... Sally que vuelve... Tú, Rose, casi curada...

—¿Cómo casi? ¡Curada por completo! ¡Si quieres, te recitaré la tabla de multiplicar de carretilla!

Todos se echaron a reír ante aquella inesperada salida de su madre.

—Como una vez dijo Peter —continuó la buena mujer, con más gravedad—, hay que afrontar los obstáculos e intentar salvarlos en lugar de amilanarse y escurrir el bulto.

Fuera se oyó el rumor de pasos. Era el señor Potts, pero el auténtico, el policía.

—¿Está su padre, señorita? Ah, buenas noches, caballero. Eh... actuando según el consejo de Sam Twigg, he atrapado esta mañana a los gitanos en Whortleberry Hill. Sí, los mismos que estuvieron acampados aquí... y hallé también a sus patos y gallinas, de acuerdo con esta larga lista, señor.

Y le entregó a David una hoja de papel.

—El señor Twigg me dijo que todo era de ustedes... que todo les fue robado.

—Sí, todo esto nos fue robado por los gitanos, no por el señor Twigg, como usted pensaba —le espetó Roddy, sañudamente.

—Yo... er... —continuó el pobre señor Potts—, tengo toda la volatería, señor. Está en la Comisaría junto con otras pertenencias de ustedes, y si usted lo reconoce todo de su propiedad se lo entregaré inmediatamente.

—Bueno, estoy sumamente encantado por su labor, señor Potts —exclamó David—. Jamás pensé recuperar todo esto.

—Ha tenido usted suerte, señor —contestó el policía—. Creo que los gitanos se habrán comido unas ocho gallinas, señor... pero no pudieron con todas. Probablemente pensaban venderlas.

El señor Potts se marchó. David regresó a la mesa restregándose las manos.

—Un poco más de suerte. Bien, Rose querida, tengo que irme en el coche a buscar todo lo que tenemos en lo Comisaría, como ha dicho el señor Potts.

—Seguro que se volvió loco cuando vio que eran los gitanos quienes nos lo habían robado todo, envenenando también a las vacas y el caballo —rió Roddy—. Y aún más loco cuando Twigg le comunicó que podía cazar cuanto quisiera en Holly Farm y Mistletoe.

—¡David! Quiero pedirte que me traigas una cosa en el coche —dijo Rose de repente, y salió tras él. Miró a su espalda por si estaban los niños escuchando y luego murmuró algo a su oído.

David la abrazó amorosamente.

—Bendita seas. Rose. Es lo mejor que podías hacer. Te lo traeré, no temas.

Se marchó en el coche. No tardaron los chicos en apurar todos los restos del té. Roddy fue luego a lavar los huevos como de ordinario. Le silbó a su imaginario «Tinker».

—Todo el mundo es feliz —le comunicó al perro imaginario—. Todo vuelve a ir bien. Mueve la cola. «Tinker». Pero déjame que te diga algo: yo todavía no puedo perdonarle a mamá que me prohibiese tener el cachorro.

Acabó su tarea y entró en la cocina a lavarse. Entonces oyó la voz de su padre.

—¿Has traído las gallinas, papá?

—Sí —le respondió su padre—. Sólo faltan siete, entre patos y gallinas. Una puso un huevo en el coche... y dos pusieron otros en la Comisaría para el señor Potts.

—¡Ven aquí, Roddy! —le gritó su madre—. ¡Ha venido algo más con las gallinas!

Roddy entró en la cocina. Al traspasar el umbral se transfiguró. Su madre tenía algo en sus brazos... algo que tenía pelo y...

—¡Mamá! —exclamó Roddy, avanzando. Apenas daba crédito a sus ojos. Era un cachorro... el cachorro de Tommy Lane... ¡el verdadero «Tinker»!

—Tómalo, Roddy... es tuyo —se lo ofreció su madre con voz cálida—. Fue una tontería mía prohibir que lo tuvieras. Es un animalito delicioso. Y me cuidaré de él cuando estés en la escuela. Es tan bonito como «Meneítos».

—Más —afirmó Roddy con orgullo. Cogió el perrito y lo acarició amorosamente—. ¡«Tinker»! —Roddy era feliz—. ¡Tú si eres «Tinker»!

—Mamá me pidió que fuese a buscarlo —le explicó su padre—. Y me sentí muy complacido.

—Eres muy buena, mamá —admitió Roddy, gozoso, besando a Rose—. Es el mejor regalo del mundo.

—Y la mejor suerte que hemos tenido en mucho tiempo —añadió su padre—. Y tú te mereces el cachorrito.

Roddy miró resplandeciente a sus padres, acariciando al perro. Luego frunció el ceño y le espetó a su madre:

—¿Pero cómo has cambiado de ida tan repentinamente, mamá?

—Hijito, porque gracias a la cura del doctor, cada día soy menos distraída y tengo más memoria, y esta mañana he recordado de pronto que «Bolita», el animalito que se murió y al que yo tanto quería, no era un perro sino un gato: ¡un precioso gato de Angora! Por lo tanto, ya puedes quedarte con «Tinker», que no volverá a recordarme a «Bolita». Pero eso sí —añadió con solemnidad, aunque le bailaba la risa en los ojos—, desde ahora en adelante... ¡nada de gatos!

Todos se echaron a reír al ver a su madre de tan buen humor.

—Bien, la familia vuelve a estar junta y muy bien avenida, ¿verdad, papá?

—Sí, Roddy... ¡y lo estará siempre, viviendo todos juntos y trabajando en Holly Farm!



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo xx, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como *Los Cinco* y *Los Siete Secretos* (ambos ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] «Holly», en inglés, significa «acebo». <<

[2] «Mistletoe» significa en inglés «muérdago». <<